

LA
CHINA
DEL
SIGLO **XXI**



Marcelo Muñoz



Marcelo Muñoz (Jaraíz de la Vera, 1934) llegó a China en 1978 para establecer la primera empresa española, Consultora comercial, lo que le convierte en el decano de los empresarios españoles en China. Ha venido asesorando e impulsando hacia el mercado chino a numerosas empresas de exportación, intercambios tecnológicos y proyectos. Ha colaborado para ello con las Administraciones españolas, central y autonómicas, Aeci, Icxex, Cámaras de Comercio... y numerosas instituciones comerciales y políticas españolas y chinas.

En sus anteriores libros *El enigma chino* y *China 2050*, recoge sus vivencias y recorridos por toda China, como politólogo, con el bagaje de su formación económica, filosófica y empresarial, y con el contrapunto de sus conversaciones con diversos dirigentes de la sociedad civil china, a lo largo de todos estos años.

En *La China del siglo XXI* da a conocer algo de lo que puede ser China en las próximas décadas, como potencia emergida, como nuevo «Imperio del Centro», hacia otra globalización posible.

LA
CHINA
DEL
SIGLO **XXI**



Marcelo Muñoz

Esta obra es fruto del análisis y de los estudios, estrictamente personales, del autor.

Los comentarios que se efectúan a lo largo de este libro constituyen la opinión personal del autor. El autor no aceptará responsabilidades por las eventualidades en que puedan incurrir las personas o entidades que actúen o dejen de actuar como consecuencia de las opiniones, interpretaciones e informaciones contenidas en este libro.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

© Imprime: COYVE, S.A.
Depósito Legal: M. 29.632-2018

A quien ha sido inspiradora, testigo, partícipe e impulsora de lo que aquí recojo, y durante más de medio siglo ha tomado parte conmigo de esta aventura china que hemos afrontado juntos. Con el deseo de que podamos seguir conviviéndolo y compartiéndolo con todos los interesados por este país, China, por encima de la huella de los decenios.

Índice

Agradecimiento	9
Prólogos de don Eugenio Bregolat, del señor Jiang Yuenian y de don Víctor Cortizo	11
Introducción	17
Parte 1.^a Preparando el siglo XXI	21
1. La población china	21
2. Del comunismo al socialismo	29
3. El nuevo capitalismo chino	38
4. La educación y el conocimiento	46
5. Investigación e innovación	53
6. Meritocracia versus democracia liberal	59
7. Referencias bibliográficas	66
Parte 2.^a China en la globalización	69
1. Potencia económica global	69
2. Potencia comercial	75
3. China sale de compras: inversiones en el exterior	80
4. El turismo global viene de China	85
5. Referencias bibliográficas	87

Parte 3. ^a China hacia la gobernanza global	89
1. China potencia asiática	89
2. China, Estados Unidos y la Unión Europea	97
3. China en las instituciones multilaterales	102
4. Civilización china y civilizaciones	109
5. Referencias bibliográficas	117
Parte 4. ^a Ante los desafíos del siglo XXI	119
1. China frente al cambio climático	119
2. China potencia espacial	129
3. China potencia digital	134
4. China potencia robótica y en inteligencia artificial	142
5. El proyecto global chino, la Nueva Ruta de la Seda	148
6. Hacia un nuevo orden global.....	156
7. Referencias bibliográficas	165
Parte 5. ^a España y China	167
Parte 6. ^a Cuando China era primera potencia mundial	177
Referencias bibliográficas	183
Parte 7. ^a Carta abierta al Partido Comunista Chino	185
Bibliografía general	189

Agradecimiento

A los muchos que me han apoyado y ayudado en este relato, que es un poco de todos, con sus ideas, críticas, debates, datos y aportaciones de todo tipo:

Colegas de Cátedra China:

- Ángel Álvarez (ingeniero, profesor de UPM)
- Enrique Fanjul (Técnico Comercial del Estado, vicepresidente de CC)
- Eugenio Bregolat (Embajador, Presid. H. de CC)
- Gabriel García-Noblejas (catedrático de UGR)
- Georgina Higuera (periodista, vicepresidenta de CC)
- Javier Serra (Director General de Internacionalización de Ixex)
- Juan Leña (Embajador en China, Japón y Corea)
- Mariola Moncada (Doctora por la Universidad de Fudan)
- Octavio Uña (catedrático de la URJC)
- Pedro Alberto García Bilbao (profesor de la URJC)
- Rafael Sevilla (catedrático de la Universidad de Tubinga)
- Raúl Ramírez (profesor de la URJC)
- Santiago Castillo (periodista)
- Víctor Cortizo (abogado, profesor de la UFV, vicepresidente de CC)
- Xulio Rios (politólogo)

Y amigos:

Honorio Cadarso (político)
Ismael Laguna (periodista)
Jesús Viu (profesor)
Manuel González (político)
Miguel Porres (periodista)
Narciso Serrano (senador)
Pablo Osés (Dr. Ingeniero)
Rafael Gil Alberdi (abogado)

Prólogos

Prólogo de don Eugenio Bregolat

Eugenio Bregolat ha sido tres veces Embajador de España en Pekín (entre 1997 y 2011), además de en Rusia, Canadá, Indonesia... gran conocedor de China, escritor, articulista y conferenciante.

«Cuando llegué por primera vez a Beijing como Embajador de España, a principios de 1987, con la nueva China de Deng Xiaoping dando aún sus primeros pasos, Marcelo Muñoz estaba ya allí. Fue el primero de los empresarios españoles en sentar sus reales en la capital china, al frente de su empresa comercial, Incoteco –después Gexte-. Este año se cumplen las cuatro décadas desde el inicio de la reforma económica; otros tantos ha dedicado a China Marcelo Muñoz.

En este periodo China ha pasado de los 200 dólares per cápita a los más de 8.000 actuales, protagonizando el proceso de desarrollo económico más rápido y profundo de la historia universal. Su PIB es el segundo del mundo, a precios de mercado, superado solo por el de Estados Unidos. En paridad poder adquisitivo, el PIB de China adelantó ya al de Estados Unidos en 2014. Como reconoce el Banco Mundial, "China ha hecho en una generación lo que a la mayoría de países les ha costado siglos". Y el vertiginoso cambio de China ha alumbrado un mundo nuevo en lo económico y en lo geoestratégico.

La China del siglo XXI es la tercera obra de Marcelo Muñoz dedicada a que en España se conozca más y mejor aquel país. Y estos, un mayor y un mejor conocimiento de China, son precisamente los objetivos de Cátedra China, la plataforma creada por Marcelo Muñoz, que él dirige, y de la que yo soy presidente honorario. En España existe, con todas las excepciones que se quiera, un amplio déficit en el conocimiento de China; no en vano nos hallamos en los extremos de la masa euroasiática. Es hora de que la política exterior española añada a sus tres ejes tradicionales (Europa, Iberoamérica y Norte de África) un eje Asia-Pacífico, cuyo centro de gravedad es China.

El libro de Marcelo Muñoz cubre una amplia temática: economía, tecnología, política, historia, filosofía, el papel de China en el mundo. Es este último aspecto el que está cobrando mayor actualidad, ya que el libro aparece en el momento en que los Estados Unidos de Trump están iniciando una guerra económica contra China, que más que comercial es una guerra que pretende embridar el progreso tecnológico chino. Washington exige a Beijing que cese todo tipo de subvenciones estatales a su plan "Made in China 2025"; que abra de forma incondicional su mercado al capital americano, al tiempo que acepta que Estados Unidos pueda vetar cualquier inversión china en sectores que considere tecnológicamente neurálgicos; y que cese todo tipo de apropiación indebida de propiedad intelectual. Peter Navarro, el halcón antichino del equipo de Trump, dice que si China llega a dominar los sectores de alta tecnología contemplados en "Made in China 2025", Estados Unidos no tiene futuro. China, que aprendió la lección que supuso la pérdida del tren de la Revolución Industrial y el subsiguiente "siglo de humillación" a manos de las potencias avanzadas, contesta que si su horizonte tecnológico se viera bloqueado es ella la que carecería de futuro, y podría verse sometida a un nuevo "siglo de humillación", si no a varios de ellos.

Cuando, en 1957, la URSS lanzó el Sputnik, Eisenhower respondió al año siguiente creando la NASA, y Kennedy lanzó el programa Apolo, que plantó la bandera americana en la Luna solo doce años después de aquella fecha. En lugar de iniciar un programa científico y tecnológico capaz de superar al "Made in China 2025", Trump intenta congelar el desarrollo tecnológico chino. Es como si en 1957 Washington hubiese ordenado a Moscú que desistiera de la carrera espacial. Ningún país soberano puede aceptar una prohibición semejante. En 1957 Estados Unidos respondió al desafío tecnológico soviético con confianza y esperanza. Ahora responde al reto chino con desconfianza y miedo. ¿Puede dejar de interpretarse esta respuesta americana como un signo de decadencia? No se olvide que, según

Tucídides, fue el miedo de la potencia dominante, Esparta, al ascenso de Atenas, y no la ambición de esta última, la potencia emergente, la causa de la guerra del Peloponeso. Esperemos que, para el bien de todos, Estados Unidos y China encuentren, como apunta Marcelo Muñoz, una fórmula para la convivencia pacífica en un mundo inevitablemente multipolar.

Multipolaridad a la que también está llamada a participar, en calidad de gran potencia, Europa, si es capaz de hablar con una sola voz y actuar con una sola voluntad; es decir, si es capaz de avanzar hacia la plena unión económica y política. Jean Monnet, en sus "Memorias", escritas más de sesenta años atrás, anticipó que "los países europeos tendrán que superar aún grandes pruebas antes de entender que la única alternativa a la creciente irrelevancia es la unidad política". En efecto, uno por uno los países europeos pintan bien poco ante Estados Unidos, China y las potencias en ciernes -India, Brasil, Rusia, etc.-. En 2050, según las proyecciones, la alemana será la única economía europea entre las diez mayores del mundo. Esperemos que la reemergencia de China y el rechazo por Trump del orden creado por Estados Unidos en 1945 sean pruebas suficientes para que Europa entienda la advertencia de Monnet y decida evitar la irrelevancia con la unión política europea».

Prólogo del señor Jiang Yuenian (enviado desde Suzhou)

Jiang Yuenian, empresario, expresidente de SUZHOU JIRUI BUSINESS CONSULTING CO.,LTD, compañero y socio de Marcelo Muñoz durante más de 20 años, coprotagonista de *El enigma chino* y *China 2050*.

«La reforma económica y política de China me sorprendió siendo yo muy joven, todavía en la Universidad. Varios miembros de mi familia, y muchos conocidos, habían sufrido la represión de la revolución cultural, y todavía, en 1978, los responsables de aquellos crímenes no habían sido condenados, aunque estaban en la cárcel.

Deng Xiaopin lanzó un plan ambicioso de reforma: Había que multiplicar por cuatro el PIB en 20 años y alcanzar a los países más avanzados. Y se quedó corto: China ha multiplicado por 80 su PIB en estos 40 años y hoy es la segunda economía mundial.

He tenido la suerte de ser testigo y beneficiario de los fantásticos cambios conseguidos en China en este periodo, los años de mi actividad profesional. Y gran parte de este recorrido lo he hecho con Marcelo Muñoz. Con él aprendí el oficio comercial, con él he participado en cientos o miles de negociaciones, hemos recorrido juntos ciudades y aldeas por toda China [...], aunque él me dice que aprendió más de mí. Hemos debatido mucho sobre los cambios y el futuro de China en el mundo. Yo los he vivido desde el lado chino; él desde el lado español, occidental: desde nuestros dos mundos tan distintos.

Creo que acierta en transmitir en *La China del siglo XXI* lo que opinan muchos intelectuales y políticos nuestros. En China, sobre todo en los últimos diez años, hay un gran debate con opiniones muy diversas sobre nuestros grandes desafíos y el papel de China en el siglo XXI.

He viajado por España casi tantas veces como Marcelo Muñoz por China. Él me ha pedido que hable con sinceridad y lo voy a intentar:

1.º Creo que en España se tiene una imagen muy negativa de China: se informa más de los defectos, deficiencias o carencias que de los avances y el progreso que se está dando en la sociedad china.

2.º Existe un gran recelo frente a la competencia internacional de China y se ve su poder como una amenaza.

3.º Hay un gran desconocimiento de la realidad de los cambios que estamos viviendo en nuestro país y de los grandes acuerdos que estamos estableciendo con todos los países del mundo, y con todos los bloques geográficos, políticos y económicos.

También creo que en los últimos años todos esos juicios sobre China están cambiando muy deprisa.

Aprendí de Marcelo Muñoz, en nuestras largas conversaciones, lo que es el diálogo, lo que significa poder comunicarnos, desde posiciones y mentalidades diferentes. Posiblemente no estéis de acuerdo con algunas de nuestras opiniones, o quizá con ninguna. Pero podemos hablar a lo largo de todo el siglo XXI, sobre todo en las próximas décadas, cómo entendernos y colaborar en este mundo globalizado.

Claro que nosotros también tenemos que cambiar mucho, que avanzar hacia una democracia profunda, claro que tenemos que frenar el pro-

ceso de cambio climático, superar las desigualdades sociales, mejorar el sistema económico del socialismo chino, hacia el Estado del bienestar, y evitar la dictadura de los mercados...! Claro que [...] muchas otras cosas! Como decimos nosotros con frecuencia: estamos en ello! Y con vosotros lo haremos mejor, y antes.

Un comentario más sobre lo que expone Marcelo Muñoz: en China el comunismo, como sistema económico y político, fue derrotado por Deng Xiao Ping y gran parte de los dirigentes políticos en 1978. Tengo la satisfacción de afirmar que esto se lo descubrí por primera vez a Marcelo Muñoz hace muchos años: desde 1978 estamos intentando construir un socialismo, con economía de mercado, para desarrollar un Estado de bienestar para todos. Nos falta mucho para ello y nos falta, sobre todo, la democracia. Pero estamos en ello.

Pertenezco a la última generación nacida en el maoísmo, la generación que ha sido capaz de impulsar esta reforma, de la que nos sentimos orgullosos. Nos toca ahora ser capaces de responder a todos los desafíos que nos esperan a lo largo de este siglo XXI, que es el siglo de China».

Prólogo de don Víctor Cortizo

Don Víctor Cortizo, abogado, empresario, vicepresidente ejecutivo de Cátedra China.

«Es un enorme placer presentar este libro de mi amigo y admirado Marcelo Muñoz. Todos los que dedicamos esfuerzos a las relaciones entre China y España sabemos que es una tarea siempre complicada, llena de sinsabores e incomprensiones pero que cada vez con más frecuencia va mostrando sus frutos y también el futuro que se muestra claro y evidente.

Si alguien representa este espíritu de resistencia, de convicción y de confianza es Marcelo Muñoz. No se trata solo de reconocer su experiencia como decano de los empresarios españoles en China sino también de felicitarle y felicitarnos por su perseverancia y su compromiso en esta causa que ocupa su vida y por la cual merece tanta gratitud.

Este nuevo libro dispone nuevamente de una enumeración de datos, detalles, testimonios y reflexiones que nos ayudan de manera extraordinaria a comprender lo que significa China y su realidad en el siglo XXI, pero además lo hace de una manera que tanto el recién iniciado como el experto en la materia encontrarán razones más que suficientes para afrontar la lectura con interés y siempre aprendiendo cosas nuevas de este entorno de permanente actualidad que es China.

La lectura contagia la fascinación y la curiosidad por China y quienes dedicamos esfuerzos a trabajar en este ámbito sabemos que es imposible mantenerse ajeno a este fenómeno inimaginable hace bien pocos años.

El autor funda y preside actualmente Cátedra China que es una asociación formada por personas de amplia experiencia en el mundo chino en muy distintos ámbitos y que se compromete día a día en la promoción de las relaciones entre ambos países, y que lo hace, además, directamente a través de diferentes actividades y acciones pero también apoyando todas las acciones que los miembros del claustro activan de forma constante creando entre todos una red que se ha convertido en los últimos años en un referente para todos aquellos que están interesados en este tema, pero también en provocador de interés, descubridor de inquietudes y sobre todo acompañante permanente en un camino que nos llevará a unas mayores y mejores relaciones entre China y España tanto comerciales como políticas, académicas, culturales o sociales.

Marcelo Muñoz representa lo mejor de nuestro país en China, representa a un Diego de Pantoja del siglo XXI que se ha ganado la amistad de China y que con su aportación y compromiso ha hecho y sigue haciendo aportaciones fundamentales a las relaciones entre ambos países».

Introducción

Me gustaría que este relato fuese como una conversación animada con mis lectores. Mi anterior libro *China 2050* fue, en gran parte, una conversación con varios de mis amigos chinos ilustrados; en este, sobre la China del siglo XXI, querría que la conversación fuese con mis amigos españoles ilustrados, y también algunos chinos que ven la realidad de su país desde España.

Lo que puedo aportar a esta conversación es en calidad de testigo: he podido observar de cerca la transformación de China, desde que llegué, para quedarme, en 1978. Realidad que me ha sido tan sorprendente que me ha impulsado a estudiarla con detalle, a analizar las causas que la han hecho posible, incluso a bucear en su historia.

Es lo que quiero contaros yo, «Lao Mu». Como he explicado muchas veces, «yo» no lo digo señalando mi pecho con el índice: dejé de hacerlo en China cuando, al apuntarme con el índice, me miraban la camisa para descubrir qué señalaba; lo digo señalando con el índice mi nariz, como se hace en China; Lao, porque soy mayor (de joven, era Xiao) y Mu porque los apellidos en China son monosilábicos... Explico estos detalles aparentemente insignificantes, pero con los que quiero expresar una realidad: al entrar en China entramos en «otro mundo», como no me canso de explicar.

Me van a ayudar a contaros la transformación de China, haciendo de mi relato una conversación, mis colegas Víctor Cortizo, vicepresidente ejecutivo y Gabriel García-Noblejas, ambos miembros cualificados de Cátedra China, exper-

tos en China, acostumbrados a adaptar sus conocimientos a la realidad de la sociedad civil española, con la que quiero conversar, especialmente con los que tienen algún grado de responsabilidad en ella por su actividad económica, política, académica, mediática, etc.

Con algunos de ellos vengo ya manteniendo esta conversación, a diversos niveles, a través de debates, conferencias, mesas redondas, ... a lo largo de estos cuarenta años en que estoy implicado en el conocimiento de este gran país y en darlo a conocer, y que se ha ido manifestando en diversas etapas diferenciadas:

- Primera. Hasta final de los ochenta, la conversación fue sobre cómo China salía de país subdesarrollado a país en desarrollo acelerado, con un crecimiento de dos dígitos, y con los grandes cambios que el crecimiento producía.
- Segunda. En los noventa, la conversación giraba sobre el salto de China del crecimiento acelerado a potencia avanzada.
- Tercera. Desde principios del siglo XXI, sobre cómo China se va acercando a potencia de primer orden con peso global.

Tres etapas diferenciadas en esos periodos aproximados. Mi objetivo, y sé que el de otras muchas personas que vienen estudiando y divulgando la transformación de China, ha sido y es, en todo momento, el transmitir o explicar esa realidad, en cuánto nos afecta, en qué medida nos interesa y conocerla más y mejor, mientras se consolida el proceso globalizador.

Con frecuencia, en el intento de transferir mi percepción de esta transformación, tropiezo con algunos obstáculos: un gran desconocimiento, un cierto desinterés por China como algo lejano y ajeno a nuestro mundo, y diversos estereotipos. Esto ha sucedido con más frecuencia hasta comienzos del siglo XXI; hoy, afortunadamente, hay mejor conocimiento y se acepta, como punto de partida, que China es hoy ya una potencia en muchos aspectos, aunque tenga muchos problemas por resolver.

Pues bien, en este relato-conversación que inicio con vosotros, me gustaría transmitir lo que he observado recorriendo China, debatiendo, escuchando a muchos otros observadores, en calidad de testigo, pues he tenido la suerte de ver de cerca la transformación de China casi día a día, y de debatir con sus protagonistas, a veces, hasta ser partícipe de ella, recorrer sus ciudades y aldeas en diversos momentos de ese proceso y de sus avances. Y, además, junto a amigos chinos que me explicaban el tremendo cambio de su entorno social y político.

Para que sea una conversación «ilustrada» no tengo más remedio que recurrir a cifras, análisis, opiniones fundamentadas, y algunos datos históricos, aunque he suprimido muchos, que podrían hacer el texto tedioso; y, para reducir ese posible tedio, Víctor y Gabriel irán introduciendo sus preguntas, sus dudas, sus comentarios.

He dado vueltas al título y al enfoque; al final me he inclinado por aportaros mis conclusiones, en función del futuro, como *La China del siglo XXI*.

Mi encuentro con la realidad china a lo largo de estos decenios de desarrollo galopante me ha acostumbrado a mirar siempre hacia adelante, hacia el nuevo dato, el siguiente avance. Me he habituado a aportar datos sobre una realidad tan cambiante, siempre con la coletilla: «bueno, esto era hasta ayer». Y así lo he advertido en mis artículos y mis libros, porque la realidad china va tan deprisa que los datos que hoy os transmito, mañana habrán cambiado.

Visitando en Shanghai, en 1994, una zona de campos de arroz, llena de grúas, en la que se construía el distrito comercial y financiero de Pudong, hoy un bosque de rascacielos, un cliente me dijo: «esto es una ciudad booming», una ciudad en ebullición.

Esa ebullición la he observado por toda China: multitud de ciudades que, en pocos años, cambiaban de aldeas grandes a ciudades gigantescas y ultramodernas del siglo XXI. He visto, en Pekín, la ciudad en que más he vivido, cómo, cada tres meses, manzanas enteras desaparecían alrededor de mi hotel y, en mi siguiente viaje, estaban ya construidas con edificios modernos; cómo de un viaje a otro o de un año a otro, se abrían el segundo, el tercero... el sexto cinturón de circunvalación; cómo se plantaban millones de árboles y se abrían docenas de nuevos parques; cómo su población pasaba de 4 a más de 20 millones; cómo las enormes avenidas –con 6-8 carriles, más dos para bicicletas–, empezaban a sufrir atascos interminables, desde final de los noventa, por los millones de vehículos matriculados; cómo cientos de grandes empresas chinas y multinacionales construían sus sedes centrales... Y así, me he acostumbrado a mirar siempre no solo dónde está China hoy, sino dónde puede estar mañana. Y eso me ha obligado a vivir en el futuro.

Llegué a China con más de 40 años, bien maduro y madurado por una vida intensa y densa de experiencias y estudios, y me sentí rejuvenecer por una sociedad en movimiento. Con mis 84 años hoy, China me estimula con sus cambios a estar volcado en el futuro y hacia el futuro, a una edad en que, sin ese impulso, podría estar mirando solo al pasado.

Me ha fascinado, desde esa experiencia directa, una pregunta recurrente a lo largo de estos decenios: adónde va China, cómo ha llegado aquí, cómo será «la

China del siglo XXI»: este es el relato que estoy completando en 2018, el año que cumplo mis «primeros» 40 años con China.

En mis libros *El enigma chino, 30 años de observador*, escrito en 2008, y *China 2050*, escrito en 2011, dediqué sendos capítulos a este tema: la China del futuro. Para redactarlo, convoqué en Pekín a una mesa redonda a un grupo de amigos chinos intelectuales sobre el tema «¿a dónde va China?», tema, que también a ellos les interesaba. Sus respuestas me fueron sorprendentes entonces y podéis comprobarlo en algunos de sus comentarios suyos de hace diez años:

- «El siglo XXI ha empezado a ser el siglo de China[...]. Muchos análisis en Occidente apuntan a China como un actor importante en el mundo del siglo XXI».
- «En 2050 China será la primera potencia mundial en PIB, un 25 % por encima de Estado Unidos [...] de las 500 mayores empresas del mundo, 235 serán chinas [...] la estación lunar china está dando frutos en energía limpia [...] la contaminación está cerca del nivel 0 [...]».
- «[...] la población universitaria debe acercarse al 50 % de la población en esa edad [...] investigación e innovación, duplicando el número de investigadores en todos los terrenos [...] presupuestos adecuados hasta alcanzar, como mínimo, el 2,5 % del PIB en I+D+i a partir de 2020, y seguir aumentándolo [...]».
- «En 2050 China será la primera potencia científica y tecnológica [...] Aunque no me atrevo a pronosticar cuánto antes de esa fecha».
- « [...] la población china, cuarta parte de la mundial, quiere alcanzar lo que llamáis "el Estado de bienestar", produciendo e investigando [...]».

Son algunas frases textuales de amigos intelectuales chinos en la conversación de hace diez años y podéis leer completo el resumen de aquellos debates en los textos citados y allí encontrar el nombre de cada uno de los interlocutores.

Veremos en todo el relato que iniciamos ahora, cuáles de esos vaticinios eran acertados... o se quedaron cortos, y lo intentaremos refrendar no ya con nuevos vaticinios, sino con datos.

Preparando el siglo XXI

1 La población china

China tiene larga experiencia en la elaboración de censos: desde el primero, ya en el año 118 a.C., ¡casi dos mil años antes que en Europa!

— El Gobierno chino suele aportar como explicación de gran parte de sus políticas el elemento demográfico. Todos sabemos que China es el país más poblado del mundo. ¿Lo ha sido siempre o se debe a la política de la República Popular?

China fue siempre el país más poblado del mundo.

El estudio de Maddison, que citamos, analiza los censos de China a lo largo de la historia, en un estilo muy pormenorizado, por periodos y siglos, de forma similar al análisis que hace del PIB de China en relación con el resto del mundo.

De ese estudio destacamos, muy resumidamente, en relación con la población, que China ha sido, a largo de la Historia, durante más de dos mil años, de forma continuada, el país más poblado del mundo, en un porcentaje que oscila entre el 20-25 % de la población mundial.

Por ejemplo:

- En el siglo IV a.n.e. China tiene una población de 20 millones, cuando Europa tiene poco más de dos millones.
- En 1600 165 millones; más del doble que Europa.
- En 1840 más de 400 millones, (en Europa, según diversas fuentes, algo más de 200), con tal prosperidad que China, en esa época, sigue siendo la primera potencia económica mundial, con más del 34 % del PIB mundial.

La magnitud de población en China ha sido, en parte, consecuencia de su desarrollo económico, hasta el siglo XV, por su gran producción y productividad agrícola y también, hasta mitad del siglo XIX, por sus grandes avances tecnológicos, como describe Needham. Su ingente población ha sido, en buena medida, el motor de la producción y de la economía.

También ha sido un gran problema en los periodos de hambrunas, que las Dinastías de mayor esplendor paliaban con los grandes sistemas de almacenamiento de grano y su distribución racional. Y ha sido una dificultad para conseguir la emergencia de China en el siglo XX, con una población de 500 millones en 1949, cuando Mao afirma «China se ha puesto en pie», y de 950 millones cuando se inicia la Reforma de 1978: ¡la población se ha duplicado en 30 años!

No se puede comprender ni valorar en sus justos términos la emergencia de China, sus problemas, sus retos, sus errores... si no se tiene en cuenta la inmensidad de su población.

Por ejemplo, cuantas veces he tenido que hablar o debatir sobre las relaciones España-China, he tenido que aludir a la diferencia poblacional, para poder abordar con rigor cualquier comparación.

China tiene 15 provincias con más población que España; de ellas cinco con casi el doble de población; otras siete con algo menos, es decir, la mayoría de ellas equivalen, en población, a España. Dicho de otra manera: el presidente de un Gobierno provincial chino gobierna a una población similar a España.

— ¿Y hoy? ¿Cómo se articula el ser el país más poblado del mundo con grandes zonas desérticas y con una altísima densidad poblacional en las zonas pobladas con la Administración central?

En efecto, con sus 1.380 millones, casi el 20 % de la población mundial, gobernada por un solo gobierno, organizada en circunscripciones provinciales o municipales mayores que muchos de los países del mundo. Por ejemplo, el municipio de Chongqin tiene una población de 32 millones, bastante más que 22 de los 27 países de la Unión Europea.

No es fácil hacerse idea de lo que significa un país con tal volumen de población. Resulta una cifra tan distante de lo habitual que no calibramos su importancia. Viviendo allí la multitud se te impone en la vida diaria, puede agobiar y, si viajas por el interior y por diversas ciudades, mucho más.

— Y ¿en comparación con el resto del mundo actual?

La población de China equivale hoy a algo más que toda la población de África, con sus 54 países (1.216 millones). O a la población de toda América -Norte, Centro y Sur- (996 millones) + Indonesia (260 millones) + Rusia (144 millones): un total de 1.400 millones.

Y, sin embargo, según los datos del Banco Mundial, entre 1978 y 2018:

- Han salido de la pobreza más de 700 millones de personas.
- China ha pasado de ser la potencia mundial 120.^a a la 2.^a.
- Su PIB ha pasado de 149.500 millones de dólares en 1978 a 12,52 billones en 2017; se ha multiplicado por 80.
- La renta per cápita ha pasado de 200 dólares en 1978 a 8.123 dólares en 2017: se ha multiplicado por 40.
- El 96 % de la población está alfabetizada.

Y, además:

- Se han construido 5 millones de kilómetros de carreteras, autopistas y autovías.
- Se han edificado 190 millones de viviendas.
- Se han construido dos mil pantanos.
- El 40 % de los jóvenes accede, en el curso 17-18, a la Universidad.

Hagamos un esfuerzo por imaginar, salvando todas las distancias:

- Cómo estaría la población africana (1.217 millones y 54 países).
- O cómo estaría la población india (1.240 millones), si se hubiera beneficiado de esos avances en los últimos 40 años, multiplicando por 80 su PIB y su renta per cápita. Y cómo habría influido ello en el resto del mundo... ¡¡¡aun quedando muchos problemas y retos a los que responder!!!

Todo eso se ha realizado en China en estos 40 años, en un solo país, con un solo gobierno. Esa transformación ha sido posible en China, por encima de todas las oscilaciones y crisis, tanto nacionales como globales.

Intentaremos hablar de esa gran transformación, de esa emergencia de China en los capítulos siguientes, sin olvidar que todos los datos que recojamos se refieren y afectan al 20 % de la población mundial y cómo sitúa a China en el siglo XXI.

— ¿Cuál es la composición poblacional de China? Tradicionalmente, China ha sido un país agrario. ¿Ha cambiado mucho esto?

La población china ha crecido, en estos 40 años, en 400 millones de personas. En 1978, siguiendo el tópico histórico, a China se le consideraba un país de campesinos. Y así fue durante siglos. Pero, evidentemente, ya no lo es. La población urbana en 1978 era de 171 millones, pero en 2016, de 793 millones. Es decir, la población urbana ha crecido en estos 40 años en más de 700 millones; lo que equivaldría a construir una ciudad como Nueva York cada año durante 40 años.

Es el mayor proceso de urbanización de la historia: ha crecido tanto el porcentaje de la población urbana, como la de Europa en varios siglos; a finales de los setenta la población urbana china era tan solo el 20 % de la población total, en 2016, el 57,35 %.

Las ciudades millonarias se han multiplicado:

- En 2016 hay en China:
 - 22 ciudades con más de 5 millones (total +110 millones).
 - 25 ciudades con más de 2 millones (total +50 millones).
 - 125 ciudades con más de 1 millón (total +125 millones).
- Al ritmo actual, en 2030, la población urbana se acercará al 70 % de la población total (unos 970 millones); superior a la población conjunta de la Unión Europea, Estados Unidos y Japón.

— Todo sabemos que en el siglo XIX de China partieron a ultramar lo que hoy se denomina *huaqiao*, es decir, los chinos de ultramar, que fueron fundamentalmente a América. ¿El crecimiento demográfico que acabas de exponer, ha causado movimientos migratorios como los que acabo de mencionar o más bien internos?

El crecimiento de población urbana no ha sido solo un crecimiento vegetativo, sino que se ha debido también a la mayor migración de la historia en un periodo tan corto: más de 400 millones de personas han migrado del campo a la ciudad, equivalente a la población total de la Unión Europea; y se espera un nuevo trasvase del campo a la ciudad de otros 300 millones de personas durante las tres próximas décadas.

Este fenómeno de urbanización gigante y acelerada está cambiando todos los parámetros sociales y económicos en un tiempo récord: nuevos desequilibrios económicos y sociales entre el mundo rural y el urbano, graves problemas medioambientales y de salud por la polución, escasez de recursos naturales como el agua, falta de infraestructuras adecuadas, reciclado de residuos...

La urbanización acelerada plantea, dramáticamente, muchos interrogantes, que se pueden resumir en la urgencia del crecimiento sostenible, en beneficio no solo de China, sino para el equilibrio global.

— ¿Hablamos de una población homogénea en cuanto a características culturales?

La historia de la población china se desarrolla en un vasto territorio por el que discurren, durante milenios, cientos de pueblos y culturas distintas, que se entrecruzan; en un Imperio, con fronteras no siempre delimitadas, con anexiones territoriales y diversas formas de soberanía y vasallaje a lo largo de milenios; migraciones gigantes en un Imperio centralizado que exige una progresiva organización estatal, la defensa del territorio, la fundación de ciudades, etc., con desplazamientos millonarios.

Por otra parte, China es un Imperio con amplia comunicación comercial y humana. La Ruta de la Seda favorece la circulación de cientos de miles de personas, muchas de las cuales se asientan en territorio del Imperio, que, por otra parte, va ampliando sus fronteras.

Como consecuencia, la composición étnica actual es de una etnia mayoritaria, la Han, y 55 minorías, que suman más cien millones, entremezclados con la mayoría Han, a la que pertenece el 93 % de la población.

Esta población tan plural convive, se desplaza y se entremezcla, aunque no siempre con total armonía, con cierta tensión secesionista étnica religiosa, en el caso de Tíbet, por el budismo lamaísta, en el caso de Xinjiang por el islamismo.

— Antes hablábamos de grandes cambios demográficos en el siglo XX. Esos cambios ¿se dan, como sucede en Europa, y muy concretamente en España, en una población que envejece paulatinamente?

Según el Ministerio de Asuntos Sociales, China tiene, en 2016, 231 millones de personas mayores de 60 años, 16,7 % del total; con un crecimiento anual de 10

millones/año, lo que significa que en 2035 serán 400 millones. La política maoísta de fomentar la natalidad, produjo un crecimiento tal que en 1980 el 36,20 % de la población tenía menos de 15 años, y solo el 4,49 % era mayor de 64 años; en 2016, la política del hijo único produjo el cambio: el 17,27 % es menor de 15 años, y el 10 % mayor de 64 años. Con la mejora de la calidad de vida, de la sanidad y los avances de la medicina, la tendencia al envejecimiento seguirá en aumento, con la consiguiente repercusión en el empleo, la producción, las pensiones y la atención a los mayores. Sobre estos parámetros la población china mayor de 60 años será de 495 millones en 2050, aproximadamente un tercio de la población china, según el estudio «Health Care of the Older Population in UrUrban and Rural China: 2000», publicado en 2007.

— ¿Qué nos puedes decir del peso del problema del paro, de la población activa, en un país tan vasto y tan poblado?

La población activa de China, según el Ministerio de Recursos Sociales supera, en 2016, los 776 millones, es decir, es más que la población total de Europa, incluida Rusia y Europa del Este; el desempleo urbano es de 3,95 %. China necesita seguir creando 15 millones de empleos urbanos al año para absorber el crecimiento anual, –sumado el vegetativo y la inmigración del campo–. El desequilibrio de género y la política de hijo único, unidas a la mentalidad conservadora tradicional de los campesinos y su preferencia por el hijo varón, que se va superando con resistencias, ha causado cierto desequilibrio demográfico entre hombres y mujeres. Se ha especulado mucho sobre este tema, pero, según el Programa ONU para el Desarrollo, el desequilibrio hombres-mujeres en China es normal: la diferencia entre población femenina y masculina es de 32 millones. En 2016, los hombres son 710.373.412, las mujeres son 668.291.578 un desequilibrio algo menor del 7 % (en los países desarrollados oscila entre el 4 y el 7 %), con tendencia a disminuir: con los incrementos actuales, será alrededor del 4 % en 2020, según el mismo estudio. Pero la igualdad de género es aún un objetivo lejano. Según el Índice de Igualdad de Género de 2012 del Foro Económico Mundial, China se mantiene en el puesto 61 mundial. En mis primeras reuniones con empresarios, en 1978, me llamaba la atención la frecuencia con que me encontraba con mujeres en la dirección de grandes empresas, mucho más que en España. La explicación que me daban era que las mujeres, casi en su totalidad, trabajaban en aquella época. Hoy el 75 % de las mujeres en edad de trabajar están en el mercado laboral y la presencia de las mujeres en puestos de dirección empresarial es alta, aunque muy lejos de la paridad.

— Las reformas legales para la mujer que acarrearón la fundación de la República Popular fueron claramente positivas en el sentido de que igualaron hombres y mujeres ante la ley. Pero en nuestras sociedades, concretamente en la española, se da una gran brecha salarial a pesar de dicha igualdad legal. ¿Qué pasa en China al respecto?

También se da dicha brecha: según la Federación de Mujeres de China, en noviembre 2017, es del 67,3 %. Sin embargo, la participación de la mujer llega casi al 50 % en puestos de responsabilidad científica y de investigación. A nivel político, la desigualdad es dramática: solo dos mujeres forman parte del Politburó, sobre 25 miembros, ninguna en el Comité Permanente, y en el Comité Central no llegan al 10 %. La primera Ley de Violencia Doméstica se ha aprobado en 2017. No cabe duda que China está muy lejos de la igualdad de género y, de cara al siglo XXI, su responsabilidad en este tema, como primera potencia, es la de acelerar el proceso hacia la igualdad de género en todos los terrenos en colaboración con todos los países.

En cuanto a la desigualdad económica, China ha dejado de ser pobre. En los ochenta, siendo residente en Pekín, no existiendo la tarjeta de crédito en China, cuando tenía que abonar una compra cuantiosa, por ejemplo, en las tiendas de antigüedades, sentía un poco de rubor al sacar el fajo de billetes: los empleados lo miraban con cierto estupor, pues podía contener una cuantía superior a todo su salario de un año. Hoy la situación es muy diferente: varios de mis antiguos empleados, por ejemplo, son millonarios. Hoy un gran reto de China es la desigualdad social y económica: el índice Gini, que mide la desigualdad entre el 20 % más rico y el 20 % más pobre, (0 igualdad absoluta; 100 desigualdad extrema), fue en China, en 1981, del 0,29; en 2011 era del 0,477: la desigualdad se ha ampliado. No solo en China; también en Estados Unidos (el índice Gini es del 0,45 y la diferencia entre el 1 % que más tiene y el resto, es la mayor desde 1920); también en España y a nivel mundial, como denuncian sucesivos informes. Es un problema global, cuya superación es una «auténtica prioridad política» para el Gobierno chino, según cita el reportaje, y lo debe ser para todos los gobiernos, según los Objetivos del Milenio de la ONU, reduciendo la desigualdad e implementando instrumentos para ello. Esta realidad, está muy lejos del igualitarismo maoísta, y coexiste con un dato positivo: la pobreza ha disminuido drásticamente: en 1999 afectaba al 10 % de la población; en 2017 afecta

al 3,3 %, y en 2025 la bolsa de pobreza habrá desaparecido, según los datos oficiales del Gobierno chino, que no están lejos de otros informes internacionales (véase el informe de la ONU 2015). China: una sociedad de clase media, según el Informe de la Unidad de Inteligencia de la revista *The Economist*, «Intelligence Unit, 2017», se calcula que en 2030 unos 480 millones de personas (un 35 % de la población) formarán parte de la clase media, con unos ingresos medio-altos superiores a los 10.000 dólares al año (otros informes elevan esa cifra). En la actualidad, 503 millones de chinos tienen de ingresos menos de 1.767 euros/año. En 2030, su número se habrá reducido a 155 millones de personas; 276 millones tendrán ingresos entre 9.106 y 27.177 y 205 millones tendrán ingresos superiores a 27.177 euros anuales. En 2050, aunque seguirá habiendo grandes desigualdades, China será una sociedad de clase media con poder adquisitivo medio de sus habitantes similar al de Estados Unidos y Corea del Sur, según el mismo informe. Esta transformación económica cambiará radicalmente la sociedad china. Otros informes son notablemente más optimistas.

En todo caso, el conjunto de los datos que resumimos, y todo lo que iremos analizando en los capítulos siguientes, nos van dando la visión de la China del siglo XXI, tanto por el ritmo de los cambios como por su significado. Para mí, como observador de esos cambios durante los últimos 40 años, la sensación es de expectación: cómo va a ser la China del siglo XXI y su repercusión en el mundo; y de frustración, ¡porque no voy a llegar a verlo!

2 Del comunismo al socialismo

«Entender la evolución y transformaciones del Partido Comunista Chino es vital para comprender mejor a China, no desde la perspectiva de cómo debería ser, sino de cómo realmente es [...]. El Partido Comunista Chino no es un partido comunista. Es, si acaso, un partido chino [...] tampoco puede encajarse totalmente en la acepción occidental de partido político [...] responde a la estructura tradicional del poder en China. [...] el mandarinato en su versión moderna [...] que, guste o no a la sensibilidad occidental, ha probado ser la forma de gobernanza más eficaz para gobernar el inmenso espacio social que es China».

(Mariola Moncada, Doctora en Historia del Pensamiento Chino,
Revista Política Exterior, en-feb 2018)

«El Partido Comunista Chino es un partido único, en el que se consolida progresivamente la meritocracia, el principio de legalidad y el Estado de derecho [...] un modelo de dictadura deliberativa para demostrar que los estados de partido único pueden también propiciar la estabilidad».

(Mark Leonard, director del Think Tank European Council for Foreign Relationships)

— Si te parece, hablemos de política, fijémonos en cómo se ha gobernado esa ingente y heterogénea masa poblacional china. ¿Está dirigida según la política comunista que evoca en la mente de algunos la palabra «China» o es este un prejuicio que conviene ir abandonando?

El comunismo es un sistema político y económico de características muy definidas, que en China, desde hace años, no se dan. Desde Occidente, sin embargo, seguimos considerando a China como un país comunista, por inercia, por ignorancia, o por razones de conveniencia geopolítica. Es una confusión que nos dificulta mucho el aceptar o percibir la realidad de China, su papel en el mundo globalizado, la China del siglo XXI.

China hoy no es un país comunista, ni en lo político ni en lo económico, aunque está dirigido y gobernado por el Partido Comunista Chino, que ostenta el monopolio del poder político, y cuyo perfil no coincide con el de otros partidos comunistas históricos ni con los pocos aún existentes.

El Partido Comunista Chino es la élite política que gobierna China ininterrumpidamente desde que Mao tomó el poder el 1 de octubre de 1949, con la famosa expresión: «China se ha puesto en pie», levantándose de humillaciones, invasiones, y colonización, y de una encarnizada y larguísima guerra civil, periodo que se prolongó de 1840 a 1949.

Es el Partido que estableció un régimen, un Estado, con un contenido profundamente nacionalista, para reconstruir el país con un gran consenso entre los dirigentes que habían hecho la revolución, después de ese siglo de destrucción y hundimiento.

La primera vez que me tropecé con esta realidad, lo recuerdo bien porque me impresionó, fue en 1981, en mi oficina cuando le pregunté a mi amigo Lao Sun, protagonista de mis libros anteriores, y dirigente comunista: «por qué seguís siendo comunistas» y me contestó con una amplia sonrisa: «el comunismo lo derrocamos hace mucho».

— O sea, que Mao sí que pretendió crear una sociedad comunista

Sí. Lo hizo. Pero lo hizo tras los primeros años de reconstrucción nacional, utilizando su autoridad y su prestigio, y apoyado por gran parte del Partido y del Ejército; pretendió establecer una sociedad igualitaria, sin clases, con todo el poder económico en manos del Estado, bajo la dictadura del proletariado; una copia, adaptada a China, del modelo soviético; es decir, un régimen comunista.

Mao había conseguido la reunificación política del país, y su reconstrucción con éxito en una primera etapa, pero fracasó a la hora de dotar al pueblo chino de un gobierno estable que garantizase su progreso y prosperidad material.

Muchos otros dirigentes no estuvieron de acuerdo con el proyecto «comunista» de Mao, entre otras razones, porque carecía de un programa económico sólido. Este desacuerdo, muy profundo, quedó solapado en los primeros años por la urgencia de la reconstrucción del país y por la «autoridad moral» de Mao.

A partir de 1956, Mao lanzó un programa para la implantación efectiva del comunismo que incluía el llamado Gran Salto Adelante, la organización de las comunas agrícolas y otras medidas de corte comunista: para él, y no pocos de sus seguidores, el comunismo dejaba de ser un objetivo de futuro para convertirse en un programa político inmediato.

Frente a otros muchos dirigentes que se oponían frontalmente a este programa de Mao, entre ellos algunos de los máximos dirigentes: como su lugarteniente, Liu Shaoqi, -nombrado poco después presidente de la República Popular en sustitución del propio Mao-; el mariscal Peng Dehuai, ministro de Defensa y Comandante en jefe del Ejército; Zhou Enlai, Primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores; Deng Xiaoping, Secretario General del Partido; y miles y miles de dirigentes intermedios, y jefes militares, que explicaron su posición por todo el país recabando apoyos, por encima del prestigio casi incuestionable de Mao. Era una facción disi-

dente muy amplia, como si fuera otro Partido, como si hubiera dos Partidos, con distinta correlación de fuerzas entre ellos.

Se inició así un enfrentamiento político, que durará más de 20 años, con dos programas políticos contrapuestos: el maoísta, de inspiración comunista clásica, que lidera Mao y sus seguidores; y el de la Reforma, que luego se llamará «socialismo de características chinas», (que, para muchos se semeja en al socialismo europeo, como analizaremos más adelante), y que liderará Deng Xiaoping; cada facción seguida por sectores importantes del Partido, el Gobierno y el Ejército.

— De modo que se dio una batalla interna en el Partido. ¿La perdió Mao y su sector?

Así podría decirse. Pero solo fue *la primera* derrota del maoísmo. Luego habría más. Ahora estamos hablando de una batalla política que se hizo más dramática por el desastre de las medidas económicas que Mao quiere imponer –«el Gran Salto Adelante», las comunas, etc.– que impulsaron a los reformistas a convocar, con la autoridad de Liu Shaoqi, como presidente de la República, y el «conocimiento» de Mao, a altos dirigentes de todo el país –unos siete mil, según la crónica oficial–. Objetivo: debatir la instauración del comunismo ya, o un proceso de reformas gradual y ordenado y conforme a ciertas leyes económicas.

El 20 de enero de 1962 el presidente Liu se dirigió a esa asamblea de dirigentes en el Palacio del Pueblo de Beijing, con un discurso de crítica al «Gran Salto Adelante» y a las comunas, en defensa de reformas graduales y de la renuncia a la implantación inmediata del comunismo.

Mao escuchó furioso, pues no era el borrador que él conocía, mientras Liu era ovacionado por buena parte de los asistentes, que, a continuación, hicieron llegar el texto del discurso a todos los rincones del país y del Partido: un primer triunfo de los reformistas y la primera derrota aparente del maoísmo.

Mao no perdonó esta maniobra de Liu y esperó cuatro años para preparar el contraataque: en 1966, apoyado en el sector del Partido enemigo encarnizado de la Reforma, inició la Revolución Cultural, como un auténtico golpe de Estado, para implantar el comunismo, cuando los reformistas no habían tenido tiempo aún de aplicar su Reforma.

Con la Revolución Cultural predominó la represión, con millones de víctimas: dirigentes reformistas destacados, miles de cuadros y decenas de miles de militantes, la mayoría desterrados a trabajar en el campo, muchos fallecidos en el destierro, en la cárcel, o por las torturas; se cerraron casi todas las Universidades y Centros de estudio y la Reforma quedó, «oficialmente» eliminada.

He conocido a no pocos dirigentes comunistas que pasaron por diversos tipos de represión, sobre todo por el exilio al campo, a veces a zonas inhóspitas y muy pobres. Tengo un repertorio largo de historias personales. Y no solo de dirigentes políticos: me impresionó especialmente, quizá por amistad con él y por haber conocido a toda su familia, que me lo contaba en 1987 en la cocina de su casa de 20 m²: su abuelo, exdirigente del Partido Nacionalista estuvo en paradero desconocido durante 11 años, su abuela enloqueció y él, con 15 años, fue enviado a trabajar al campo, a 90 kilómetros de Pekín; «pasaba tanta hambre que una noche robé una bicicleta y me fui a casa de mi abuela, sin apenas ingresos, a comer algo y volverme». La abuela pareció despertar y asentía. Xiao Peng, el nieto, entonces empleado en mi empresa, ahora es Lao Peng, ya mayor, y, además, hoy es millonario.

Entre los muchísimos supervivientes de esa batalla dramática, destacó Deng Xiaoping, que, a partir del 72, tras años de destierro silencioso, reanudó una cierta actividad política, semi clandestina, viajando por toda China, restableciendo contacto con miles de dirigentes, incluso siendo aclamado en actos públicos.

— O sea, que la República Popular ¿llevó,
paradójicamente, al abandono del comunismo?

Así es. En 1973 Deng es nombrado viceprimer ministro por influjo del primer ministro Zhou Enlai, gran defensor de la Reforma, con el apoyo del mariscal Ye, jefe del Alto Estado Mayor; y, en calidad de tal, asistió a la Asamblea General de Naciones Unidas, en representación de China, sorprendiendo al mundo con la teoría de los Tres Mundos, universalmente aceptada desde entonces. Y repuso en puestos clave a un gran número de reformistas.

En 1975 Deng expuso en el Congreso del Partido su objetivo: «Llevaré a China a la cúspide de la economía mundial para el año 2000».

No se puede entender, desde nuestros parámetros políticos, esta batalla ideológica tan intensa, ni la coexistencia de dirigentes y opositores dentro del mismo Partido y del mismo Gobierno. Pero los protagonistas lo narran con toda naturalidad y pasan en muchos casos desde la represión al poder. Es una de las características sorprendentes del Partido Comunista Chino: la coexistencia de diversas, incluso contrarias, posiciones políticas, que a veces se saldan con represión, luego con rehabilitaciones, en medio de un debate político intenso, tenso, o enriquecedor, según los casos.

He podido contar entre mis amigos, como ya he apuntado, a algunos dirigentes, desterrados al campo durante años, cuando ya habían vuelto a puestos de responsabilidad política o empresarial: en ninguno de ellos he percibido atisbo de rencor. He conocido también a algunos que fueron «guardias rojos», convertidos en activos defensores de la Reforma.

La batalla entre reformistas y maoístas, que conviven en puestos de poder, en la posición o en la represión sin aún aclararse quién tiene todo el poder, continuó.

A la muerte de Zhou Enlai, enero de 1976, el Gobierno le negó funerales de Estado, pero más de un millón de personas le rindió honores en los alrededores de la Plaza Tiananmen, hasta conseguir que se le tributaran honores: testigos presenciales me lo relataron años después.

Deng, en un pulso claro con los maoístas, y todavía con Mao vivo, convirtió el discurso en los funerales de Zhou, ante la cúpula del Partido y el Estado, en una defensa de la Reforma. Inmediatamente fue destituido y los maoístas decidieron detenerle, pero no pudieron: el Mariscal Ye puso a su disposición un avión militar para trasladarle a Cantón y refugiarle en su residencia.

Un mes después de esos funerales, con motivo de la fiesta de los antepasados, cerca de dos millones de personas, se fueron concentrando en Tiananmen, a lo largo de dos semanas, convirtiendo la fiesta en un homenaje a Zhou Enlai y en apoyo a la Reforma. Todo acabó el 7 de abril con una brutal represión, con un número indeterminado de muertos y heridos, y con graves enfrentamientos con la policía, que necesitó doscientos camiones para retirar pancartas, coronas de flores, etc., restos del homenaje.

Deng, desde su «refugio» en Cantón pudo preparar, con el Mariscal y otros máximos dirigentes, su vuelta y la caída definitiva de la Banda de los Cuatro y del maoísmo, con el apoyo de millones de partidarios: una muestra más del enfrentamiento y la «coexistencia» de dos facciones en pugna por el poder.

— ¿Qué crees que se reemplazó, una línea política por otra o una visión del Gobierno por otra? Y ¿se reemplazó para siempre?

Esto es una larga historia.

El 20 de octubre de 1976, recién fallecido Mao, el mariscal Ye dirigió la detención de los máximos dirigentes de la Revolución Cultural, incluida la viuda de Mao, y neutralizó varios intentos, incluso militares, de los maoístas por mantener su poder.

La detención provocó un gigantesco desfile en Beijing de cientos de miles de personas, incluidos muchos cuadros del Partido, que habían vuelto del destierro, y que confluyeron en Tiananmen con el grito: ¡Shengli! ¡Shengli!, ¡Victoria! ¡Victoria!...Y cuatro días después se organizó un gran desfile para celebrar el fin de la Revolución Cultural, ya con la aprobación del Politburó.

Para vencer la aún fuerte resistencia de los maoístas, todavía fue necesaria otra gran manifestación de más de un millón de personas, el 17 de abril de 1977, exigiendo la vuelta de Deng. Y, el 20 de julio, otra más masiva para celebrar su vuelta, junto con la de otros miles de dirigentes.

La batalla entre reformistas y maoístas se consumó, con la vuelta definitiva de Deng; pero quedaba la larga batalla pendiente del desmantelamiento de las estructuras del comunismo maoísta y tendrá sus últimos coletazos 23 años después, en 1989, en Tiananmen.

Como dijo Deng,

«harán falta veinte años para eliminar su influencia [...] pues han saboteado la ciencia, y, como consecuencia, llevamos [...] años de retraso [...], han convertido a una generación entera en minusválidos intelectuales».

Un comunicado del Comité Central, en 1981 declaró:

«Mao cometió errores de enorme magnitud y duración».

Nos hemos detenido en este relato histórico para comprender cómo se derrocó un régimen comunista, caso único entre los partidos comunistas históricos, y la dificultad de sustituirlo.

Este relato me ha sido posible, no solo leyendo, sino, en buena medida, gracias a no pocos amigos chinos, intelectuales o políticos, incluso clientes y empleados, que me han ido desgranando esa parte de la historia, a lo largo de estos 40 años, sobre todo cuando llevaba ya años en contacto constante con China.

Todo ello forma parte de la «memoria histórica», que el Partido Comunista chino, en mi opinión, debería recuperar, en temas tan importantes como la Revolución Cultural y los sucesos de Tiananmen.

— Tú viviste aquellos días de Tiananmen, porque estabas en Pekín. Todos sabemos que hubo una lucha, digamos informativa. ¿Qué relato ves más correcto?

De los sucesos de Tiananmen tengo datos suficientes para otro libro. Como dices bien, lo viví en directo y mi versión no coincide con lo que se dijo –y se dice– en Occidente. Mis fuentes: diversos amigos dirigentes, uno de ellos del núcleo organizador del Partido Comunista, por un parte; y, por otra, a nivel de calle, uno de mis empleados que todos los días, mientras pudo, recorría en bicicleta la manifestación y nos contaba cuántos dirigentes comunistas conocidos y dirigentes, también comunistas, de nuestras empresas clientes encontraba, incluso con pancartas. Y la canción más repetida en las manifestaciones era el himno del Partido Comunista. Fue un enfrentamiento tremendo entre facciones del Partido, que estuvo no lejos de una guerra civil.

— Dejemos entonces Tiananmen por unos instantes para tu próximo libro y terminemos el repaso que hacíamos de la historia reciente del Partido Comunista de China. Estabas hablando de Deng Xiaoping

Por ser el artífice del milagro económico y del ascenso fulgurante de China en los últimos cuarenta años, juega hoy un papel de relevancia global pero también

suscita posturas muy encontradas en los círculos políticos y de opinión occidentales (Mariola Moncada).

Deng y su equipo, convencidos de que la economía planificada importada de la URSS por Mao Zedong no podía funcionar, fue impulsando la Reforma hasta liderarla plenamente de 1978 a 1997, habiendo perdido en el camino a no pocos de sus compañeros.

Este año se cumplen los 40 años de aquella Reforma.

La economía de mercado «con características chinas», como la formuló Deng, y que analizamos en el capítulo siguiente, requerirá un proceso largo y complejo, y superar resistencias y enfrentamientos políticos, con tanto éxito, en tan corto tiempo, y para una población tan inmensa.

No pocas publicaciones occidentales han considerado a Deng una de las figuras políticas más relevantes del siglo XX por impulsar un ensayo político y económico inédito, sin precedentes, que transformó a China, influyó en la caída de la URSS, y en la transformación de otros partidos comunistas, y favoreció la emancipación y desarrollo de lo que él denominó «Tercer Mundo».

Su objetivo: la reconstrucción económica de China, la reforma de sus estructuras económicas, y la apertura al exterior: «política de Reforma y de puertas abiertas», hasta construir una economía de mercado. Su resultado, el «socialismo de características chinas».

— ¿Es entonces el Partido Comunista Chino más chino que comunista?

Resumiendo el artículo de Enrique Fanjul, que citamos más abajo: el objetivo central del Partido Comunista Chino fue reconstituir la soberanía nacional de China y restablecer su unidad e independencia.

El comunismo se fusionó en China con buena parte de sus tradiciones de su milenaria cultura, el confucianismo... El peso del marxismo como doctrina política, fue relativamente escaso. Como señala Lucian Pye, «los chinos [...] no abandonaron la esencia de su legado confuciano al adoptar el comunismo». El Partido

Comunista asumió la función de gobierno, que antes había correspondido a los mandarines, no sobre parámetros occidentales, sino sobre la meritocracia como analizaremos.

La «legitimidad» del Partido Comunista Chino se basa, según su concepción, pese a los errores cometidos y la corrupción, en que devolvió a China la unidad nacional, superando una larga crisis de más de un siglo, y la transformó en una potencia internacional.

La «Cambridge history of china», lo expresa, así: «los comunistas chinos pueden ser vistos como otra "dinastía" unificadora, equipada con un presidente "imperial", una burocracia, una ideología», que lidera un proceso de transformación económica, de mejora espectacular de la vida de la población, que ha protagonizado la mayor revolución económica de la historia: nunca antes un colectivo tan grande de población había experimentado, una mejora tan radical de sus condiciones materiales de vida, en un periodo de tiempo tan corto.

La percepción generalizada, desde Occidente, es que sigue siendo un Partido «comunista», con un poder y una ideología monolítica, sin muchos matices. Que se haya transformado, de verdad, en un partido «socialista de características chinas» y lo que ello significa en nuestro mundo globalizado, tendremos que irlo comprobando en los capítulos siguientes.

No cabe duda de que esa «transformación» ha sido una base fundamental e imprescindible para situar a China en el siglo XXI, dirigida por un Partido Comunista radicalmente distinto de aquel que tomó el poder el 1 de octubre de 1949.

3 El nuevo capitalismo chino

«Por primera vez desde el fin de la guerra fría, Europa y Estados Unidos se enfrentan a un reto formidable: ¡el modelo chino!».

(Mark Leonard)

Un proceso de industrialización realizado en 40 años similar al que Europa realizó en 300 años: el más amplio y ambicioso proceso de liberalización y privatización económica que el mundo haya visto.

— ¿Cómo nos explicas a los españoles esta evolución económica que no nos recuerda, en primera instancia, al socialismo sino al capitalismo?

China no podía aspirar a ser una potencia económica en la perspectiva del siglo XXI, sin dismantelar las estructuras comunistas. Lo tuvieron muy claro los líderes de la Reforma, entre ellos, Zhou Enlai, Primer ministro durante todo el mandato de Mao, y así lo expresó ya en 1966, y en la revista oficial del Partido en 1975.

La Reforma impulsada por Deng Xiaoping y su equipo concretó ese objetivo: dismantelar el sistema de comunas en el campo, la rígida estructura económico-financiera-empresarial en la industria y los servicios y la centralización estatal de la economía.

Objetivos muy complejos, partiendo de una estructura «comunista», y solo alcanzables a medio plazo, de forma gradual, a lo largo de los siguientes decenios.

El proceso se puede sintetizar, simplificando, en estas cifras: en 1978 la industria y los servicios eran cien por cien de titularidad estatal o pública, totalmente centralizados; en 2017, el 71 % del PIB –algo menos que en Francia– procede de empresas privadas, ochocientas mil de ellas con capital extranjero.

La Reforma debía reducir drásticamente el número de grandes empresas, reducir el predominio de la propiedad pública y dejar al sector privado el papel de protagonista principal de la economía. Lo que Deng denominó «una economía socialista de mercado».

Un proceso necesariamente largo, con avances graduales, traumas y resistencias, entre los que resumimos algunos:

La privatización de empresas, acelerada entre 1990 y 2001, provocó cincuenta y tres millones de despidos, sin apenas subsidio de desempleo, creando un grave problema social, acrecentado por la emigración masiva del campo a la ciudad: más de diez millones de migrantes por año.

Algunas ofertas públicas de acciones generaron las mayores operaciones bursátiles de la historia. Por ejemplo, el Banco Agrícola de China atrajo, en julio de

2010, una inversión privada de veintidós mil millones de dólares, y a trescientos veinte millones de clientes.

— Y ¿ha sido un éxito, un fracaso, una mezcla o aún no lo sabemos?

La capitalización empresarial en Bolsa ha llegado a ser de las más altas del mundo, y no pocas de las empresas chinas se transformaron en multinacionales globales.

A partir de 1990 se aprobaron miles de leyes relacionadas con el derecho mercantil, la propiedad privada y la economía de mercado.

La clase media pasó de un millón de personas en 1990, a más de 400 millones en 2016.

China creció de 1978 a 2007, una media de 9,9 % anual, y de 2007 a 2016 un 7,2 % mientras las economías occidentales crecieron un 2,8 % y un 0,9 %, respectivamente. Un crecimiento equivalente al 30 % del crecimiento mundial anual.

La renta per cápita pasó de 200 dólares en 1978 a 8.583, en 2016, según el Banco Mundial.

Un resumen muy fácil de describir, pero que ha provocado una auténtica convulsión social y económica, que ha afectado al 20 % de la población mundial. Es indescriptible la impresión de cambio en todos los terrenos, que he podido percibir en estos años, recorriendo China de una punta a otra, desde las grandes ciudades a aldeas minúsculas. Podría resumirlo así: conocí un país en 1978, diferente de los países que he ido conociendo sucesivamente.

La coincidencia de la reforma con el proceso de globalización y de crecimiento del comercio exterior ha beneficiado a China con más de 900.000 millones de euros de inversión extranjera, y gran transferencia de tecnología y gestión y convertido a China en la mayor reserva mundial de divisas, casi tres millones de euros, con una tasa de ahorro hasta el 45 % del PIB en 2017, y una deuda soberana relativamente baja (49 %/PIB).

Este ha sido el triunfo de la Reforma, que ha fortalecido a China en una posición sólida en el arranque del siglo XXI.

— Sí, pero... ¿No hay «efectos colaterales», por así decir, de tan vertiginoso y gran desarrollo?

Sí, claro. Este desarrollo tan «eficaz» no ha podido eliminar, sin embargo, graves errores, deficiencias, y limitaciones entre las que destacamos:

- China ha pasado de ser uno de los países más igualitarios a tener una diferencia entre pobres y ricos similar a Estados Unidos.
- Se ha descuidado durante decenios el medio ambiente, que solo se podrá recuperar con gran esfuerzo de inversión e investigación, a medio plazo.
- Se han atendido muy deficientemente los servicios públicos.
- La emigración masiva a la ciudad ha situado a gran parte de los migrantes en situación de precariedad laboral y de servicios sociales.
- Se ha acelerado el crecimiento de la población urbana, el gigantismo de las ciudades, junto a su contaminación y deterioro medioambiental.
- El crecimiento económico vertiginoso ha generado una corrupción generalizada, que motivó los sucesos de Tienanmen en 1989, y que ha obligado a los sucesivos gobiernos a campañas contra ella, sin alcanzar su erradicación, a pesar de las sanciones y expulsiones del Partido cada año.

— En Europa, tenemos la impresión de que la planificación estatal excesiva frena la mejoría en lo económico. ¿Es el caso chino?

No lo creo así.

La planificación ha sido un instrumento clave, sin el que, muy probablemente, la Reforma no habría sido posible o no tan exitosa.

En febrero de 1980, recién tomadas las riendas del poder, Deng Xiao Ping anunció: «China tiene que multiplicar su producción por cuatro en los próximos 20 años [...]».

Este objetivo se cumplió, con 16 años de antelación, en 1996.

En 2000 el presidente Jiang Zemin propuso el objetivo de multiplicar por 4 de nuevo el PIB para 2020: se cumplió en 2009 y siguió creciendo al 6,5 % anual hasta hoy.

En octubre de 2017 Xi Jinping ha propuesto, en el Congreso del Partido Comunista Chino: «Esperamos que la meta de duplicar el PIB de 2010 a 2020 se reitere», lo que implica mantener un ritmo del 6,5 % de incremento anual.

Estos macro objetivos se han implementado con los Planes Quinquenales, herencia de la época maoísta, pero enmarcados ya en otra estructura económica.

La frase, muy repetida por los políticos chinos, «nuestro objetivo no son las próximas elecciones sino las próximas generaciones», la oí por primer vez en un Foro empresarial en Pekín, en 1987. Un principio muy coherente con el confucianismo, y muy contrastado en la historia de China, con ejemplos tan significativos como el Gran Canal, la Gran Muralla, los sistemas hidráulicos de almacenamiento y canalización del agua, las grandes reservas de grano en los siglos de hambrunas periódicas, y otras muchas grandes obras, alguna de las cuales requirió hasta siglos para su ejecución.

En la actualidad se mantiene ese principio, como clave de buen gobierno, en otros muchos grandes proyectos que trascienden cualquier legislatura como:

- Trasvase gigantesco de agua del Sur al Norte con dos grandes canales de 1.000 kilómetros cada uno, ya inaugurados, y un tercer Canal, algo más largo, desde el Himalaya, ¡que se inaugurará en 2050!
- El Proyecto «Made in China 2025», cuyo objetivo es hacer de China una referencia mundial en todas las tecnologías punta a mitad del siglo XXI.
- El macro proyecto de la Nueva Ruta de la Seda, de conectividad global de comunicaciones, tecnología y cultura entre los cinco continentes, ¡cuya primera etapa concluirá en 2049!

Pero de ello mejor hablamos luego, si te parece.

— Sí, claro. Pero desde algunos organismos internacionales se ha criticado el aislacionismo chino, su ausencia en organismos económicos y financieros internacionales, su falta de firma de acuerdos y pactos en este terreno...

La política de autonomía económica significa que China se ha liberado, en gran medida, de los dictámenes de organismos de desarrollo e instituciones financieras occidentales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y no ha aceptado la imposición de las reformas neoliberales o desregulación económica, emanadas del Consenso de Washington. Esta autonomía, sin embargo, ha sido muy criticada desde Occidente y no es apoyada por todos los economistas chinos.

Cuando estalló la crisis financiera mundial, en 2008, corría este comentario jocoso entre los economistas de la Academia de Ciencias Sociales de China: ¿sabes que los americanos van a implantar, frente a la crisis, un capitalismo de características chinas?

Y, poco antes, una delegación del Fondo Monetario Internacional iba a visitar China para aconsejar sobre cómo liberalizar más deprisa la economía, y acelerar la privatización. Pero, al estallar la crisis, se suspendió la visita.

Por otro lado, la doble transformación de China, de economía centralizada a economía de mercado, y del subdesarrollo a una sociedad acomodada no es fruto de la casualidad, ni de la genialidad de un líder, ni de la improvisación.

Desmantelar un Estado comunista tan gigantesco como el chino y sustituirlo, sin libertades, por un Estado capitalista, sin modelo anterior al que seguir, en un periodo tan corto, y produciendo al mismo tiempo la mayor transformación económica de un país de ese tamaño, necesitó de mucha programación, con dos elementos clave: un cerebro y una política.

El cerebro: en China existen grandes Centros de Pensamiento o *Think Tanks*, a nivel central, provincial y local. Según el Índice Global de Think Tanks, en 2016, son 435, con una plantilla total de más de cien mil investigadores sociales, economistas, politólogos, técnicos, científicos, que debaten, critican, elaboran informes sobre los problemas cambiantes de una sociedad cambiante en un mundo cambiante, y, como afirma Mark Leonard en su libro, *Qué piensa China*, con frecuencia los políticos de diverso nivel, les hacen caso y las llevan a la práctica política.

Según Kissinger, los políticos chinos son los políticos mejor preparados que él ha encontrado en el mundo. Proceden, en general, de las mejores universidades, seleccionados por el sistema de meritocracia, en un proceso gradual de entrenamiento, encuadrados en la planificación política a medio largo plazo. No es un sistema perfecto, pero ha conseguido, a pesar de errores y vaivenes, claros éxitos, con la ventaja de la estabilidad de legislaturas de cinco años, con relevo generacional graduado; aunque con ausencia absoluta de democracia liberal y bajo el liderazgo exclusivo del Partido Comunista Chino.

En Occidente muchos mantienen el axioma de que la modernización económica no es posible sin democracia liberal. El éxito de la política china parece demostrar que ese principio no es un dogma, aunque está por ver si es posible mantenerlo a largo plazo sin democracia.

Entre todos esos «cerebros», o *think tanks*, destacaría dos:

- La Escuela Central del Partido, donde se forman y reciclan periódicamente todos los grandes dirigentes, con sucursales en todas las provincias.
- La Academia de Ciencias Sociales de China, con once sucursales, 100 institutos, dos universidades, cuatro centros de documentación e información, tres centros de tecnología y dos unidades de publicaciones. Ha creado 430 empresas basadas en la ciencia y en la tecnología, de las que once cotizan en bolsa. Conocí a uno de sus investigadores, y ejecutivo empresarial, Lao Sun, en mi primer viaje a China y, desde entonces, me ha ayudado a descifrar algo del enigma chino.

— ¿Quiere decir todo esto que venimos comentando que el modelo económico chino es totalmente original y único, el «modelo chino», para decirlo con palabras de Mark Leonard?

China proclamó, desde Deng, que el mercado no es exclusivo del capitalismo, sino parte del acervo de la cultura universal, y que cabe también en el socialismo chino.

La política económica diaria y los ajustes en el modelo económico han propiciado un debate continuo y amplio, con posiciones muy diversas, sobre cuál es el modelo chino.

El economista Xue Muqiao («China's socialist economy») formuló ese modelo como la propiedad pública que coexiste con varias formas de propiedad, mayoritariamente privada, dando pleno juego al mercado, y con el suficiente poder económico del Estado para regular la economía, e impulsar con eficacia los servicios sociales.

Considerar al socialismo chino un modelo económico específico no es muy aceptado por Occidente, ni es homologado con la economía de mercado occidental. Muchos economistas chinos sí consideran que conforma un modelo económico específico, con una argumentación propia de su mentalidad pragmática, como lo expresó Deng Xiao Ping, en 1961, en una reunión del Comité Central del Partido Comunista Chino: será un modelo económico aquel que consiga resultados que mejoren la realidad económica para beneficio de la mayoría,... aunque no sea un modelo perfecto, «si caza ratones», es un modelo práctico.

Un modelo que se aproxime al Estado de bienestar, más al europeo que al americano, en cuanto garantice los derechos sociales y una progresiva igualdad, que liberalice progresivamente la economía, manteniendo un Estado fuerte, con capacidad legislativa y efectiva de regular la actividad económica con organismos adecuados.

Esta política económica es hoy la corriente mayoritaria entre políticos e intelectuales chinos, y acaba de refrendarse, en el Congreso del Partido, y la Asamblea Nacional, como una nueva etapa hacia una sociedad de prosperidad media para 2035, que tenga un peso global para 2050.

Pero tiene también adversarios, incluso dentro del Partido y entre economistas independientes partidarios del neoliberalismo puro, como Zhang Weiyin («Theory and China Enterprise Reform» 1999), representante de la nueva derecha china, que reclama el desmantelamiento del sector público con un poder económico residual para el Estado.

— ¿Es transferible ese modelo?

Cada año llegan a China delegaciones de políticos, economistas, profesores, etc., de muchos países en vías de desarrollo, para estudiar cómo ha sido posible la transformación de China, y cuáles son sus claves.

No creemos, sin embargo, que el socialismo de características chinas sea un modelo a «copiar», pues la economía china se ha desarrollado en parámetros muy específicos.

Para China, sin duda, está siendo un modelo, un programa de actuación que ha sido eficaz para alejar a China del subdesarrollo y dotarla de un crecimiento, en todos los órdenes, para abordar los retos y desarrollos del siglo XXI, y situarla como un poder global sólido.

4 La educación y el conocimiento

«Tan solo por la educación puede la persona ser persona» [...] «un arte que debe ser perfeccionada durante generaciones».

(Kant, *Selección de escritos sobre la educación y sus fundamentos*, Paderborn, Schöningh)

«La Universidad es el gran motor de conocimiento, la investigación y el progreso».

(Roberto Fernández Díaz, presidente de la CRUE).

— Hasta ahora, hemos hablado de política y de economía. ¿Cómo influyen ambos elementos en la evolución humana de China, en la educación?

En 1949, cuando Mao tomó el poder, tras la decadencia del Imperio y de un siglo de dominación occidental y muchos años de guerras, la estructura docente de China había quedado desmantelada.

Mao dijo, en la Plaza Tiananmen, a los restos de su ejército popular triunfante y maltrecho, al tomar el poder: «China se ha puesto en pie»: una frase épica; pero iba a ser necesario, entre otras muchas cosas, un enorme esfuerzo educativo para ponerse en pie: un 80 % de la población era analfabeta, solo el 30 % de los niños

estaban escolarizados y en la Universidad solo había 117.000 estudiantes, de una población de 500 millones.

La reconstrucción del país, la recuperación de la economía y la cobertura de las necesidades mínimas de alimentación, vivienda, etc., absorbieron todas las energías del primer decenio (1949-1966) y, en buena medida, también del segundo (1966-1976), plagado de las luchas políticas.

Hegel, gran admirador de la civilización china, concluyó en sus «Comentarios»: «¡China se ha estancado!» .

China se estancó desde principios del XIX, por la decadencia general del Imperio, y porque no entró en la dinámica de la Revolución Industrial que, en Europa y resto de Occidente, había facilitado un gran avance tecnológico y económico, por la ocupación de potencias occidentales extranjeras y por una larga guerra civil de 1927 a 1949.

Mao tomó el poder del país más pobre del mundo, casi exclusivamente agrícola, y con una agricultura rudimentaria, sin infraestructuras, sin industria, con una estructura educativa raquítica. Los primeros años del maoísmo supusieron un crecimiento económico del 6,5 % anual, pero sin prestar atención prioritaria a la educación. El empeño de Mao de acelerar el proceso hacia el comunismo, y el lanzamiento de la Revolución Cultural en 1966, provocaron, además, el cierre generalizado de Escuelas y Universidades, durante casi diez años, y el destierro al campo de decenas de miles de profesores.

— ¿Se perpetuó esta política bajo el mandato de Deng Xiaoping?

El análisis de Deng, cuando, en 1978, inició la Reforma económica, fue muy claro:

- Primero. No podemos volver a caer en el error histórico de abandonar los avances tecnológicos: las potencias occidentales nos dominaron a mitad del XIX, gracias a la pólvora, que nosotros habíamos inventado hacía siglos.
- Segundo. El extremismo de la revolución cultural «saboteó la ciencia, y produjo años de retraso [...] que han convertido a una generación entera en minusválidos intelectuales».

- Tercero. La Reforma debe dar prioridad a la educación, la ciencia, y el desarrollo tecnológico, o, según la expresión de Zhou Enlai, la modernización de la agricultura, la industria, la tecnología y el ejército.

Pero estas conclusiones tardarán en reflejarse en la reforma educativa.

— O sea, ¿se ha dado una reconstrucción del sistema educativo?

La Reforma se ha podido consolidar por el conocimiento y la investigación, como base del crecimiento económico y del gran salto hacia el siglo XXI.

Según el Banco Mundial, el sistema educativo chino ha llegado, desde la situación precaria predominante en 1978, a una situación avanzada en 2017, resumida en estos datos:

- La tasa de alfabetización adulta es del 96 %.
- La educación preescolar, de 3 a 6 años llega al 40,75 %.
- La educación primaria (7-12 años) llega al 98,95 %.
- La educación secundaria básica (de 12 a 14 años) al 94,10 %.
- La secundaria superior (15 a 17 años) llega al 47,6 %.
- La educación universitaria: en el curso 2017-2018, ha llegado a la Universidad el 40 % de los jóvenes.

En conjunto la educación, sumando todos los ciclos, cubre a la cuarta parte de la población, es decir, a 340 millones de personas.

Además, el aprendizaje de idiomas, mayoritariamente el inglés, es obligatorio desde los 9 años y todos los universitarios han de superar las pruebas de su segundo idioma para obtener el título universitario.

En menos de 40 años, China se ha dotado de una estructura educativa sólida, con un gran salto cuantitativo, que posibilita el avance científico y tecnológico para posicionar al país en el siglo XXI.

— ¿Y la Universidad?

Es el elemento clave para ese avance, aunque su crecimiento acelerado no se produjo hasta entrado el siglo XXI.

Como dato significativo, en los últimos 15 años se ha inaugurado en China una nueva Universidad cada semana, según Andreas Schleicher, director de educación de la OCDE; y podemos comprobarlo:

- En el año 2002 había en China 1.396 centros docentes superiores.
- En 2015 2.852.

Haciendo el cálculo matemático, efectivamente, se crea más de una nueva Universidad por semana.

En cuanto al número de estudiantes universitarios:

- En 1978 eran 867.000 los estudiantes universitarios (1,5 % de la población de 18 a 22 años).
- En 2017 superan los 38 millones (el 40 %, de 18 a 22 años).

A esta cifra hay que añadir los casi 2 millones de matriculados en posgrado, y los más de 1,3 millones de universitarios estudiando en otros países.

Como dato comparativo: el objetivo de la Unión Europea es que llegue a la Universidad el 40 % de los jóvenes entre 18 y 22 años, en 2022; en China se ha logrado ese objetivo 5 años antes. Y, al ritmo de crecimiento actual, en 2019 el número de universitarios superará los 50 millones, es decir, el 50 % de la población de 18 a 24 años.

Otros datos:

- El número de graduados universitarios, cada año, desde 2008 es, en China, el doble que en Estados Unidos y la Unión Europea juntos.
- Según el Informe McKinsey, en 2015, se graduaron más universitarios en China, en ciencias e ingeniería, que en ningún otro país (más de 2,5 millones, 5 veces más que en Estados Unidos).

- El número de doctorados en esas mismas áreas fue en China de 218.700 y en Estados Unidos de 197.200.
- A ese ritmo, para 2030, el número total de graduados universitarios, entre 25 y 34 años, habrá aumentado un 300 % en China, frente a un aumento del 30 % en Europa y Estados Unidos.
- Los graduados chinos en ciencias e ingenierías serán el 60 % del total mundial, frente al 8 % de europeos y el 4 % de estadounidenses.

De acuerdo a las predicciones de Andreas Schleicher, jefe de Educación de la OCDE, y otros informes que citamos en el texto y en las referencias bibliográficas.

Evidentemente, esta realidad ha sido y va a seguir siendo la base del crecimiento económico, tecnológico y científico de China, es decir, la base de la emergencia de China y de su posición global a lo largo del siglo XXI.

La pirámide educativa de China y su calidad

En el *ranking* mundial de 2015 el porcentaje de titulados universitarios en la población de 25-64 años en China refleja todavía su retraso en la educación de los últimos 200 años: solo el 2,5 % de su población adulta tiene graduación universitaria frente al 53,4 % de Rusia, el 46,6 de Japón, el 43,1 de Estados Unidos, el 41,7 de Corea Sur, o el 36,3 de la Unión Europea.

Por otra parte, la cantidad es un valor, pero no hace, por sí sola, la calidad.

Hay solo 56 universidades chinas, en 2016, en el *ranking* mundial de las 500 mejor consideradas, según «2017 Academic Ranking of World Universities» (ARWU); y, de ellas, solo 7 están entre las 50 mejores, como la Universidad de Beijing, Beida, la Universidad Tsinghua, también en Beijing, la Universidad Fudan en Shanghai, etc.

Los países líderes a nivel mundial en el *ranking* universitario son Estados Unidos y Reino Unido que ocupan 19 de las top 20. Todavía un largo camino por recorrer para China para cumplir los objetivos de desarrollo tecnológico e innovación, en los plazos que se ha propuesto.

Es difícil predecir en qué medida y a qué ritmo aumentará el número de universidades chinas en el top *ranking* mundial, aunque previsiblemente, pueda ser rápido.

Más previsible, al ritmo actual de crecimiento del número de jóvenes que ingresan en la Universidad, es calcular que el porcentaje de graduados universitarios, entre la población de 24 a 65 años, sea en China el más alto del mundo a lo largo del siglo XXI.

El gasto público en educación

El gasto por universitario y año es de 4.550 dólares: un presupuesto bajo en términos absolutos, aunque, en proporción al PIB por habitante, es uno de los más altos; un 76 % en China, frente a un 64 % en Estados Unidos, un 41 %, como media en los países de la OCDE.

Lo invertido, en cambio, en cada alumno desde el primer curso de primaria hasta que llega a la Universidad (1.593 dólares) está todavía muy por debajo de la media de la OCDE.

El gasto público en educación en 2015 fue en China del 4,22 % del PIB; en Reino Unido: 5,68 %; en Estados Unidos 5,38 %; en Japón 3,59 %.

Largo camino por recorrer...

Valoración social de la Universidad

El examen de selectividad, o Gaokao, es un fenómeno sociológico de primera importancia, cuando llega la época de su preparación, por la importancia tradicional de la educación confuciana y la valoración que se da a la educación y a los «letrados».

La preparación para el examen de selectividad afecta e interesa a las familias de tal manera, que se vuelcan en apoyar y proteger a sus hijos en ese periodo, tanto como se vuelcan para que el hijo/la hija –todavía mayoritariamente único– pueda acceder a la Universidad.

En algunas ciudades incluso se regula el tráfico para que los ruidos no «perturben» a los estudiantes en la preparación de su examen. Es una expresión del «culto» a la educación, propio de la filosofía confuciana.

Es un examen muy exigente, que elimina cada año a casi el 20 % de los candidatos, a pesar del enorme esfuerzo de preparación.

Objetivos educativos de China para los próximos decenios

Según los últimos planes del Gobierno, el plan «Made in China 2025» marca estos objetivos:

- En 2020: China debe ser el centro global de innovación.
- En 2050: China debe ser el líder global en ciencia y tecnología.

¿Objetivos alcanzables?

Lo iremos viendo, pero, evidentemente, queda un largo camino que recorrer, tanto en la Universalidad como en la calidad del sistema educativo y en el presupuesto.

China se ha dotado de una estructura educativa sólida, ha elevado el nivel educativo de un porcentaje creciente de la población, existe una alta valoración social de la educación... pero los nuevos retos tecnológicos y científicos a los que se enfrenta en el siglo XXI, y que se propone su Gobierno, van a exigir un esfuerzo político y presupuestario creciente.

— Yo, que he mirado más hacia la China antigua, no puedo evitar pensar ahora que China inventó el conocido sistema de los exámenes imperiales...

En efecto, el sistema de exámenes u oposiciones a funcionarios se estableció en la dinastía Han, en el siglo II a. n.e., al principio del Imperio moderno, con el estudio obligado de textos clásicos, matemáticas, historia y la filosofía de Confucio para todos los funcionarios aspirantes a puestos en el Gobierno: todos debían ser personas ilustradas, pues la educación se consideraba imprescindible para el buen gobierno y signo de autoridad.

El poder imperial chino no se apoyó en la nobleza –que prácticamente no tenía poder–, ni en la familia imperial –que tenía privilegios pero no poder–; se apoyó en

los «ilustrados», base de lo que se ha llamado la meritocracia, que ocupaban, aprobados los exámenes, los diversos niveles de gobierno del Imperio.

En el templo (que, en el lenguaje confuciano, significa centro de educación) de Confucio en Beijing, se conserva la colección de estelas en piedra, con los nombres de los que habían pasado el examen superior para el mandarinato, desde el siglo XIV.

Todas las dinastías, incluso las dinastías extranjeras como la mongol y la manchú, siguieron este modelo de exámenes y selección de los funcionarios, y el sistema perduró hasta 1905.

Las potencias occidentales copiarán en el siglo XVIII, dos mil años después, este modelo de exámenes para acceder a la Administración: las oposiciones; pero no copiaron ese nivel de «ilustración» para acceder a puestos políticos o de gobierno.

5 Investigación e innovación

«Harán falta veinte años para eliminar su influencia (de los maoístas) [...] pues han saboteado la ciencia, y, como consecuencia, llevamos [...] años de retraso [...]; han convertido a una generación entera en minusválidos intelectuales».

(Deng Xiaoping)

«Para medir el potencial de crecimiento de un país es necesario explorar su potencial de desarrollo tecnológico [...] Una razón importante del crecimiento de China ha sido su capacidad para pedir prestada tecnología a bajo coste para el rápido desarrollo tecnológico [...]».

(Montobbio, «Ideas chinas»)

«China se ha convertido, o está muy cerca de convertirse, en una potencia científica y tecnológica de primer orden».

(Robert J. Samuelson)

— Vamos ahora, si te parece, a la tecnología del conocimiento. ¿Lo copia todo China? ¿Lo ha copiado tradicionalmente? ¿Lo sigue copiando?

Tras los primeros años de la Reforma, China incrementa, a ritmo acelerado, su comercio exterior, desde 38.000 millones en 1978 a más de tres billones, como veremos.

En esa etapa, especialmente del 78 al 90, en cualquier negociación comercial con empresas chinas, el mensaje era el mismo: para hacer negocios en China, nos decían, hay que invertir, hay que implicarse en empresas mixtas. Y lo explicaban muy claramente: necesitamos inversión para nuestro desarrollo, necesitamos transferencia de tecnología y experiencia de gestión.

Las empresas chinas, en proceso acelerado de privatización, no contaban con suficiente capital, ni con tecnología propia, ni con gestores experimentados: era imprescindible acumular capital, aprender, copiar, ... Y lo consiguieron: en 40 años, más de 800.000 empresas con inversión extranjera se sumaron al progreso de China, con una inversión acumulada de casi un billón de dólares, y una ingente experiencia en gestión y notable transferencia de tecnología. Así han surgido, en pocos años, hasta 90 millones de nuevas empresas privadas, de diverso tamaño, incluidas algunas multinacionales que se han situado entre las mayores del mundo en su sector.

Muchos, desde Occidente, han criticado esa actitud de «copia». Más bien ha sido una estrategia de crecimiento: los avances, según Deng Xiaoping, son patrimonio común, que todos aprovechamos; lo mismo que Occidente copió, o se benefició, de la lista interminable de inventos chinos, desde la estructura de Estado moderno, al funcionariado, a la pólvora o la imprenta... y sigue copiando, o aprovechando los nuevos avances chinos.

— ¿Cómo se potencia la innovación? ¿Hay un sistema de I+D+i o algo semejante?

El estudio de McKinsey, que citamos, destaca la innovación como «imperativo» para la economía china, el motor de su crecimiento. Y subraya el papel decisivo del Gobierno en este impulso a la innovación, apoyando con gasto público a los centros de investigación, a la alta tecnología.

El programa «Made in China 2025», es un ambicioso plan de fomento de la innovación, con la aspiración de que China sea líder mundial en todas las tecnologías avanzadas en el siglo XXI: las nuevas tecnologías de la información, la robótica, la biotecnología, los vehículos eléctricos y autónomos, la inteligencia artificial, las tecnologías aeroespaciales –incluidos los drones– la robótica, la biomedicina y biotecnología, las tecnologías frente a cambio climático y energías alternativas, la cibernética, los cultivos inteligentes, la farmaindustria, la informática cuántica, la alta tecnología marítima, los nuevos materiales, etc.

Lo iremos abordando con más detalle. China se ha propuesto, por ejemplo, producir un 80 % del total mundial de equipos de energías renovables, un 70 % de los robots industriales o un 40 % de los chips para teléfonos móviles para el año 2025. Y se está acercando a esas cifras en muchos renglones, con la mirada puesta en 2050.

Para superar el retraso acumulado en los últimos 200 años, desde el 78, junto al salto en educación, se ha acelerado la inversión pública en I+D+i. Tras los primeros años de Reforma, concentrados en el crecimiento económico, la inversión en I+D+i se convirtió en objetivo prioritario:

- En 1995 la inversión en I+D+i llegó al 0,57 %/PIB: 17.000 millones.
- En 2009 alcanzó el 1,7 % del PIB: 165.000 millones.
- En 2012 igualó ya a la Unión Europea con el 1,98 %/PIB.
- En 2015 China invirtió en I+D+i el 21 % del total mundial, con 420.000 millones de dólares.
- En 2017 llegó al 2,2 %/PIB: 420.00 millones de dólares; todavía detrás de Estados Unidos con 520.000 millones.

El objetivo propuesto por el actual Plan Quinquenal es llegar al 2,5 % del PIB en 2020 y el 3 % en 2030.

Y, para cumplir sus objetivos del plan «Made in China 2025», deberá llegar al 5 % de su PIB en I+D+i.

— ¿A dónde lleva esta política de I+D+i?

Pues, como bien dice Robert J. Samuelson, a haberse convertido China, o a estar muy cerca de convertirse, en una potencia científica y tecnológica de primer

orden. Dicho autor avala la afirmación con una serie de datos comparativos que resumimos, junto a los de otros informes también citados:

- El amplio número de empresas tecnológicas y de *start-up* que se han creado en China, en estos años, algunas de prestigio y ámbito global, como detallamos más adelante.
- En 2016 China presentó 236.000 solicitudes de patentes, más que el total de Estados Unidos + Japón + Corea + Unión Europea, según la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI). Aunque en patentes efectivamente registradas, China está por detrás de Estados Unidos, Unión Europea, Japón y Corea.
- China es ya reconocida como uno de los líderes en equipos para telecomunicaciones y paneles fotovoltaicos, nanotecnología, etc.
- El número de investigadores relacionados con Ciencia y Tecnología a tiempo completo ha pasado de 743.000 en 2003 a 2,2 millones en 2015, sobrepasando a Estados Unidos y la Unión Europea.
- De 2000 a 2015 el número de graduados, cada año, en ciencia e ingenierías pasó de 359.000 a 2,5 millones muy por encima de Estados Unidos.
- En cambio, el del número de investigadores sobre el total de trabajadores en China es solo del 0,2 %, muy lejos de Corea del Sur con el 1,3 % y Japón con el 1 % .
- En publicaciones científicas y técnicas, según el Banco Mundial, en 2016 son en China 426.165, en Estados Unidos 408.985, en Japón 96.536.
- Centros de Pensamiento, según el Índice Global de Think Tanks, 2016: Estados Unidos cuenta con 1.835, China con 435, Alemania con 195. En el mundo, más de 4.000.

— ¿Qué son esos parques tecnológicos que tanto apoya el Gobierno chino?

En China están impulsados por el Gobierno central y los gobiernos locales y provinciales, como complejos empresariales de investigación, innovación y enseñanza, para la creación de nuevas empresas y *start-up*. Proliferan desde los ochenta; desde 2006 se han fortalecido para responder a los nuevos retos tecnológicos, y

ofrecer oportunidades a los millones de nuevos universitarios graduados cada año. Incluso el Consejo de Estado creó en 2010 una agencia especial para ello.

Estos Centros, de diverso tamaño y gran variedad, diseminados por todo el país, se cuentan por cientos. Analistas occidentales, como Bloomberg, los califican como los *silicon valley* chinos, denominación que no gusta a los analistas chinos, por considerar que hay grandes diferencias, como la participación pública, y otras.

Como muestra significativa destacamos tres de los mayores y más conocidos.

- **Parque tecnológico Zhongguancun, Beijing.** Quizá el mayor parque tecnológico del mundo, creado en 1999, incluye: siete parques tecnológicos sectoriales, con más de 16.000 empresas de alta tecnología, como IBM, Microsoft, Lenovo, Xiaomi, Baidu; más de 600.000 técnicos empleados; 6.500 millones de dólares de inversión del Consejo de Estado, solo en 2015; 80.000 proyectos que emplean a 1,75 millones de personas.

En coordinación: con dos de las Universidades más prestigiosas de China, la Universidad de Pekín y la Universidad Tsinghua; con la Academia China de Ciencias, el Think Tank más importante de China, y quizá el mayor del mundo; y con otras 26 Universidades clave, 250 institutos de I+D+i, y 12.000 sucursales fuera de Beijing. En 2016 produjo más del 50 % del PIB de Beijing, y mantiene un crecimiento económico del 30 %, anual a lo largo de los últimos diez años.

- **Parque tecnológico de Shenzhen.** En 1980 Shenzhen era un pueblo de pescadores. Hoy, el censo alcanza los 20 millones.

Uno de los mayores centros electrónicos y de innovación digital del mundo. Aquí nacieron gigantes como Huawei, Tencent, etc., y otras 8.000 empresas de alta tecnología, que aportan un 40 % a la economía de la ciudad.

En coordinación con las mayores Universidades y Centros de investigación, públicos y privados, de la Zona del Río Perla, una de las mayores concentraciones de empresas tecnológicas del mundo, que incluye otras ocho grandes urbes industriales, con un total de más de 100 millones de habitantes y un PIB equiparable al PIB de toda Rusia.

- **Parque tecnológico Zhangjiang (Shanghai).** Establecido en 1992, en el área de Pudong, dividido en zonas de innovación, alta tecnología, investigación científica, educación y residencial.

Acoge empresas como Roche, Eli Lilly, Pfizer, Novartis, GE, AstraZeneca, Hewlett-Packard, Lenovo, Intel, IBM, Citibank, eBay, Tata, Henkel, Dow, Dupont, Hua Hong NEC, VeriSilicon, Bearing Point, Kyocera, TCS China, Satyam, Applied Materials, cantidad de otras firmas biotécnicas, y otras muchas empresas chinas.

Incluye más de 400 instituciones de I+D+i, emplea 50.000 investigadores y doctores en diversas especialidades, y numerosas empresas de promoción de talentos. Según Bloomberg, marzo 2015, es la mayor concentración mundial de empresas biofarmacéuticas.

El impulso de los parques tecnológicos chinos

Los parques tecnológicos suponen un impulso acelerado para superar el atraso en I+D+i. A ellos hay que sumar más de 1.500 centros de innovación operados por empresas multinacionales, con un incremento estimado del 20 % para 2018. Y los más de 400 parques universitarios, nacionales y locales.

— ¿Invierte China en I+D+i?

Hay analistas que hablan ya de China como el «laboratorio del mundo»; al menos, ya no es exacto decir que solo es la fábrica del mundo. El nuevo plan quinquenal aprobado en marzo 2016 vuelve a colocar como prioridad la innovación tecnológica y la inversión en investigación.

Todo el esfuerzo de los últimos años es insuficiente aún, si China quiere responder a los nuevos retos tecnológicos del siglo XXI.

Como dice Lluís Bassets (*El País*, 6-4-2018) «está en juego la capacidad de China para competir con Estados Unidos [...] a través del plan "Made in China" [...] por el que China se ha propuesto ser "líder global en áreas como la robótica, la biotecnología, los vehículos eléctricos y autónomos o la inteligencia artificial [...] y, por ejemplo, producir un 80 % del total mundial de equipos de energías renovables, un 70 % de los robots industriales o un 40 % de los chips para teléfonos móviles para el año 2025 [...]».

Evidentemente, China ya no es solo la fábrica del mundo. Quizá, a lo largo del siglo XXI, ¿va a ser el laboratorio del mundo?

6 Meritocracia versus democracia liberal

Los dirigentes políticos de China piensan que su sistema político funciona de forma eficiente, en contraste con las disfuncionalidades y alteraciones que han aparecido en muchos países occidentales (desde el *brexit* hasta la elección de Trump) «algo que no hubiera podido producirse en China», como señalan muchos chinos. (Enrique Fanjul).

«La democracia se está degradando y se enfrenta hoy a gravísimos problemas» [...] «No puede ser solamente un simple recuento de votos, sin perspectiva, horizonte y futuro [...] Eso no soluciona la crisis económica, la contaminación, el terrorismo, el desempleo, la globalización».

(Gao Xingjian primer Nobel de Literatura chino, en 2000, el autor de *La montaña del alma*)

— Todos vemos en la televisión las votaciones de la Asamblea Popular Nacional cada equis años y muchos se preguntan hasta qué punto esas votaciones se parecen a las nuestras. Dicho de otro modo, ¿hay democracia en China? Si no recuerdo mal, así comienza el preámbulo de la Constitución vigente...

Es evidente que la estructura política china no se basa en la democracia liberal occidental. Es decir: el sistema político chino es muy diferente al nuestro, lo cual dificulta mucho la comprensión, y mucho más, la aceptación de lo que está ocurriendo en China; y lleva, con frecuencia, a minusvalorar los cuantiosos y enormes signos de progreso que se producen en la sociedad china: el hecho de que «no hay democracia liberal» parece invalidar cualquier otro dato positivo.

Me ha ocurrido en muchas conferencias, clases, conversaciones; ocurre frecuentemente en los encuentros entre políticos occidentales y chinos: todos los datos positivos que se enuncian pueden estar fundamentados, pero... ¿qué hay de la democracia o los derechos humanos en China?

Evidentemente, no hay democracia en China, no hay democracia liberal tal como la entendemos en Occidente. No debería ser obstáculo para reconocer que en China se ha producido una transformación profunda, aunque, para nosotros, China tenga una asignatura pendiente tan importante como la democracia.

— Ya, pero, ¿podemos admitir desde Occidente una sociedad sin democracia? ¿Qué piensas?

Es evidente que no lo aceptamos, aunque hay ya muchas opiniones que matizan esa afirmación. Recordemos algunos testimonios cualificados, por si nos ayuda a acercarnos mejor a la realidad china:

Kissinger, por ejemplo, afirma: «A China hay que aceptarla tal como es». Porque «la construcción de un orden mundial emergente es una empresa conjunta». (*China*, Ed. Debate, 2012).

J. Mickethwait, y A. Wooldridge, en *The global race to reinvent the State*, afirman: «China está en el debate sobre el futuro de la gobernanza global», y concluyen que los impresionantes resultados conseguidos por el sistema autoritario de China ponen en duda el principio occidental de la superioridad del mercado libre y la democracia.

Huntington en *El choque de civilizaciones*: «La creencia occidental de que todo el mundo debe alcanzar los valores institucionales y culturales occidentales, por ser los más elevados, más modernos, más racionales y civilizados del género humano [...] es una tesis falsa, inmoral y peligrosa [...] Occidente intenta mantener su preeminencia y sus intereses como si fueran los de toda la Humanidad» [...] «la principal responsabilidad de los líderes occidentales no es intentar remodelar a otras civilizaciones a imagen de Occidente [...] sino preservar, proteger y renovar las cualidades propias de la civilización occidental [...]». Quizá los valores institucionales y culturales occidentales, no sean «los más elevados, más modernos, más racionales y civilizados del género humano».

N. Berggruen y N. Gardels en su libro *Intelligent governance in the XXI century—a middle way between West and East* (2013), sostienen que la democracia liberal, como forma de gobierno, se confronta hoy con paradigmas no occidentales, especialmente por el mandarinato y el capitalismo de Estado de China, que quizá cuestionan que el debate, hoy y hacia el futuro próximo, esté entre democracia y autocracia o man-

darinato, sino entre buen y mal gobierno; quizá, a largo plazo, el debate apunte a una conjunción de meritocracia y soberanía popular democrática, en un equilibrio entre eficacia y libertad ... «En la base de estas reflexiones está el fabuloso éxito económico de China [...] el proceso de desarrollo más rápido de la historia universal. Por primera vez socialismo no es igual a pobreza».

Tesis, evidentemente, controvertidas y no asumidas universalmente en Occidente, pero que apuntan a un posible diálogo entre estas dos concepciones políticas, más que a una confrontación.

— ¿Solo nos queda, entonces, aceptar a China tal como es?

Tenemos derecho a defender nuestros valores occidentales como tales, por supuesto, y me apunto a ello; en ello muchos de nuestros conciudadanos, políticos y analistas han puesto, y ponen, todo su esfuerzo, incluso sacrificio, y me apunto a ello; pero, sin renunciar a esa defensa, podemos admitir una visión cada día más global sobre lo que significa la civilización, y conocer y analizar otros modelos e interesarnos por ellos.

Deberíamos analizar la realidad de China no como una foto fija, sino en movimiento continuo. Desde que llegué a China en 1978, he ido constatando que su realidad política se ha movido y transformado con la misma intensidad que la realidad física y económica del país: ha habido enormes cambios políticos en un tiempo récord, aunque no tan visibles, porque sigue sin haber elecciones directas, libertad de partidos, libertad de expresión. No hay democracia liberal, ni las autoridades aspiran a ella; pero, sin duda, se han producido enormes cambios políticos, aunque sean menos perceptibles para nosotros.

Como punto de partida para evaluar estos cambios, quizá nos sirva el principio de Kissinger –y de otros– de que «a China hay que aceptarla tal como es». Creo, además, que puede ser una actitud positiva, si queremos evitar una confrontación estéril.

Como afirma el Embajador Bregolat, en su artículo «China y la democracia liberal»:

«dejemos de lado los prejuicios y la arrogancia, que nos llevan a condenar sistemas económicos y políticos ajenos, o a pretender imponer a los demás nuestro propio sistema, y analicemos lo que otros sistemas, en

especial el chino, puedan tener de bueno, con la apertura de miras necesaria para asimilarlo, si llegamos a la conclusión de que nos conviene».

China ha estado recibiendo presiones externas, a lo largo de los últimos decenios, de parte de las democracias liberales occidentales, reclamándole respeto a los derechos humanos en cada encuentro bilateral. Y se ha acusado, desde los medios a los Gobiernos que no llevaban en su agenda la reclamación democrática, de contemporar con la falta de libertad por intereses económicos.

En los últimos años, sin embargo, no es tan recurrente este tema en la agenda de los encuentros bilaterales con China. ¿Nos hemos hecho más realistas? ¿O nos hemos convencido de que China sigue y va a seguir su propio camino? ¿O es porque China tiene prestigio en otros países, o porque se ha afianzado como gran potencia?

Tal vez sea por ese conjunto de circunstancias, o, también, porque hay un mejor entendimiento de la realidad compleja de China y sus características.

En mayo de este año, 2018, he podido presidir una Mesa redonda sobre «Los derechos humanos y el Desarrollo», con la participación de representantes de alto nivel del Gobierno chino y el Partido Comunista Chino y de Cátedra China: un foro de debate, abierto y franco sobre nuestros diversos, y contradictorios, puntos de vista, un diálogo fructífero que, espero, se va a repetir y ampliar cada día más.

— Hay en nosotros una tendencia de exigir a China que cambie radicalmente en materia de derechos humanos. Vemos el asunto desde nuestra mentalidad. ¿No hace China lo mismo hacia nosotros? ¿Está en su derecho de hacerlo?

Deng Xiaoping afirmó en agosto de 1980, apenas iniciada la Reforma:

«Sin reforma política la reforma económica no puede tener éxito [...] La reforma de la estructura política implica la democratización, pero todavía no está claro lo que esto significa [...]» «China debe asumir las buenas prácticas de otros países, aunque debidamente traducidas al contexto chino en vez de copiarlas mecánicamente».

Junto a esa declaración, el Partido Comunista Chino considera que la democracia liberal amenazaría varias de sus prioridades, como el desarrollo económico, la estabilidad política, la unidad del país, la soberanía nacional.

En el *Libro blanco sobre la construcción de la democracia política en China*, publicado por el Gobierno en 2005, se afirma: «la democracia es el resultado del desarrollo de la civilización política de la humanidad. También es el deseo común de la gente de todo el mundo. Pero el principio democrático se concreta de distintas formas según los países y las circunstancias. China tiene el derecho de definir su propio modelo de "democracia con características chinas", teniendo en cuenta la historia, la cultura política y las condiciones actuales de China».

Es decir: China reivindica su propio camino para elegir la forma de democracia más adecuada a su idiosincrasia, y al ritmo adecuado para su transformación social. Es una frase, que me han repetido con frecuencia intelectuales chinos amigos: «democracia sí, pero a nuestra manera, a nuestro ritmo y sin injerencias». Y así, o de forma parecida, lo afirman muchos en sus escritos.

— ¿Cuál es ese camino propio?

Yu Keping (*Democracy is a good thing*. Washington, D.C: Brookings, 2009. Institution Press) escribió en 2006, en el periódico de la Escuela Central del Partido Comunista, uno de los *think tanks* más importantes de China: «la democracia es una cosa buena; incluso si la gente tiene la mejor comida, vivienda [...] pero no tiene derechos democráticos, no tiene una vida digna completa [...]». «Estamos construyendo una democracia socialista con características chinas únicas. Por un lado, queremos absorber todos los resultados positivos de la cultura política de la humanidad, incluyendo la democracia; pero, por otro lado, no importaremos modelos políticos extranjeros. La construcción de la democracia política en China debe estar estrechamente integrada con la historia, la cultura, la tradición y las condiciones sociales del país. Solo de este modo el pueblo chino puede disfrutar de la democracia política».

Pan Wei, profesor de Estudios Internacionales y director del Centro de Estudios Globales en la Universidad de Peking (Beida), doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Berkeley, sostiene: (*The rule of Law and the Myth of Democracy*) «que

la reforma política debería partir de los problemas sociales reales, no de los principios universales occidentales [...] La democracia y el Estado de derecho no tienen que ir necesariamente juntos [...] como el ying y el yang, están en conflicto». China, afirma, ha avanzado en el desarrollo del Estado de derecho, aunque desarrollando muy poco los principios de la democracia liberal. «La cuestión es, concluye, determinar qué combinación equilibrada de meritocracia y democracia, de autoridad y libertad, de comunidad e individuo, es capaz de crear el cuerpo político más sano y la forma de gobernanza inteligente para el siglo XXI».

Pueden ser aportaciones para un debate intenso y continuado. Berggruen, presidente del Instituto Nicolas Berggruen, *think tank* especializado en temas de gobernanza, afirma «el sistema de gobierno chino, su civilización "institucional", se caracteriza por la meritocracia, la supervivencia de los más sabios; meritocracia china versus democracia occidental». (*Intelligent governance in the XXI century—a middle way between West and East*, 2013).

— ¿Puede haber una democracia de características chinas?

Nadie puede, en principio, negar el derecho a ningún país, ni tampoco a China, a desarrollar sus propios sistemas de gobierno, aunque, por supuesto, sí debatirlos. Si no nos erigimos en árbitros o jueces para homologar este u otro tipo de democracia, ni consideramos que nuestros valores son necesariamente superiores, como dice Huntington, tendremos que esforzarnos en conocer, y después comprender, o debatir, cómo se define la «democracia de características chinas».

En 2012, Deng Yuwen, subdirector de *Tiempos de Estudio*, dice en la revista de la Escuela Central del Partido: «Estamos de acuerdo en que, sin democracia, no hay socialismo, pero el camino de China hacia la democracia puede no ser el mismo que el de otros países».

Para apoyar esta «comprensión», «tolerancia», o humildad, quizá nos ayude un breve recorrido histórico:

La democracia liberal occidental, que consideramos paradigmática, ha necesitado más de 200 años para consolidarse en algunos países occidentales, tras

pasar por múltiples gobiernos absolutistas, dictaduras, fascismos, genocidios, guerras civiles, guerras religiosas y dinásticas, guerras mundiales, guerras de descolonización... con daños incalculables a las poblaciones locales y a todos los países del mundo.

Hasta mediados del siglo XX no se consolidan gobiernos democráticos en una serie de países. Desde la democracia se impulsa el Estado de bienestar, que beneficia a la mayor parte de los ciudadanos, se favorece la construcción en Europa de una institución supranacional sobre la convivencia en paz de naciones enfrentadas en guerras durante siglos; como consecuencia, se consolidan los derechos humanos, se potencia el respeto y la igualdad de la mujer, se erradica la pena de muerte, se avanza en el respeto a las minorías y a los refugiados...Y se hace posible apoyar la democracia, más o menos sólida o precaria, en otro número amplio de otros países, aunque todavía con muchas deficiencias.

Con estos datos me interpelan mis amigos chinos cuando hablamos de democracia: ¿cuánto tiempo os ha costado, cuántas clases de democracia tenéis...cuánto de paradigmática tiene vuestra democracia liberal?

Y el debate se centra, al final, en estas diferencias:

- La «democracia de características chinas» se basa en el principio confuciano básico: el buen gobernante se legitima por su buen gobierno, por su capacidad de mantener la armonía social y los valores colectivos más que los individuales.
- Todas las Dinastías cayeron cuando se mostraron incapaces del buen gobierno y de la estabilidad o armonía social frente a fuerzas internas o externas.
- Mao cayó cuando, con su política económica, provocó desastres sociales y rompió la armonía del Partido, como hemos visto.
- La única legitimidad válida en la filosofía confuciana procede del acierto en el ejercicio del poder, de sus méritos, no de las urnas; es la «meritocracia».

Nuestra democracia liberal se basa en las libertades políticas y la legitimidad de las instituciones, emanada de elecciones libres.

Y el debate continúa y deberá continuar.

— ¿Podrá China diseñar un modelo propio para el siglo XXI?

Zhao Ziyang, secretario general del Partido Comunista Chino cesado durante los sucesos de Tiananmen de 1989, dijo en su Informe ante el XIII Congreso del Partido Comunista Chino, en octubre del mismo año:

«adelantaremos a los países avanzados en el orden económico; en el político crearemos una democracia de nivel más avanzado, más eficaz que la suya».

Como afirma el Embajador Bregolat en su artículo citado:

«Está por ver si el Partido Comunista Chino será capaz de diseñar esa "democracia de nivel más avanzado", un modelo propio, que asegure la participación en el proceso político de la ciudadanía de forma que esta considere satisfactoria. Es posible que este modelo incorpore, en mayor o menor medida, elementos propios de la democracia liberal, pero intentando soslayar la disfuncionalidad de la que esta adolece. Tiempo al tiempo».

Tiempo al tiempo...

Y, entretanto, cabe un entendimiento mayor entre nuestros modelos, y un diálogo continuado y serio, que ya ha comenzado en muchos foros, y que, estoy seguro, tendrá mucho que aportar a lo largo del siglo XXI.

7 Referencias bibliográficas

Berggruen, N. y Gardels, N. *Intelligent governance in the XXI century-a middle way between West and East*, 2013.

Bregolat, E. «China y la democracia liberal», *Política Exterior*, núm. 167, 2015.

Estadísticas Ministerio de Educación de China, Banco Mundial Data, años 2016 y 2017.

European Council on Foreign Relations «China 3.0», 2012.

Fanjul, E. «Ocho claves para comprender el Partido Comunista Chino». ARI 25/2011, 8 de febrero de 2011.

Franz, U. *Deng Xiaoping, reformador de China*. El País-Aguilar, Madrid, 1988.

Informe McKinsey. «The China effect on global innovation», McKinsey, 2015.
— «Shaking up educational system», McKinsey, 2018.

Instituto de Estadística de la Unesco 2016, Banco Mundial, 2016.

Leonard, M. *Qué piensa China*, Política exterior, 2008.

Maddison, A. *Contours of the world Economy, 1-2030 AD*, Oxford University Press, 2007.

Mickethwait, J. y Wooldridge, A. *The global race to reinvent the State*. Penguin Co.books, 2015.

Samuelson, R. J. *China's breathtaking transformation into a scientific superpower*. The National Science Foundation, «Science & Engineering Indicators», 2017.

Schleicher, A. *Infrastructure, Education Faulted In Global Competitiveness Index*, 2016, EPI 2017 Annual Lecture.

Unesco, UIS Statistics, Unesco, 2016.

2016 FMI, China Data Banco Mundial 2017, China Statistical Yearbook, 2016.

Parte 2.ª

China en la globalización

1 Potencia económica global

«A finales del siglo XX, la economía nacional china se situará entre las primeras del mundo».

(Zhou Enlai, *Peking review*, 24-01-1975, citado por Kissinger en *China* p. 318)

Contexto global

El mundo está cambiando a gran velocidad. La renta per cápita global aumentó un 460 % en 75 años (entre 1950 y 2015). La renta per cápita de China lo hizo en un 4.000 % en la mitad de tiempo, en 37 años –entre 1978 y 2015– al pasar de 200 a 8.000 dólares. China ya ha logrado superar a Estados Unidos en número de robots operativos en 2015 (340.000 frente a 250.000), usuarios de internet (773.000 frente a 246.000) o en los avances de la economía digital, con 5,5 billones de pagos por teléfono móvil frente a los 112.000 millones de Estados Unidos. Y en las páginas siguientes veremos estos datos más actualizados.

— Ahora parece muy claro y evidente hablar de China como «potencia» sobre todo económica, pero ¿era algo evidente o en realidad existía una importante reserva a esta posibilidad por parte de las potencias habituales?

Cuando China emergía como potencia global, hasta hace pocos años, se dedicaban muchas páginas a calcular cuándo sería la primera potencia, o en qué aspectos lo podría ser. Hoy prácticamente nadie discute que China es una potencia de primer nivel, ni que será la primera potencia económica en breve plazo.

Durante muchos años, en mi participación en reuniones, foros, entrevistas, o simples reuniones con empresarios o políticos, mi primer objetivo era mostrar que la imagen de la China pobre, del tercer mundo, del «todo a cien» iba quedando más lejos cuantos más años pasaban. Hoy aún no se capta en su verdadera dimensión lo que significa que China sea potencia económica de primer orden, ni en qué medida nos afecta y nos importa: aún pesa mucho la imagen de una China tercermundista.

— ¿Cómo fue tu primer encuentro con esta realidad?

Recuerdo perfectamente mi primera imagen directa de China, en 1978, cuando queríamos abrir una oficina comercial en Pekín, al ver la realidad: las calles, las gentes, las viviendas y edificios, ... todo pobre, con una pobreza digna, pero muy pobre, con una uniformidad llamativa en el vestir y un aparente igualitarismo. El director de la empresa con la que negociaba –entonces ya, una de las grandes empresas– tenía un salario mensual equivalente al mío de medio día –y hablamos de sueldos españoles de aquella época–.

Curiosamente, en medio del caos aparente de las calles y el tráfico de bicicletas, todo parecía organizado: el taxista, por ejemplo, escribía el recibo en papel cebolla, con papel calco hacía cinco copias y me entregaba una. Más tarde supe que cada copia iba a un departamento distinto, pues las compañías de taxis eran públicas. Todo estaba muy organizado, aunque no lo parecía.

Como imagen complementaria, la de los primeros seminarios técnicos que organizamos, ya en enero de 1980:

- Uno sobre petróleo y petroquímica, en colaboración con el entonces Ministerio de Petróleo de China y con la empresa española Cepsa, con un debate técnico de alto nivel y visita a un complejo petroquímico cerca de Pekín, que, a juicio de los técnicos españoles participantes, estaba en primer nivel tecnológico.
- Otro sobre procesos de producción de esteroides, en una planta de apariencia obsoleta, a la que compramos una gran cantidad de esteroides de primera calidad.
- Otro sobre materiales de producción.

— ¿Y qué se pensaba en España de esto?

Cuando en España relataba estas realidades, el escepticismo era total. Expliqué, por ejemplo, en una reunión con empresarios de la construcción, que en el seminario citado nos habían dado esta cifra: en China hay un déficit de 100 millones de viviendas –estamos en 1980–. Los empresarios asistentes recibieron la noticia con absoluto escepticismo y, por supuesto, nadie salió corriendo al mercado. Así, hemos perdido muchas oportunidades y muchos años. ¡Las viviendas construidas en China desde entonces han sido 160 millones!

Hemos repetido experiencias similares con temas técnico-empresariales de sectores diversos, con la misma respuesta por parte china: participación numerosa, de nivel medio-alto, y avidez de aprender; por parte española, interés creciente. Y un cambio importante: en este momento, tienen también mucho que aportar los técnicos y ejecutivos chinos.

— China ya no es un país del tercer mundo pero se refieren a sí mismos muy a menudo como un país en vías de desarrollo

Hoy ya nadie piensa que China sea un país del tercer mundo ni duda que China sea potencia económica mundial de primer orden: ha pasado, según el Fondo

Monetario Internacional, de potencia 120.º en PIB en 1978 a segunda potencia, en 2010: en menos de 40 años. Y, si consideramos el PIB en paridad de poder adquisitivo, datos de 2014, también según el Fondo Monetario Internacional, China representa el 16,479 % del PIB mundial, frente al 16,277 % de Estados Unidos; en billones de dólares, el PIB de Estados Unidos en paridad de poder adquisitivo es de 17,416 billones de dólares, 215.000 millones de dólares menos que el de China.

Quizá estos datos no nos dan todavía una percepción real de lo que significan para nuestra economía y nuestra calidad de vida; quizá sigamos considerándolos como muy lejanos a nosotros. Seguiremos aportando datos.

— ¿Cuáles serían algunos datos o cifras de este cambio?

El PIB chino se ha multiplicado por 76 en 40 años; la renta per cápita por 75, con consecuencias importantes, como venimos analizando y reiteramos:

- Este crecimiento ha afectado a más del 20 % de la población mundial (el equivalente a toda la población de África y Latinoamérica juntas).
- El progreso económico ha ido acompañado y sustentado por un profundo y progresivo cambio de estructuras económicas y políticas.
- Desde un entorno internacional muy cambiante: aislamiento de China en las primeras décadas, afluencia masiva de capital extranjero después, globalización, crisis económica occidental, etc.
- A nivel global, el crecimiento chino está contribuyendo de forma significativa al crecimiento mundial: en 1970 China aportaba al crecimiento mundial el 3 %; en 2016 el 39 %.
- La presencia empresarial china en el mundo: en 2015, 18.000 empresas están repartidas en 177 países; 89 empresas chinas figuran entre las 500 mayores.

China, segunda potencia económica mundial hoy, y primera potencia en PIB/paridad de poder adquisitivo, es un hecho conocido, y aceptado.

Son datos que afectan a nuestra economía diaria en un mundo globalizado.

— Naturalmente, la tendencia y la previsión futura no es demasiado diferente. ¿Qué perspectivas tenemos de cara al siglo XXI?

China, segunda potencia económica en 2017, está aún lejos de la primera potencia, Estados Unidos, que cuenta con un PIB nominal casi un 30 % mayor que el de China: distancia que se superará, al ritmo actual de crecimiento de ambos países, en 2020.

Es decir, China será la primera potencia mundial en PIB desde 2020, pero quedará todavía una distancia en renta per cápita y otros parámetros económicos, tecnológicos y políticos.

Pero ya en un mundo muy distinto:

Se calcula que el PIB chino superará en un 35 % al de Estados Unidos en 2050. En esa fecha, ningún país europeo, ni siquiera Alemania, estará entre las 10 mayores economías del mundo; los países europeos, incluso los mayores, apenas si serán potencias de segunda clase, o estarán relegadas a potencias de tercera.

China se ha situado, en la perspectiva del siglo XXI, en una muy sólida plataforma para seguir creciendo como potencia global, aunque con muchos problemas por abordar, como el exceso de deuda pública y privada, la liberalización de los Grandes Bancos estatales y de la estructura financiera y crediticia y del sector servicios, como el déficit presupuestario, la escasa internacionalización de su moneda, el yuan, etc.

Y otros muchos problemas, como la necesidad de ampliar su clase media que, según *The Economist*, en 2030 será, «solo», de 480 millones de personas, más que la suma de la población de Estados Unidos y Japón (otros analistas aumentan sustancialmente la previsión para esa fecha).

Y será, probablemente, la clase media más interconectada y de mayor nivel tecnológico/digital del mundo, con una comunidad, esencialmente joven (18/35 años de edad), decidida al riesgo, la innovación y la apuesta al futuro.

— Este crecimiento y desarrollo genera preocupación e interés en muchas naciones y en todos los ámbitos geopolíticos del mundo, ¿cómo se percibe esta presencia de China?

- En Asia, sin duda, como primera potencia asiática y potencia global, con no poco recelo por parte de Japón e India.
- En África, como el primer país inversor y el primer socio comercial del continente.
- En Latinoamérica, como segundo socio comercial, e inversor, con una inversión acumulada en los últimos años mayor que la procedente del Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo y Estados Unidos juntos.
- En Estados Unidos, en general, China es percibida como peligroso rival y competidor; con Trump, casi como adversario.
- En Europa, con gran recelo político (democracia, derechos humanos...), por una parte, y, por otra, como posible apoyo, o socio, para una gobernanza global más próxima al multilateralismo y la cooperación internacional.

— Y España...

En cuanto a la percepción que se tiene en España de China, cada día se la ve más como potencia mundial, pero aún con muchas reducciones:

- A nivel mediático, nos llega muy poca información, mayoritariamente negativa, anecdótica, sesgada o descontextualizada. Y con escasez de análisis o debates y muy pocos artículos de opinión.
- A nivel político no es, en general, un objetivo prioritario en ninguna Administración pública, ni en los partidos políticos.
- A nivel comercial, a nivel turístico, a nivel universitario... lo estudiamos en la Parte 5.^a

— ¿Podemos definir nuestro siglo como el Siglo de China?

Como hemos afirmado en otro capítulo, está por ver.

Desde la perspectiva china, «el sueño de China» apunta a que recupere su papel central en el mundo, similar a lo que fue el «Imperio del Centro» en la historia, hasta el siglo XIX, o, dicho más modestamente, a que vuelva a ocupar el lugar que le corresponde por su población, su riqueza, su tecnología. El proyecto Nueva Ruta de la Seda es exponente de ese sueño.

Desde la perspectiva occidental, en general, se ve todavía con recelo.

Queda todo un siglo para evaluarlo y juzgarlo. Felicito a los que aún lo verán y lamento no poder observarlo, como he podido observar la transformación de China.

Mi augurio: el siglo XXI es el siglo de China y será un paso importante en el progreso global. Si pudiera, volvería para comprobar que no me equivoqué.

2 Potencia comercial

— Celebramos en este año un acontecimiento cuyo impacto es absolutamente esencial en la historia de China y que protagoniza Deng Xiaoping

Un eje central de la Reforma impulsada por Deng Xiaoping en 1978 fue lo que él llamó «la política de puertas abiertas». Parecía increíble esa afirmación desde una China internacionalmente muy aislada, como consecuencia de la guerra fría, y otras razones que mencionaremos.

Algunos nos creímos el discurso de Deng y fuimos ese mismo año para conocerlo de cerca e instalarnos en China.

China necesitaba salir del aislamiento, una de las causas de su retraso, y que, en diversas formas y por diversas causas, había prevalecido en los dos últimos siglos. Y, mucho más, en los últimos decenios por el bloqueo a la «China comunista».

La política de puertas abiertas de Deng rompió definitivamente ese aislamiento, y atrajo a empresas de todo el mundo; ya el mismo año 1978 visitamos más extranjeros China, que en los 30 años anteriores, casi 140.000, y progresivamente creció ese número hasta los 140 millones, incluyendo los procedentes de Hong Kong en 2017.

El volumen de comercio exterior chino ha crecido desde 26.500 millones en 1978 a 4,28 billones en 2017. Es decir, se ha multiplicado por 161,5 en 40 años, hasta convertirse en la primera potencia comercial mundial, con la consiguiente potencialidad para todo el siglo XXI.

Y, junto al comercio, en ese mismo periodo, la instalación e inversión en China de más de 800.000 empresas extranjeras, posteriormente la inversión de empresas chinas en el exterior, el intercambio de visitas con todos los líderes del mundo, el turismo masivo, etc.

— Esta apertura convirtió a China en un motor económico que denominamos como la mayor fábrica del mundo. ¿Qué significó esto?

Es la imagen de China más repetida: China la «fábrica del mundo», que exporta toda clase de productos a todos los rincones del planeta. Hasta 100 millones de personas trabajan en la producción de manufacturas en China (en Estados Unidos cerca de 12 millones). Y este sector representa en estos años, hasta el 36 % de su PIB, y produce el 25 % de la producción global de manufacturas.

— ¿No te parece que a veces se cuestiona este tipo de productos y en cierta manera se convierte en tópico que infravalora todo este fenómeno?

La imagen más repetida es la de productos «todo a cien», de baja calidad. Una imagen totalmente distorsionada porque China produce, a nivel mundial, el

80 % de todos los equipos de aire acondicionado, el 71 % de todos los móviles; sus exportaciones mayores en 2016 han sido: ordenadores (136.000 millones de dólares), equipos de comunicación (115.000 millones), telefonía (84.300 millones), circuitos integrados (54.000 millones), es decir, productos de alto valor tecnológico.

En cambio, sus principales importaciones son circuitos integrados (128.000 millones), petróleo crudo (116.000 millones), oro (62.600 millones), mineral de hierro (58 mil millones), coches (44.000 mil millones), etc.

En resumen, China es el mayor exportador del mundo, y la mayor parte de sus ingresos proceden de la exportación de productos de valor tecnológico, y exporta más de lo que importa. En 2017 exportó 2,36 billones de dólares e importó 1,92 billones, con un saldo comercial positivo de 442.000 millones.

— Ha sido la exportación la clave, pero ¿era este el objetivo de la Reforma?

La exportación ha sido, claramente, un objetivo prioritario de la Reforma y uno de los principales motores de crecimiento, aprovechando la mano de obra barata y la producción a gran escala: desde la manufactura básica, como textil, calzado, juguetería, hasta, progresivamente, moda, lujo, ... productos de alta tecnología, maquinaria, informática, biomedicina, equipos aeroespaciales, equipos médicos, ... que llegan ya prácticamente a todos los países.

La exportación ha potenciado el crecimiento económico, la inversión en infraestructuras, la investigación, la enseñanza. Y la importación ha traído a China también productos y productores de todo el mundo y productos de alta tecnología.

En 40 años, el comercio exterior ha puesto a China en el mundo y representa más del 40 % de su PIB, es el mayor exportador mundial y ocupa el segundo puesto como importador (y será también el mayor importador en 2020). Y con superávit comercial constante.

Y un comercio global: China está ya entre los principales socios comerciales (1.º o 2.º) de todos los bloques económicos [Estados Unidos, Unión Europea, ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), Latinoamérica, África]. Es ya el principal socio comercial de Brasil, Chile y Perú y mantiene intercambios comer-

ciales prácticamente con todos los países del mundo. China es hoy el primer socio comercial de 140 países.

Muy lejos de aquel 1978, y muy cerca de ser el eje del comercio global en el siglo XXI.

— Es China, por lo tanto, de hecho la mayor defensora del comercio mundial ¿qué posición tiene y cuál va a tener en el futuro?

Esta realidad y esta tendencia de China choca hoy con la política aislacionista de la Administración Trump, con su defensa del «America first», con su ataque a los acuerdos comerciales globales y su oposición a la regulación del comercio internacional y a la Organización Mundial del Comercio.

China, en cambio, se ha erigido como defensora del libre comercio en todos los foros internacionales en que participa, frente a la guerra comercial que Estados Unidos ha iniciado.

Una guerra comercial absurda y destructiva. China y Estados Unidos son los dos gigantes comerciales del mundo actual (con ligera diferencia) y, por tanto, esta guerra comercial, que promueve Estados Unidos, tiene una repercusión global.

La exportación de Estados Unidos a China es, en 2017, de 130.370 millones de dólares y sus importaciones de China de 505.597 millones; el déficit comercial, por tanto, es de 375.200 millones a favor de China, según el Departamento de Comercio de Estados Unidos; según la Aduana china, el déficit es de 100.000 millones menos. Las causas, según Estados Unidos, están en el *dumping* chino, y la falta de respeto a la propiedad intelectual y tecnológica, por parte de China; acusaciones que China niega, mientras defiende la libertad comercial.

En contra de lo que se podría pensar, las exportaciones chinas son, en cerca del 50 % del total de sus exportaciones a Estados Unidos, de productos tecnológicos: móviles, ordenadores, equipos de comunicaciones, equipos médicos, circuitos integrados, semiconductores... buena parte de las exportaciones de Estados Unidos a China son alimentación, combustibles, automóviles, aviones, farmacia, etc.

¿Quién gana en esta guerra comercial? Lo que parece claro es que todos perderíamos.

— Parece que con más calidad y con el desarrollo económico obtenido ¿el modelo económico y de crecimiento puede cambiar o está cambiando ya?

La prioridad de la exportación en el conjunto de la economía china se ha cambiado, sobre todo desde 2015, por la prioridad al consumo interior: se está notando en las cifras totales, en los dos últimos años, en la ralentización del incremento de la exportación.

Las razones del Gobierno chino son: elevar el nivel de vida y consumo de la población e incentivar la innovación y el desarrollo tecnológico. Dado el tamaño de la población china, el aumento del consumo repercute inmediatamente en la demanda de productos, y, por tanto, de la producción y la inversión.

En la perspectiva del siglo XXI, China tiende al aumento de la clase media, con una mayor renta per cápita, y al cumplimiento de los objetivos del plan «Made in China 2025» para llegar a ser una potencia tecnológica de primer orden.

— Estamos en un momento de apertura de China que contrasta con algunos momentos de su historia donde es precisamente el aislacionismo la clave para entender a China. ¿No es necesario recordar su historia para comprender la importancia de la apertura y la significativa novedad que significa para China?

En 1435 el Emperador Zheng Tong, nieto del gran Yong Le, el creador de las Flotas del Tesoro, y de la Ciudad Prohibida, decidió cerrar China al exterior. Su comercio se había expandido por todos los territorios de Eurasia, por la Ruta terrestre de la Seda; y, por la Ruta marítima, las naves chinas navegaban por el Océano Índico, que se denominó océano chino; su flota, la mayor y más avanzada tecnológicamente del mundo, no superada hasta principios del siglo XX, llegó también a la costa occidental de África, y, según indicios fuertes, hasta el continente americano.

Pero el comercio, y las tierras tocadas por sus naves no interesaron al Imperio y China se replegó sobre sí misma y cerró, en gran parte, sus puertos y desarrolló sus naves.

Los historiadores occidentales han magnificado ese aislamiento, como si China se hubiese cerrado al mundo. Pero, realmente, no fue así. China siguió manteniendo una gran actividad con el mundo, más allá de Asia.

Basten algunos datos, aunque sean simplificados, para comprobarlo:

- El comercio exterior fue uno de los ingresos importantes de las arcas imperiales durante los siglos siguientes.
- La balanza comercial fue a favor de China hasta principios del siglo XIX; tanto, que provocó las guerras del opio, porque Occidente necesitaba vender más a China y lo quiso solucionar imponiendo la exportación del opio.

Esas guerras y la consiguiente colonización occidental de China sí produjeron un gran aislamiento, acrecentado, desde mediados del XX, por la Guerra Fría y el bloqueo a la «China comunista». Frente a ese aislamiento y bloqueo, la política de «puertas abiertas» de Deng Xiaoping ha posibilitado que China, en estos 40 años, sea un país anclado en el mundo actual, con una economía globalizada, abierta hacia el siglo XXI.

3 China sale de compras: inversiones en el exterior

«China está haciendo en África lo que nunca hicieron los países occidentales en cinco siglos de ocupación».

(Mbuyi Kabunda Badi)

— Muy poco tiempo después de la apertura se comenzó a observar el interés de China por ampliar su apertura al comercio exterior.
¿Cómo se desarrolló y en qué contexto?

La política de «puertas abiertas», propiciada por Deng Xiao Ping, tuvo, como hemos visto, resultados rápidos en el crecimiento del comercio exterior y la inversión extranjera en China. Tardó más en manifestarse en la inversión en el exterior

por una razón evidente: China necesitaba acumular excedente de capital, capacidad tecnológica y experiencia de gestión empresarial, para poder dar ese salto.

En 1999 el Gobierno chino dio un giro económico y político, muy rápido y de gran calado: bajo el lema «Going global», coincidiendo con la entrada del país en la Organización Mundial del Comercio, inició su inversión en el exterior.

En 2016 China realizó inversiones en 7.961 empresas de 164 países distintos, según los datos del Ministerio de Comercio chino; ese año se alcanzaron los 200.000 millones de dólares de inversión extranjera en China, lo que ofrecía un buen margen para la inversión china en el exterior, que superó esa cifra.

En un primer momento, los inversores chinos se centraron en objetivos vinculados con la energía y los recursos naturales, radicados sobre todo en África.

En la actualidad están interesados en entrar en todo tipo de industrias y países, según el *Financial Times*. China invierte en sectores de relevancia estratégica, como las industrias nuclear y aeronáutica, energía, automoción, infraestructura de transporte, telecomunicaciones y banca, entre otras. Además, en países de la OCDE, China se integra en sectores desarrollados para adquirir activos, tecnología y capacidad de gestión.

— La opción por la inversión exterior es clave y concreta pero sobre todo rápida. ¿Cuál es el ritmo de este proceso?

- En 2010 China era todavía el 33.º inversor mundial.
- En 2012, en solo dos años, pasó al 3.º, tras Estados Unidos y Japón, con un crecimiento medio del 18 %/ año.
- En 2015 llegó a los 145.000 millones de dólares de inversión total exterior, con 18.000 empresas chinas en 177 países, superando la inversión extranjera en China, que fue de 135.600 millones de dólares.
- En 2016, según el Instituto Mercator, llegó a los 215.000 millones de dólares: de ellos, 37.000 millones en la Unión Europea (un 77 % sobre el año anterior) y 45.600 millones en Estados Unidos.
- En 2020, al ritmo actual, la inversión china acumulada en el exterior puede superar los 500.000 millones de dólares, ocupando el primer puesto en

el *ranking* mundial. Aunque este ritmo puede ralentizarse con la nueva política del Gobierno de dar prioridad al consumo interior y el avance en nuevas tecnologías.

China se ha convertido, en muy breve tiempo, en uno de los principales emisores de inversión en el mundo. Son ya numerosos los países que aspiran a atraer las inversiones chinas, aunque en los últimos tiempos se está desarrollando un creciente proteccionismo frente a ellas.

— Los datos son abrumadores y cambian la percepción sobre cuáles son los grandes inversores. ¿Cómo se sitúa China frente a otros países con más presencia inversora en el pasado?

En Estados Unidos

La inversión china, en 2016, fue de 46.000 millones, con un incremento del 200 % sobre los 15.000 millones de 2015. Cerca de 3.200 empresas chinas operan en Estados Unidos, con más de 140.000 empleados, 9 veces la cifra de 2009. La Administración Trump está poniendo muchas trabas a esta tendencia.

En la Unión Europea

La inversión en la Unión Europea ha pasado de 18.000 millones en 2006 a 64.500 en 2015 (el 60 % en Alemania y Francia).

En 2016 la inversión china en Europa sobrepasó la inversión europea en China.

Las inversiones chinas en Europa se vienen centrando en compañías europeas de primer orden, como Syngenta (Suiza), Pirelli (Italia), Lumileds (Holanda), EDP (Portugal), Tepma (Francia), Peugeot (Francia), Supercell (Finlandia), Kions y Kuka (Alemania), Volvo (Suecia) y Pizza Express (Reino Unido), etc.

Pero también en otras de tipo medio, especialmente en la Europa del Este y Rusia, por su importancia estratégica en el programa de la Nueva Ruta de la Seda.

— Desde luego América Latina es una apuesta muy destacada

De 2001 a 2016 China ha invertido 113.662 millones en 235 empresas latinoamericanas, casi cuatro veces más que en los siete ejercicios precedentes. China ha dado más créditos a Latinoamérica que el Banco Interamericano de Desarrollo: en total, 120.000 millones de dólares hasta 2017. Su objetivo en la región es llegar a los 500.000 millones de dólares en 2020.

El Banco de Desarrollo de China y el Banco de Exportaciones e Importaciones han concedido más créditos en la región que el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Corporación Andina de Desarrollo (CAF) juntos.

El mayor proyecto en Iberoamérica es un Doble Ferrocarril entre los dos Océanos: desde el Atlántico, a través de Brasil y Perú, hasta el Pacífico, con una longitud de 3.700 kilómetros, con un presupuesto de 13.500 millones. El segundo, de 5.000 kilómetros, desde Brasil a través de Bolivia, con un coste de 60.000 millones, ambos plantean serios problemas ecológicos aún no superados.

China quiere volcarse en las infraestructuras que la región necesita: ha invertido más de 192.000 millones de dólares (el equivalente al tamaño de la economía portuguesa o vietnamita).

— ¿Y África? ¿No es China quien ha demostrado más credibilidad en el continente africano?

Está desplazando en África a Reino Unido y Francia, construyendo y financiando infraestructuras básicas, como puertos, ferrocarriles, carreteras y explotaciones mineras.

Entre 2000 y 2015, el banco chino Eximbank ha prestado 63.000 millones a 54 países de África para infraestructuras.

Hay cerca de un millón de técnicos y trabajadores chinos en países africanos, la mayoría en empresas privadas.

— Frente a todos estos datos vemos que a veces existen precauciones a esta presencia, ¿cuáles son las barreras con las que se encuentra la presencia de las empresas chinas?

La expansión de las empresas chinas no está pasando inadvertida para los Gobiernos occidentales. Tanto en Norteamérica como en Europa, las autoridades han bloqueado varias adquisiciones, principalmente en el sector tecnológico, argumentando motivos de seguridad nacional.

Uno de los vetos más recientes lo impuso el Ejecutivo alemán para que el fabricante de microchips Aixtron no pasara a manos del grupo Fujian Gran Chip Investment; y hubo un debate muy tenso hasta que se permitió a una empresa china adquirir la empresa Kuka, por ser el mayor fabricante de robots y porque en 2016 otras 36 empresas alemanas habían sido adquiridas por grupos chinos. El Gobierno de Angela Merkel ha aprobado una ley que le da más poderes para estudiar y, en su caso, paralizar inversiones que vienen de fuera de la Unión Europea.

En esta misma línea, el nuevo presidente francés, Emmanuel Macron, también se ha mostrado favorable a limitar las inversiones chinas.

Y en Estados Unidos ya son varios los vetos a empresas chinas para invertir.

— ¿Tienen sentido estas barreras?

No se entienden estas barreras en el proceso avanzado de la globalización, si no es por pura competencia comercial-empresarial en contra de la libertad de comercio, tan defendida desde Occidente. Por otra parte, China selecciona sus inversiones, públicas y privadas, en sectores de tecnología punta, en los que China necesita avanzar de prisa apoyándose en empresas occidentales consolidadas en esos sectores, lo cual agudiza el temor a la competencia.

Un ejemplo claro ha sido la resistencia en Alemania a que una empresa china de robótica y digitalización adquiriese la empresa Kuka, líder mundial del sector; la razón, muy clara: esa adquisición ha permitido al grupo chino Midea posicio-

narse en primera línea de la robótica. La resistencia ha sido vencida por la oferta china que superaba las expectativas de los accionistas, y Midea controla ya el 76 % de las acciones en 2017.

Pero parece imparable la fuerza inversora de China en el exterior y, a pesar de haberse ralentizado últimamente, sigue adelante favoreciendo no solo la expansión china en el exterior, sino su fuerza como potencia tecnológica global en el siglo XXI.

4 El turismo global viene de China

El crecimiento rápido del turismo internacional en las últimas décadas es, a la vez, exponente y consecuencia de la globalización, del incremento de las clases medias y de las facilidades y la expansión de los medios de transporte.

Según la Organización Mundial de Turismo, en 2017 el número de turistas internacionales ha sido de 1.322 millones (*Barómetro OMT del Turismo Mundial*), con un 7 % de aumento sobre 2016 y, según la misma fuente, el aumento se mantendrá.

Esto supone que viaja al extranjero el 18 % de la población mundial.

Las llegadas de turistas internacionales en Europa alcanzaron los 671 millones en 2017; la región de Asia y el Pacífico contabilizó 324 millones; las Américas recibieron 207 millones; África, alcanzó un récord de 62 millones y Oriente Medio recibió 58 millones.

— El turismo con estos datos que nos indicas es un fenómeno global en el cual China tiene un papel destacado. ¿Qué aporta China al turismo mundial?

En este contexto, China destaca como el mayor emisor de turistas internacionales y por haber alcanzado este récord muy rápidamente:

En 2009 el número de turistas internacionales chinos fue de 47 millones; en 2017 de 136,5 millones, con un crecimiento medio anual medio del 18 %. El segundo puesto lo ocupa, a distancia, Estados Unidos con 74 millones.

A este ritmo de crecimiento los turistas chinos pueden llegar a 150 millones en 2020 y más de 300 millones en 2025. Son cifras alarmantes en cuanto podrían crear un problema de saturación en los transportes y alojamientos y un impacto medioambiental muy negativo. Pero la tendencia es clara, si no se introducen correctores.

— Hace pocos años era muy reducida la presencia de turistas chinos y ahora...

China ha consolidado así su liderazgo como primer mercado emisor de turistas desde 2012 y como el país del mundo que más gasta en turismo internacional. Se espera que China exporte 1.000 millones de turistas entre 2017 y 2020, y reciba 170 millones de turistas, según datos de la Organización Mundial de Turismo.

Hoy viajan por el mundo más del 10 % de los chinos; y en 2020 viajará el 18 %: una prueba más del aumento, en número y poder adquisitivo, de su clase media y un verdadero intercambio y apertura global, muy lejos del aislamiento de la época maoísta.

El turismo emisor chino supone más del 10 % del turismo internacional lo que es un gran reto para los países receptores del turismo. Volveremos a ello en el capítulo de «España y China», pero nos permitimos adelantar una pregunta ¿hay alguien en las Administraciones públicas españolas y en las empresas españolas involucradas en el sector, que se haya parado a pensar en serio en estas cifras? Intentaremos responder a esta pregunta en el capítulo citado.

Hay que añadir a este reto las cifras del turismo interior chino que, en 2017, ha superado los 5.000 millones de viajes, según la Agencia Xinhua (Spanish.xinhuanet.com).

China está muy lejos del aislamiento de la Guerra Fría y ha cumplido la política de «puertas abiertas». Como dato significativo: el presidente Xi Jinping, en los cinco primeros años de su mandato empleó 93 días en viajar al extranjero en visita oficial a 56 países de los cinco continentes.

— No solo es el turismo que más aumenta sino también el que más gasta en sus viajes

El gasto en turismo internacional chino en 2016 superó los 261.000 millones de dólares, un 12 % más que en 2015. Según la Organización Mundial de Turismo, el turista chino encabeza el gasto turístico en el exterior desde 2012. El segundo país en gasto turístico es Estados Unidos, que gastó en turismo 122.000 millones, con 74 millones de viajeros en 2015. Alemania, tercero en la lista, gastó 81.000 millones de dólares.

— En todo caso, es un fenómeno que unirá más nuestras culturas

Hemos querido dar relevancia a este tema por la importancia que tiene para nuestro país, cuya primera industria es la turística y lo lejos que estamos de este «nuevo» turismo de origen chino, que es ya el primero del mundo.

Es, por otra parte, exponente claro de cómo China ha cambiado.

Y, sobre todo, es un signo más de la globalización y de su influencia en nuestra vida diaria. Todavía son muy pocos los chinos que nos visitan y su número va a crecer hasta cifras increíbles hoy: irán dejando de ser un elemento extraño y, quizá, vaya ayudando a aproximar esos dos mundos tan alejados uno de otro hasta hoy.

5 Referencias bibliográficas

Banco Mundial 2016, China International Capital Corporation (CICC), 2016, WTO-World Trade Organisation, 2016.

Casaburi, I. *Tendencias de la inversión china en Europa*, Esade China Europe Club, 2018.

China Customs, 2016, China Statistical Yearbook, 2016.

Chinese Investment in Europe: A Country-Level Approach, European Think-tank Network on China (ETNC), 2017.

Guthrie, D. *China and Globalization, The Social, Economic and Political Transformation of Chinese Society*. Routledge, Nueva York, 2006.

Kabunda, M. *Más allá de la barbarie y la codicia*, Instituto Intern de derechos humanos de Estrasburgo, 2012.

Panorama OMT del turismo internacional, edición de 2017.

Prestowitz, C. *Three Billion New Capitalists. The Great Shift of Wealth and Power to the East*, Basic Books, Nueva York, 2005.

China hacia la gobernanza global

1 China potencia asiática

«El desplazamiento hacia el Pacífico requiere la creación de una Comunidad del Pacífico en que, junto a otros socios y actores, se canalice la cooperación entre China y USA [...] por la vía de la cooperación no de la confrontación».

(H. Kissinger, *China*)

Asia necesitará inversiones en infraestructuras por valor de 26 billones de dólares, o de 1,7 billones anuales hasta 2030, según el Banco Asiático de Desarrollo, para mantener su actual empuje.

— En las últimas décadas, a raíz de la pujanza china, parece que algunos hemos «descubierto» no solo China sino también el Asia Oriental.
¿Sabemos de verdad qué es Asia Oriental?
¿Entendemos qué es China dentro de Asia?

Se denomina a China con frecuencia en los medios occidentales como «el gigante asiático».

El gran gigante es, en realidad, Asia, y China su primera potencia. No solemos considerar a Asia como gigante, sino como un conglomerado de países (hasta 48) del «tercer mundo», con la excepción de Japón y, en los últimos años, de China.

Asia, en realidad, fue siempre, como demuestra A. Maddison en sus estudios, un gigante mayor que Europa, y lo sigue siendo, aunque lo ignoremos:

- Es el continente más extenso y poblado de la Tierra con cerca del 30 % de tierras emergidas.
- Con 48 países y casi 5.000 millones de habitantes, es decir, más del 60 % de la población mundial.
- Su PIB, en 2016, es de 30 billones de dólares, casi un 40 % del PIB mundial y, en paridad de poder adquisitivo, mayor que los otros continentes.
- El 66 % del crecimiento económico mundial, en 2016, se debió a Asia, según el Banco Mundial.

En este gigante, Asia, China es la primera potencia económica desde hace casi dos décadas, con un PIB nominal 2,3 veces el PIB de la segunda –Japón– y 5 veces el de la tercera –India–, y superior al PIB sumado de los otros 5 países asiáticos más prósperos (Japón, India, Corea del Norte, Indonesia y Arabia). Es, pues, hoy, con gran distancia, la primera potencia económica asiática.

China desplazó definitivamente a Japón, como primera potencia asiática en 2004, no solo en PIB, sino en comercio internacional, en comercio interasiático, y como primer socio comercial de los otros 47 países asiáticos, empezando por los más ricos.

— Y además es una zona de paz en términos generales

Sí. La historia sangrienta de conflictos entrecruzados, de siglo y medio, que resumimos en el último punto de este capítulo, dejan consecuencias, aún no resueltas, pero se ha avanzado hacia una situación predominante de paz.

— Ya que Asia pasa a ser un elemento crucial en el mundo, ¿se ha pasado también a la creación de organismos que articulen y vehiculen este nuevo escenario, con tan crucial elemento en el sitio que le corresponde?

El multilateralismo y la globalización que China defiende se expresa en su acción política internacional hacia la integración y la creación de múltiples instituciones y foros, que van tejiendo un nuevo mapa asiático global, para consolidarse y ampliarse a lo largo del siglo XXI.

Entre ellas, reseñamos algunas más sobresalientes:

China-ASEAN

Desde 2004 China apoya un área de libre comercio China-ASEAN y la construcción de una Comunidad de Asia Oriental, hacia la moneda única en 2020, abierta a la participación de India, Australia, Japón y otros.

La ASEAN se ha convertido, desde 2015, en la sexta mayor economía y el tercer mayor mercado mundial, como *zona de libre comercio* entre los diez miembros de la ASEAN –Laos, Camboya, Vietnam, Tailandia, Indonesia, Singapur, Filipinas, Brunei, Birmania y Malasia–, y China, con múltiples acuerdos, la mayor zona de libre comercio en población: 2.000 millones (el 27 % mundial).

Con una economía, sin sumar los datos de China, que es la mayor del mundo, con un PIB, en 2016, de 2,7 billones de dólares, después de la Unión Europea y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte; con un comercio exterior de 2,5 billones.

China es, desde 2013, el primer socio comercial de ASEAN, con más del 25 % del comercio internacional de la región (más de 500.000 millones de dólares en 2016), más del doble que Estados Unidos.

Es la alianza de países más potente: incluye a los diez países del Sudeste Asiático, a China, y países observadores como Australia, Corea del Sur, India,

Pakistán, Japón, Nueva Zelanda, y Rusia en coordinación con la Asociación Económica Regional Integral (RCEP), y con los países que formaron parte del Tratado Transpacífico (TTP).

Organización de Cooperación de Shanghái (OCS)

Es una organización intergubernamental fundada en 1996 por China, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán, ampliada posteriormente a Uzbekistán, India, Pakistán, Mongolia, Turkestán, y, pendiente de ratificar, Afganistán.

Reúne a cuatro potencias nucleares, representa el 50 % del territorio euroasiático, el 45 % de la población mundial (3.200 millones) y el 20 % del PIB mundial, y acumula una de las mayores reservas de hidrocarburos del mundo.

Sus objetivos: la cooperación en seguridad, contra el narcotráfico y contra el terrorismo, en proyectos energéticos conjuntos, la creación de un Consejo interbancario para su financiación y la cooperación cultural.

Coordinada con la Unión Económica Euroasiática y el proyecto Nueva Ruta de la Seda, como preludio de una gran cooperación euroasiática, hacia una zona de libre comercio, a consolidar a lo largo del siglo XXI.

El Foro Boao para Asia

Organiza foros de alto nivel para líderes políticos, empresariales, y académicos, de Asia y otros continentes, del Fondo Monetario Internacional e instituciones multilaterales, sobre los problemas de Asia y su integración, y su vinculación con la globalización y la gobernanza global, con sede permanente en Boao, Hainan, China. Inaugurado en febrero de 2001, está liderado por China, e integrado por 26 países de Asia más Australia. Es la réplica asiática al Foro de Davos.

Instrumentos financieros asiáticos

La integración y cooperación, así como la fortaleza y autonomía de las instituciones asiáticas, requieren una sólida organización financiera independiente, ya iniciada, con capacidad para cubrir los 26 billones de dólares que la región necesita que cuenta con:

- **El Banco Asiático de Desarrollo.** Para el desarrollo *económico* sostenible de Asia-Pacífico, hacia la integración regional. Cuenta con 67 miembros (48 regionales y 19 no regionales). Estados Unidos y Japón son sus principales accionistas, con el 15,6 % del capital cada uno, y China con el 6 %.
- **El Banco Asiático de Inversiones e Infraestructuras (AIIB).** Para la financiación de la Nueva Ruta de la Seda y la conectividad en el continente asiático y con el resto del mundo. Cuenta con un capital suscrito de 50.000 millones de dólares y 100.000 millones autorizados (unos 90.100 millones de euros). China aporta la mitad del capital y el resto de socios son gran parte de los países asiáticos, los grandes países de la Unión Europea, incluida España: más de 60 países, en total, hasta ahora. Es la primera institución multilateral cuyos principales accionistas no son países desarrollados. Los grandes ausentes de la institución son Estados Unidos y Japón.
- **El Fondo de la Ruta de la Seda, más el Banco de Desarrollo de China y el Eximbank China,** que, en conjunto, disponen de activos de 1,4 billones de dólares, casi el doble de lo que suman el Banco Mundial, el Banco Asiático de Desarrollo y el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD).

— Desde luego, es impresionante la reacción internacional encaminada al reajuste de las piezas del puzzle. ¿Girará el mundo en torno al Asia Oriental en los siglos venideros?

Todas estas instituciones reflejan la realidad, cada día más patente, de que el mundo, su economía, sus poderes, ... giran hacia Asia.

Desde finales del siglo pasado, hay muestras evidentes de la transformación del orden mundial. El mundo «occidental», aquel que conformaban esencialmente Europa y los Estados Unidos, ha ido perdiendo peso específico, y nuevos actores –fundamentalmente asiáticos– han ido poniéndose de relieve, con un desplazamiento del eje del poder hacia Asia, precursor de un siglo XXI asiático.

En ese giro el papel de China es, como mínimo, relevante. Es la primera vez que Asia toma ventaja sobre la Unión Europea y Estados Unidos en un mapa en el que China ha desplazado a Estados Unidos como principal socio económico y principal potencia de la región, apoyada en sólidas instituciones multilaterales. Al ritmo actual de crecimiento, en 2030 el PIB total de Asia será superior al de la suma de Estados Unidos y la Unión Europea.

— ¿Ha sido siempre así o estamos en una situación totalmente nueva, hablando en términos amplios, es decir, adoptando una perspectiva histórica amplia?

El mapa político de Asia se ha configurado en los dos últimos siglos, con grandes cambios y grandes convulsiones: las fronteras y las soberanías asiáticas han sido sucesivamente condicionadas por la dominación colonial británica desde el primer tercio del siglo XIX hasta muy avanzado el siglo XX; la dominación rusa o soviética; la ocupación japonesa de China entre 1890 y 1945, y de gran parte de los países de Asia Oriental y Sureste, incluida China, durante la Segunda Guerra Mundial; la intervención de Estados Unidos en China desde 1930 a 1950, y en otros países asiáticos después de 1945 y las secuelas, algunas no resueltas, que todo ello dejó en el mapa asiático.

Solo entramos en este recorrido histórico de forma muy resumida, y, por ello, simplificadora, y porque quizá ayude a evaluar la situación actual hacia el futuro.

China, como «el Imperio del Centro», tuvo un peso específico de poder dominante en Asia, como primera potencia, con su civilización confuciana y su economía, durante siglos, condicionando las soberanías de los países asiáticos hasta muy entrado el siglo XIX.

Desde mitad del siglo XIX las potencias occidentales colonizaron en diversos grados, con las llamadas «guerras del opio», la parte más rica de China y casi un tercio de su territorio; Reino Unido, en primer lugar; Francia también, que, además, se anexionó los territorios de soberanía china, Vietnam, Camboya, Laos, y parte de Malasia; Alemania ocupó la provincia de Shandong; Rusia, hacia final del siglo XIX

se anexionó parte de Manchuria; Japón, en 1937, colonizó Formosa y otras islas y, entre 1937 y 1945, ocupó Manchuria y parte del Norte de China, ocupación dramática, que ha dejado una huella profunda en la sociedad china.

Como secuela de esas invasiones se mantiene:

- El contencioso por la soberanía de varias islas e islotes del Mar del Sur de China, que reclaman China y Japón, Filipinas y Vietnam con el apoyo de Estados Unidos.
- Taiwan, tras la colonización de Japón (1885-1945), recuperó la soberanía china en 1945, y en 1949 fue ocupada por los restos del ejército nacionalista derrotado en la guerra civil, e inició una cuasi soberanía *de facto*, sustentada, económica y militarmente, por Estados Unidos. El principio de «una sola China» es sostenido por la ONU, la comunidad internacional, y Estados Unidos. El Gobierno de Pekín la considera una provincia integrante de China, y sigue en Taiwan la tensión entre unionistas e independentistas.
- Corea, históricamente muy vinculada a China, ocupada y colonizada por Japón (1905-1945), fue escenario de la Guerra Fría, primero dividida artificialmente en el Norte, controlado por la URSS, y en el Sur, controlado por Estados Unidos; posteriormente, convulsionada por la guerra entre Estados Unidos y una «coalición» internacional, y Corea del Norte apoyada por China, (1950-1953), con millones de víctimas, –el 95 % coreanos y chinos–. Estados Unidos, al borde de la derrota, estuvo a punto de bombardear China; el empate militar provocó la división definitiva de Corea, en un conflicto aún vivo en 2018, año en que se reanudan conversaciones para resolverlo, con la exigencia de desnuclearización de Corea y la retirada de las tropas extranjeras.
- Los países del Turquestán asiático (Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán, Uzbekistán), sufrieron la dominación soviética (1918-1989) y siguen, en parte, bajo la influencia de Rusia, en competencia con la influencia china a través de sus múltiples acuerdos bilaterales, y su integración en la OCS y en el programa Nueva Ruta de la Seda.
- El subcontinente indostánico: la colonización del Reino Unido (1845-1847), convirtió a India, de segunda potencia económica mundial, en país subdesarrollado (véase A.Maddison), y dividido en tres países –India, Pakistán y Bangladesh– con conflictos fronterizos con China; y un conflicto polí-

tico, el llamado «gobierno tibetano en el exilio», con apoyo simulado del gobierno indio y de Estados Unidos. Tibet, región autónoma bajo soberanía china, reconocida así por la ONU, tras la ocupación de tropas británicas y una larga época de desgobierno en la decadencia del Imperio y durante la época republicana, fue recuperada por Mao, tras su victoria en la guerra civil, en 1950, de acuerdo con el Dalai Lama; posteriormente, su huida a India, en 1954, genera una tendencia independentista desde el exterior. A estas tensiones históricas se añade el recelo de la India emergente, aspirante a un liderazgo regional, frente a China primera potencia asiática. Este recelo se manifiesta ante el proyecto chino OBOR/Nueva Ruta de la Seda, que teóricamente beneficiaría también a India, que lo mira muy reticentemente.

La relación de China con Pakistán es amistosa y de profunda cooperación y abundante inversión china; con Bangladesh, amplia cooperación económica. Ambos países están progresivamente implicados en el proyecto Nueva Ruta de la Seda.

La península de Indochina (Vietnam, Laos, Camboya), fue de soberanía china hasta la colonización francesa (1859 a 1954), sufrió la ocupación japonesa (1940-1945) durante la Segunda Guerra Mundial, y mantuvo una encarnizada lucha contra Francia por la independencia, hasta su victoria en 1954; y, posteriormente, contra la partición de Vietnam y la intervención de Estados Unidos, con apoyo logístico de China y la URSS, hasta la reunificación del país por la victoria de los vietnamitas. Y dos breves guerras entre China y Vietnam en el marco del enfrentamiento sino-soviético.

La situación poscolonial de Hong Kong y Macao, recuperada la soberanía china a final del siglo XX, ha abierto estos territorios a una autonomía muy avanzada dentro de China, sin eliminar del todo las tendencias independentistas.

Tras este resumen histórico, incompleto y simplificador, queda patente que Asia ha sido un continente dividido y convulso en los dos últimos siglos, en el que hoy predomina la tendencia a la cooperación continental y una mayor autonomía respecto a las potencias occidentales. Un crecimiento económico medio sostenido que, en 2017 fue del 5,9 %, favorece la erradicación de la pobreza y la ampliación de las clases medias y puede beneficiarse del papel central de China como primera potencia.

Quizá la expresión más clara de estas tendencias en Asia hacia el siglo XXI sea el macro proyecto de la Nueva Ruta de la Seda para la conectividad asiática y global en todos los terrenos, que describiremos más adelante.

2 China, Estados Unidos y la Unión Europea

«Cuando acordamos el comunicado de la visita secreta (para la reanudación de las relaciones diplomáticas en 1972), el Primer ministro Zhou Enlai me dijo "esto sacudirá el mundo". Qué culminación si, 40 años más tarde, USA y China pudieran fusionar sus esfuerzos, no para sacudir al mundo sino para construirlo».

(H. Kissinger, *China*)

«Norteamérica ya no es Norteamérica y China no es aún China. Estamos en un mundo de transición. El orden estadounidense ya no existe y no hay un árbitro de sustitución. China no quiere desempeñar ese papel. Europa no tiene los medios de Estados Unidos. Pero la naturaleza aborrece el vacío. Y Europa encarna hoy el último recurso del mundo».

(Dominique Moïsi, *El País*, 5-11-2017)

— ¿Cómo ves, en términos generales, la relación entre los dos países más poderosos del mundo, China y Estados Unidos?

El 17 de noviembre de 2009 el presidente Obama inició su primera visita a China.

A esta visita se le llegó a denominar la «primera Cumbre del G-2», como una posible institucionalización del poder global.

«El ascenso de una próspera y fuerte China, afirmó Obama, puede ser una fuerza para la comunidad internacional. Ya nada puede hacer Estados Unidos sin China, ni el mundo sin ambos [...] Tanto Estados Unidos como China seremos mejores si estamos juntos. No venimos a imponer nuestros valores [...] Algunos piensan en China que Estados Unidos intenta frenar sus ambiciones; algunos en Estados Unidos piensan que hay algo que temer de una China emergente. Mi punto de vista es dis-

tinto: China para Estados Unidos es un socio estratégico [...] la relación de Estados Unidos y China definirá el siglo XXI [...]».

El *Renmin Ribao*, periódico oficial chino, menos eufórico, escribió:

«Harán falta los esfuerzos de, quizá, varias generaciones, para una situación estable de nuestras relaciones».

Dos años después, en enero de 2011, en la devolución de la visita, el presidente Hu Jin Tao afirmaba: «Ambos tenemos mucho que ganar de unas buenas relaciones y mucho que perder de la confrontación».

Pero, desde entonces, al ascenso continuado de China viene provocando en Occidente cierto recelo a un «orden mundial emergente», con China a la cabeza. Y el recelo se ha convertido en rechazo por parte del presidente Trump, que se ha situado muy lejos de aquella actitud de diálogo y respeto entre «socios estratégicos», rompiendo, por su parte, toda perspectiva multilateral. Por parte de la Unión Europea aún existen muchos recelos frente a China.

— Y ¿cómo ves, entonces, las relaciones concretas entre Xi Jinping y Donald Trump?

En los casi diez años transcurridos desde aquellas fechas, la globalización financiera, económica y comercial, mejorable pero irreversible, se ha consolidado; se han tejido nuevas redes internacionales y acuerdos, como venimos analizando. La globalización se impone: ningún gobernante ni país puede ya ignorarlo, salvo que quiera arriesgarse a quedar fuera del proceso, como está ocurriendo con la Administración Trump. Es más: la globalización reclama la construcción de un orden internacional.

La visita de Donald Trump a China en noviembre de 2017 se produjo en el contexto de todos estos cambios. Es la primera visita de alto nivel a China tras la celebración de su Asamblea Nacional, y conocido ya el programa de ultranacionalismo, aislamiento y recelo frente a China proclamado por Trump, muy contrario

a los mensajes de Obama diez años antes. La acogida del presidente Xi Jinping a Trump fue de hospitalidad y apertura al consenso.

«Esta visita de Trump no fue un gesto volátil, sino una expresión del retroceso de Washington en la dirección de los asuntos mundiales desde hace un año, y de la ventana de oportunidad que se le ha abierto a China, y en concreto a su presidente Xi Jinping, para acortar la distancia que les separa todavía, hasta conseguir, a mitad del siglo XXI, el relevo como superpotencia [...]. Los lemas trumpistas *America first* (América primero) y *America great again* (América otra vez grande) significan, al parecer, ceder gentilmente el paso a China y hacerlo también en el plano de las ideas y de los valores, en el que Estados Unidos consiguió sus victorias más resonantes en el siglo XX. "La elección de Trump es parte de la desoccidentalización del mundo"».

(Lluís Bassets, sobre la visita de Trump a China, *El País*, 11-11-2017)

Estados Unidos ya no es la potencia indiscutible, como lo fue hasta entrado el siglo XXI, ni la única superpotencia, y no solo por su declive, –que se acentúa con las medidas aislacionistas de Trump–, sino, fundamentalmente, porque aparecen otras potencias:

- La Unión Europea, clara potencia mundial de primer orden se afianza, a pesar de sus vacilaciones.
- China es una potencia mundial en ascenso.
- Potencias en proceso de consolidación, como India, y otras más en lista de espera.

Y se crean nuevas instituciones multilaterales que van dando paso a un poder multipolar.

Estados Unidos aún destaca, evidentemente, y a pesar de las políticas de Trump, como primera potencia mundial en muchos aspectos. Pero, con la misma evidencia, ni tiene ya el mismo poder, ni la misma capacidad de imponer su dominio, ni es el único referente de poder global.

Esta visita de Trump a China se produce ya en este nuevo contexto y cada vez más difícilmente va a poder ejercer Estados Unidos como líder del mundo libre,

de la democracia liberal, de los derechos humanos; su capacidad para solucionar los problemas globales parece en entredicho, incluso parece, a veces, perturbar el orden global, más que liderarlo.

El presidente Xi, por su parte, ha aprovechado esta oportunidad, a pesar del carácter protocolario de la visita, para reclamar medidas concretas hacia una economía interconectada frente a la inestabilidad económica, frente al ascenso del proteccionismo y la volatilidad de los mercados. Y ha reclamado un fuerte liderazgo del G-20, hacia políticas de medio y largo plazo, que incluyan la reforma de la estructura industrial, la economía verde, el desarrollo sostenible y fomenten conversaciones multilaterales para estimular el crecimiento.

Esta visita, en resumen, es «expresión del retroceso de Washington en la dirección de los asuntos mundiales desde hace un año».

— ¿Crees entonces que la política Trump es contraproducente para el orden global?

Según el diagnóstico de la consultora Eurasia Group, que preside Ian Bremmer (*China will take advantage of Trump's focus on 'twentieth-century issues'*), «la Administración de Donald Trump ha erosionado el orden político internacional liderado por Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, dando pie a un vacío de poder, que por primera vez China está dispuesta a ocupar con menor resistencia que nunca».

Esta situación requiere con urgencia una gobernanza global, política y ética, compartida, y con instituciones multilaterales reforzadas y una saneada política económica.

Para ello, será imprescindible impulsar un diálogo inteligente, plural y continuado entre los principales actores globales, Estados Unidos, Unión Europea y China, sin marginar a actores de diverso nivel, en pie de igualdad. Un diálogo basado en la libertad, y el respeto a la ley, la dignidad humana, y la cooperación para la defensa de estos valores.

Occidente tendrá que bajarse de su pedestal de predominio en las instituciones multilaterales, China tendrá que comprometerse en la arena internacional

para aportar sus peculiaridades, y aceptar el debate sobre sus carencias, y la Unión Europea tendrá que levantarse con los valores que la crearon y apoyar al resto de potencias en ese esfuerzo global.

— ¿Podría (o debería) ser la Unión Europea la tercera potencia que equilibre a las otras dos?

Desde luego que sí. La Unión Europea es ya una potencia global imprescindible. Se venía diciendo desde la caída del muro de Berlín. Desde entonces, muchos analistas critican la debilidad que la Unión Europea manifiesta con sus divisiones internas, el avance de populismos y derechas extremas, los retrocesos en el Estado de bienestar tras la crisis, y la escasez de liderazgos claros; y, al mismo tiempo, reclaman una Unión Europea que recupere la defensa rotunda de los valores que la hicieron nacer: la dignidad de la persona, la cooperación internacional, el multilateralismo, el libre comercio y la regulación de la economía, el respeto a los acuerdos e instituciones internacionales ... Grandes valores de los que la Unión Europea hizo bandera, con todas sus estrellas ... (¡y que no pierda ni una estrella más!).

Precisamente son estos los valores que hoy parecen más amenazados en un mundo cada día más complejo y más complejo aún con la deriva de la Administración Trump, que respeta poco esos valores. Cabía la esperanza de que pudiesen profundizarse en un mundo multipolar, en el siglo XXI, en el que las tres grandes potencias, Estados Unidos, Unión Europea y China pudiesen fundirse en ese objetivo común. Mientras Estados Unidos renuncie a ello, se acrecienta más la responsabilidad de la Unión Europea y China en la defensa y profundización de esos valores, una responsabilidad mayúscula en expresión de Javier Solana.

Y no solo por el peso de estas dos grandes potencias en el mundo, Unión Europea y China, sino por la cercanía, en muchos aspectos, entre la filosofía de la Ilustración en Europa y de la filosofía confuciana en China, como intentaremos analizar en otro capítulo.

En mi opinión, dado el abandono de los valores éticos y de convivencia por parte de la Administración Trump, quizá hay que empezar a afirmar que la relación entre la Unión Europea y China es «el problema central del orden internacional». Y habrá que empezar a actuar, pensar, dialogar...en consecuencia.

— En resumen...

En resumen, el «ascenso pacífico» no significa que China renuncie a su papel como potencia mundial: simplemente aspira a que se la reconozca y trate como tal en todos los foros e instituciones internacionales, al mismo tiempo que asume su responsabilidad, y aporta su contribución a la gobernanza global y responde a los desafíos de la sociedad globalizada. Al mismo tiempo que rechaza toda aspiración a convertirse en superpotencia, extremo que reiteran con frecuencia; yo mismo he sido testigo de esta afirmación en reuniones internacionales, y lo refrendan con frecuencia por escrito.

El «sueño chino» persigue convertir a China en gran potencia en 2035, y asentarla como poder global a mitad de siglo XXI, en diálogo permanente con las otras potencias, y desde las instituciones multilaterales: así ven sus líderes actuales a la China del siglo XXI.

3 China en las instituciones multilaterales

De la ONU y la Guerra Fría al siglo XXI

— Todos sabemos ya que China participa de forma activa en todas las agencias de la ONU y que es miembro del Consejo de Seguridad. Pero no todos vemos con claridad qué papel juega China en el G-7

El orden global actual pivota, todavía, en cierto modo, sobre el G-7, grupo de países –Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y Reino Unido y la Unión Europea– que cuentan con una representación política y un peso internacional relevante.

Nació en 1973, a impulso de Estados Unidos, antes de la caída del muro de Berlín, antes del proceso globalizador, antes de emerger las nuevas potencias.

Difícilmente puede considerarse al G-7 una institución «global»: agrupa a los «países más ricos», con peso político, económico y militar significativo a escala internacional, pero ya no determinante. Organizado en los ochenta, bajo Reagan y Thatcher y sus políticas. Representan, en 2016, un PIB de 35,53 billones de dólares, algo más del 50 % de la riqueza global. El G-7 no incluye a China (2.^a economía mundial), ni a India (7.^a economía), ni a Brasil (8.^a).

Si computáramos la paridad de poder adquisitivo de 2016, el G-7 lo formarían, en este orden: China, USA, India, Japón, Alemania, Rusia y Brasil. No estarían, pues, Reino Unido, ni Francia, ni Italia, ni Canadá. Es decir, el G-7 actual no puede ser ya cabeza de la gobernanza global; es un grupo de países ricos con exclusión de otros. Parece, pues, urgente potenciar otra institución multilateral que pueda realmente liderar la gobernanza global para el siglo XXI.

— ¿Te parece más relevante el G-20?

El G-20 tiene una composición realmente plural: países emergentes y países industrializados, Oriente y Occidente, diferentes sistemas económicos, con presencia de las civilizaciones más destacadas por población, de los cinco Continentes. En definitiva, una base plural para la convergencia hacia la gobernanza global.

Lo constituyen: Arabia Saudita, Alemania, Argentina, Australia, Brasil, Canadá, China, Corea del Sur, Estados Unidos, Francia, India, Indonesia, Italia, Japón, México, Reino Unido, Rusia, Sudáfrica, Turquía, Unión Europea, y España, invitado permanente.

Si se consolida como institución, puede suponer un paso firme hacia una nueva estructura global de poder, que supere el orden establecido por Occidente tras la Segunda Guerra Mundial y el «Consenso de Washington». Estamos aún lejos de esa estructura de poder global, que aparece como objetivo real para el siglo XXI.

— ¿Es, a tu entender, el foro financiero por antonomasia para el siglo XXI?

El G-20 nació en 1999 para integrar a las potencias emergentes en el escenario global, hacia una posible gobernanza global, en un mundo ya profundamente

interrelacionado por la interconectividad financiera, económica, política y social, el libre comercio, las nuevas tecnologías, la ampliación de las redes de transporte, la comunicación y el turismo. Un mundo completamente distinto, necesitado de un poder global real.

Agrupar, por una parte, a países que dominaron el mundo durante siglos, o que, tras la Segunda Guerra Mundial, impusieron unas estructuras económicas y políticas, aún vigentes, expresión de su dominio. Por otra parte, agrupa, en el mismo foro, a países anteriormente colonizados que quedaron bajo las estructuras creadas por Occidente, y a países emergentes que irrumpen con fuerza en la esfera internacional rompiendo el equilibrio, o desequilibrio, reinante.

China, principal país emergente por su tamaño y su crecimiento, apoyó al G-20 desde su constitución, como embrión hacia un nuevo orden mundial, como una organización global, en la que coinciden, por primera vez en la historia, y en pie de igualdad, países desarrollados, emergentes y en vía de desarrollo, grandes potencias y potencias medias, Occidente y Oriente.

Su objetivo es la gobernanza global, -neologismo puesto en circulación a partir de la primera Cumbre del G-20 en 1999-; no se la denominó gobierno, pues no pretendía «gobernar» -quizá algún día lo pueda pretender-, sino «gobernanza», como institución nueva, con el objetivo de dotarse, de instrumentos, principios, reglas, acuerdos... para hacer la economía mundial más gobernable, más justa.

Cada uno de los países del G-20 ha manifestado diferente grado de interés en el éxito de este organismo, según el grado de interés que sus gobiernos tienen en la gobernanza o regulación global de la economía.

Desde su creación, la distancia entre emergentes y ricos se acorta: China, por ejemplo, era en 1999 la 7.^a potencia mundial en PIB, hoy es la 2.^a; India es hoy la 7.^a potencia en PIB, por encima de varios de los países desarrollados. Pero el verdadero poder para la gobernanza sigue, en gran parte, en manos de los países del G-7, que dominan instituciones de tanto peso como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, etc.

El G-20 representa, aproximadamente, al 60 % de la población y al 75 % del PIB mundial. Simboliza la necesidad de cambio en la distribución del poder, pero es todavía un instrumento en embrión para la gobernanza global. El G-20 no es todavía un foro para la resolución de conflictos, sino un foro de debate para fortalecer la estabilidad financiera, el comercio abierto, la cohesión fiscal, la lucha contra la

corrupción y los paraísos fiscales, para avanzar hacia los Objetivos del Milenio de la ONU, asumidos por primera vez en la Cumbre de Hangzhou de 2016: el desarrollo sostenible, la igualdad, la educación, la innovación y la nueva era digital. El G-20 no dispone aún de instrumentos de gobierno para resolverlos o afrontarlos, pero sí puede y debe debatir esos objetivos y para favorecer consensos.

China, como organizador y anfitrión de esa Cumbre, reafirmó su voluntad, reiterada en múltiples ocasiones en los últimos años, de ser un actor positivo y dinámico del G-20 hacia la gobernanza global.

— ¿Encajan los BRICS en este panorama? ¿Cómo?

Grupo de países, creado en septiembre 2006, que suman el 24 % del PIB mundial, y su contribución al crecimiento mundial es del 60 %. Reúne a los principales países considerados emergentes; por el orden de sus siglas: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, abiertos a nuevas incorporaciones.

Sus objetivos son similares a los del G-20, aunque, naturalmente, con menos peso y una composición menos plural, delimitada por ser países del llamado Tercer Mundo, en un proceso acelerado de crecimiento económico.

La Cumbre última, en verano de 2017, en Xiamen, China, contó con la participación del presidente Xi Jinping, y marcó el inicio de una nueva década, con el lema «Mayor cooperación para un futuro más brillante».

«Necesitamos promover una mayor representación de los mercados emergentes y de los países en vía de desarrollo en la gobernanza global, hacia un orden más justo, en una economía abierta y multilateral, y una globalización inclusiva».

(presidente Xi)

El desarrollo potencial de los BRICS será complejo hasta convertirse en una estructura unificada de cooperación e influyente. Su desarrollo será rápido incor-

porando más países a sus cumbres. A esta fueron invitados Tayikistán, Tailandia, México, Guinea y Egipto, como paso hacia su incorporación.

Para poder cumplir sus objetivos, de forma autónoma e independiente, los BRICS han creado su propio Banco, el «Nuevo Banco de Desarrollo (NDB)», del que son socios los cinco países que forman hoy el grupo, para impulsar proyectos comunes de infraestructuras, energía y desarrollo sostenible.

— El «problema de África» nos resulta especialmente acuciante a los europeos y muy cercano. China lleva ya décadas invirtiendo en África y ha puesto en funcionamiento un foro para articular sus relaciones...

En efecto. Ha creado el Foro para la Cooperación entre China y África (*Forum on China-Africa Cooperation, FOCAC*), que es un espacio de encuentro periódico entre la República Popular de China y todos los Estados de África. Su primera Cumbre fue en noviembre de 2006. Desde entonces se han celebrado cumbres de jefes de Estado y foros ministeriales, cada año, con participación de todos los países africanos para debatir y decidir acuerdos y proyectos de cooperación multisectorial.

No es fácil que en la Plaza de Tiananmen llame la atención la proliferación de banderas, pues casi cada día llega una vista de Estado. Pero en aquel noviembre de 2006 era espectacular. Me lo resaltó un cliente con el que pasaba por allí hacia una reunión: las banderas de los 57 países africanos, entremezcladas con cientos de bandera chinas, exhibían toda su variedad multicolor, en un día soleado y fresco del otoño pekinés. Según me dijo mi cliente, era la primera vez que lucían tantas banderas diferentes en la Plaza.

Diez años después, muy consolidado y reforzado este foro, en la Cumbre FOCAC de Pekín 2017, se destacó el papel importante que África puede jugar en el proyecto Nueva Ruta de la Seda para facilitar la conectividad, tan necesaria, del continente con el resto del mundo. Según el Banco Africano de Desarrollo (BAfD), África tiene que invertir 360 mil millones de dólares en infraestructuras para el

2040. China, al ser el mayor socio comercial de África, está intentado responder a ese reto con fuertes inversiones: en 2016 es ya el primer inversor (36.000 millones de dólares) y el primer socio comercial de África (149.100 millones) (Banco Africano de Desarrollo «Assessing Progress in Africa, 2015»).

Entre los primeros contratos que cerré, en 1980, hubo varios de exportación de materiales de construcción, contratados por una empresa china, pagados por un Banco chino, con destino puertos del Norte de África, para obras de infraestructura que realizaban empresas chinas. Eran los comienzos de la cooperación chino-africana, que supera hoy los 40.000 millones de inversión/año, sin contar las decenas de miles de millones en créditos.

— ¿Te gustaría mencionar otros foros que juegan ya y jugarán un papel esencial en el mundo del siglo XXI?

Asia-Pacífico es una región clave, un tablero de ajedrez geopolítico donde compiten los intereses de China y Estados Unidos. Y ambos, como ha quedado claro en la última Cumbre de la APEC (Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico) en Vietnam, noviembre de 2017, presentan propuestas muy diferentes para la región.

La APEC reúne a las tres mayores economías del mundo, siete de los ocho mercados en más rápido crecimiento, y siete de los diez ejércitos más poderosos en la tierra, y suma el 60 % del PIB global.

En la medida que el poder global se desplaza hacia el Pacífico, las Cumbres de la APEC tienen relevancia, aunque no sea un foro de debate, ni de peso político.

Foro de Davos

Foro de sobra conocido por cuanto sus reuniones anuales tienen una gran repercusión mediática en Occidente.

Creado en 1971, reúne a los principales líderes empresariales, y políticos internacionales, periodistas e intelectuales, para analizar los problemas más apremiantes

que afronta el mundo. El foro publica también una serie de informes de investigación y promueve iniciativas específicas de cada sector.

Aunque sus asambleas y estudios han adolecido de una visión preferentemente occidental, China se ha ido incorporando con más fuerza. En sus últimas ediciones su delegación ha estado encabezada por el presidente Xi Jinping (2017) y por Liu He, el vicepresidente de planificación económica de China. Sus intervenciones han tenido especial repercusión al presentarse como defensores del multilateralismo, el libre comercio y la cooperación internacional, precisamente cuando la política va en sentido contrario.

Parece claro, de momento, que esta será la tendencia de China en las próximas ediciones, hacia el siglo XXI, del Foro de Davos, como lo viene siendo en su homólogo Foro Boao.

— Entonces, perdona lo general y abrupto de la pregunta, pero, ¿quién manda en el mundo?

En estos momentos, según algunos analistas, nadie. Occidente se ha quedado sin líder para la globalización, en la medida que el actual presidente de Estados Unidos es un desglobalizador. La cuestión es si puede haber gobernanza global sin Estados Unidos, o todavía no, y qué papel juega en ella cada uno de los actores internacionales y de las instituciones multilaterales.

— Esta forma china de actuar, en tu opinión, ¿tiene alguna raíz cultural propia? ¿Es algo tradicional en China o una política nueva y original de las últimas décadas?

Es algo muy antiguo y muy moderno a la vez. Sunzi es considerado el autor del libro *El arte de la guerra*, escrito hacia el siglo V a.n.e., que muchos leen más bien

como el arte de la paz, o la estrategia y las reglas de una negociación sabia. Quizá de ahí viene la fama de buenos negociadores que tienen los chinos; desde luego, como comento y muestro en *El enigma chino*, para mí han sido maestros en ese arte y así lo he comprobado en múltiples ocasiones.

El libro de Sunzi es muy conocido entre personas relacionadas profesionalmente con China en el ámbito político, comercial y cualquier otro que exija negociar. Por ello, me llama la atención lo poco citado que es Sunzi por los autores occidentales que hablan de China y, por el contrario, me resalta que Kissinger, en su libro ya citado, (*China/On China*) hace referencia a él docenas de veces, precisamente a propósito de las negociaciones que mantuvo con políticos chinos de alto nivel (Mao, Zhou Enlai, Deng Xiaoping, ...).

La política exterior china se ha regido por unos principios muy claros que expuso Zhou Enlai en la Conferencia de «Países o alineados», en Bandung, en 1955: 30 países del tercer mundo, asiáticos y africanos, reunidos para proclamar su autonomía y sus deseos de cooperación. Son, en resumen: respeto a la soberanía e integridad territorial y a los derechos humanos, no injerencia en los asuntos internos de otros países, cooperación en pie de igualdad, no agresión, negociación pacífica, etc. Todavía sigue siendo, sesenta años después, un buen programa de cooperación multilateral, frente a las políticas de Trump, para todo el siglo XXI.

4 Civilización china y civilizaciones

«La existencia misma de China crea un problema para los relatos occidentales de la historia mundial [...] comenzando con la China primitiva [...]».

(Alexander Lo. *Hegel's interpretation of chinese history*,
Master University Hamilton. Ontario)

«Occidente ha descubierto que existe China, un gran imperio, con una larga historia y un glorioso pasado. Un nuevo mundo ha emergido».

(«Las tres grandes tradiciones...y la emergencia de la civilización china»,
Gang Yang, Centro de Estudios Asiáticos de Hong Kong)

— Tenemos la imagen de la civilización china como una civilización milenaria, algo que existió, de perfiles imprecisos, tintes románticos y, a veces, cargados de exotismo. Pero no, quizá, la de una civilización avanzada, plenamente vigente hoy día, en su sentido más profundo: «*el conjunto de ideas, creencias, ciencias, técnicas, artes y costumbres*», como describe nuestro diccionario, ni la de una civilización. ¿Por qué?

Muchos, desde Occidente, se resisten a aceptar que China sea una civilización, quizá por el complejo eurocéntrico de que nosotros somos los «civilizados» y «los otros», por ejemplo, los chinos, se van civilizando, van pareciéndose a nosotros conforme progresan en lo económico, lo político o lo cultural. Nos resistimos a aceptar que «nosotros» no somos los únicos civilizados, sino que, simplemente, pertenecemos a una civilización, que no es la única, ni la más importante en la historia. Durante siglos ha prevalecido la visión occidental de la historia. Y nuestra curiosidad, en todo caso, no es por la civilización china, sino por cómo los chinos se van «occidentalizando», a medida que se hacen más ricos.

Huntington afirma en su libro *Choque de civilizaciones*:

«La creencia occidental de que todo el mundo debe alcanzar los valores institucionales y culturales occidentales, por ser los más elevados, más modernos, más racionales y civilizados del género humano...es una tesis falsa, inmoral y peligrosa [...] Occidente intenta mantener su preeminencia y sus intereses como si fueran los de toda la Humanidad [...]».

Tengo que reconocer que yo mismo me descubrí como occidental, como perteneciente a una civilización diferenciada, la civilización «occidental»: nunca me había percibido a mí mismo así; lo entendí cuando mis amigos chinos me denominaban «occidental», «western», diferente de ellos, y descubrí su civilización como diferente, como «*de gentes de otro planeta*», según la expresión de Leibniz.

De esto hace muchos años, pero lo tengo muy interiorizado, y aún me sorprende cuando amigos españoles no lo consideran así.

— A pesar de que calificar de «milenaria» a China suena a tópico, ¿crees que lo es o más bien que ha habido elementos que han roto una continuidad cultural a lo largo de los siglos? Si lo es, ¿en qué medida?

China, civilización milenaria, es casi un tópico, sin «imagen» concreta unida a una realidad visible, sin mucho contenido.

No lo entendieron así nuestros «ilustrados» de los siglos XVII y XVIII, que descubrieron, con muy pocos datos, pero con gran admiración, que China era la cuna de una civilización milenaria y muy avanzada.

Voltaire, en sus *Lettres Philosophiques*, opina:

«[...] la historia milenaria china, que se pierde en la noche de los tiempos [...] Una antigüedad fabulosa, frente a la irrisoria cronología judeo cristiana [...]».

Y en su artículo «Historia» de la *Enciclopedia*:

« [...] ni sus leyes, ni sus costumbres, ni su lengua [...] han cambiado en casi cuatro mil años [...] China ha inventado casi todas las artes antes que nosotros [...] con China comienza la Historia del mundo, el desarrollo de la civilización, de las artes y las ciencias [...]».

Leibniz considera la cultura china como:

« [...] de gentes de otro planeta [...] que nos pueden aportar luces más considerables y [...] útiles que el conocimiento de [...] griegos y romanos a los que se entregan tantos sabios [...]».

Y, en su *Novissima Sinica*, o «últimas noticias chinas»:

«[...] Existe en China una moral pública digna de admiración en varios aspectos, ligada a una doctrina filosófica... que es honorable por

su antigüedad, unos 3.000 años, muy anterior a la filosofía de los griegos [...]. Por ello sería muy poco inteligente y arrogante de nuestra parte que nosotros, novatos en comparación con los chinos y apenas salidos de la barbarie, condenásemos una doctrina tan antigua solo porque, a primera vista, no parece concordar con los conceptos escolásticos que nos son familiares [...]».

Y, en ese mismo tratado, intenta una fascinante, y difícil, síntesis entre los principios fundamentales del confucianismo y la filosofía occidental.

Más contemporáneamente, J. Needham, después de estudiar, en 15 volúmenes, la «Ciencia y Civilización en China», concluye:

«En términos tecnológicos y científicos, China se encontraba en una posición dominante [...] respecto a Europa».

Si los ilustrados actuales no tenemos esa imagen de la China civilizada, es, en gran parte, por desconocimiento de esa civilización milenaria, que apenas se estudia en nuestras Universidades; apenas sabemos de sus diferentes etapas históricas, de sus épocas de esplendor o decadencia, de su arte, de su ciencia, etc.

La conocían mejor los ilustrados del XVII y XVIII, con muchos menos medios para estudiarla. Y, sorprendentemente, los ilustrados chinos de hoy con frecuencia conocen más de nuestra civilización que nosotros de la suya; así lo he constatado con frecuencia en conversaciones y debates con amigos ilustrados chinos.

El conocimiento de la China civilizada, la reciben los filósofos de la Ilustración a través de otros ilustrados, los jesuitas que llegaron a China en esa época, y la estudiaron y la intentaron comprender en sus debates con letrados confucianos. El más conocido, Matteo Ricci, a finales del siglo XVI, fue el primero en traducir al chino los principales textos científicos y filosóficos de Europa y debatirlos con los letrados chinos: quizá fue ese el mayor esfuerzo –recalca Leibniz– de diálogo entre la civilización occidental y la china. Dedicó tantos banquetes –costumbre muy confuciana de debatir durante los banquetes–, que sus médicos le recomendaron reducir los debates, pues su peso subía en exceso. Volveremos más adelante a esta necesidad de recuperar ese debate entre ilustrados occidentales e ilustrados chinos de hoy.

Es estimulante leer las narraciones que en aquella época hacían algunos compañeros de Ricci, sobre costumbres, historia, política, filosofía y sociedad china. (Isabelle Vistiere, *Letras edificantes et curieuses de Chine*. Garnier-Flammrion, Paris, 1979).

— Y ¿crees tú que podrían distinguirse algunos rasgos definitorios de la civilización china?
¿Cuáles te parecen cruciales y destacables?

La civilización china, como tal, se desarrolla a lo largo de unos cinco mil años. Pero la identidad cultural china y su civilización se perfilan más definidas desde el siglo II a.n.e., desde la dinastía Han, que da nombre a la etnia mayoritaria en China. En esa época se formularon las bases del proyecto imperial chino, como imperio centralizado, con la filosofía confuciana como núcleo de pensamiento, que se desarrollaron en los dos siguientes milenios, más allá de las tormentosas interrupciones entre dinastías.

Durante esos 2.200 años, se mantienen y se van modulando las instituciones, la estructura del poder político y la filosofía confuciana, apoyadas en el complejo aparato de funcionarios, responsables del gobierno, elegidos conforme a criterios meritocráticos. Y se prolongan, como Imperio del Centro, hasta mediados del siglo XIX, cuando China, gobernada por la dinastía Qin, entra en declive como consecuencia de la degradación política de la administración y las agresiones del exterior, que llevan al país a una crisis política, no superada hasta mediados del siglo XX.

Hoy la civilización china persiste como tal, con características muy definidas, como veremos.

— A la luz de lo que acabas de explicar, no nos podemos sino replantear nuestra propia civilización...

Te voy a contestar con una cita. Mira: «No es la nuestra (la occidental) la civilización que debemos difundir, sino desde la que podemos contribuir a la construc-

ción de la cultura global [...] en un mundo en que numerosas antiguas civilizaciones renacen y contribuyen [...] diferentes [...] floreciendo al mismo tiempo, enriqueciéndose [...] en un nivel superior a lo alcanzado hasta ahora». La tomo de Montobbio en su obra *Ideas chinas*. Y otra más, ahora de Frank-Jürgen Richter, en *A global vision's community*: «En una visión abierta, el choque de civilizaciones puede evitarse a través de discusiones multilaterales».

Estamos hablando, sí, de la «utopía del diálogo de civilizaciones»; *utopía en el sentido de lo no realizable a corto ni medio plazo, pero que puede ser hoja de ruta para la acción política global*.

«Vivimos en una era de desoccidentalización, con emergencia de vías alternativas hacia la modernidad [...], hacia un mundo no configurado por una cultura dominante, sino por varias que coexisten e interactúan en una era global hacia la conformación de la civilización de civilizaciones. Diálogo intercultural [...] un mundo de civilizaciones plurales y pluralistas con visiones comunes y diferentes [...]».

(Montobbio, *Ideas chinas*)

Hoy estamos sufriendo, más bien, un enfrentamiento de civilizaciones, agudizado por la resistencia a escuchar e incorporar aportaciones y visiones distintas de las nuestras, en un mundo cada día más globalizado en todos los ámbitos, todavía muy poco en el ámbito civilizatorio, en la aceptación del diferente.

En ese mundo afloran con más fuerza, pero no dialogan, civilizaciones diversas con sus contenidos específicos; entre ellas destacan las cuatro con influencia en mayor número de personas, en más de mil millones de personas cada una: la civilización occidental, la hindú, la islámica y la china. La china y la hindú, netamente orientales, se enmarcan, además, en dos potencias emergentes y suman casi la mitad de la humanidad. La occidental ha monopolizado el concepto mayoritario de civilización en los cuatro últimos siglos. La islámica emerge con diversos fundamentalismos.

El Foro «Alianza de Civilizaciones» de la ONU, entiende las civilizaciones, o las confunde, con las religiones; por otra parte, casi reduce esa hipotética «alianza» a la civilización islámica y la occidental. Y habla de «alianza», cuando es imposible aliar a filosofías o religiones antagónicas en sus valores o conceptos, o en la consideración de la persona en sociedad. Debería, creemos, hablarse de diálogo, de debate, de intercambio sobre los valores éticos que puedan configurar el orden global, partiendo de la persona humana y sus derechos inalienables, al margen de toda creencia o moral religiosa, si se quiere impulsar el diálogo entre civilizaciones, en plural.

— ¿Se da un diálogo real con China o estamos ante lo que los chinos llaman «palabras vacías»?

Es real, realísimo. Percibí esa visión del diálogo en un viaje de Beijing a Tianjin: solo 130 kilómetros, pero se estaba construyendo la autopista, la primera que se construía en China, a principio de los noventa, y fueron más de 4 horas. Me acompañaba Lao Huang, profesor, que vivió largas temporadas en España y en Cuba, experto en pensamiento chino, y, según me dijo él mismo, miembro del Partido de «nivel medio», investigador de la Escuela del Partido Comunista, uno de los *thinks tanks* más potentes de China, como ya he comentado.

Valga la introducción para valorar su pensamiento, que expuso en perfecto castellano, a veces incluso con expresiones cervantinas arcaicas, y que intento sintetizar: «en el Partido se despreció el confucianismo en la Revolución Cultural (lo subraya como ex "guardia rojo"), incluso se le atacó en la persona del Primer ministro Zhou Enlai, para mí un auténtico letrado confuciano. Quizá fue uno de los mayores errores de ese periodo, porque el marxismo nos ha dado herramientas de análisis político, pero el confucianismo debe seguir siendo la base de nuestra filosofía ética y política. Y *-enfaticó-* si algún día somos capaces de reeditar el diálogo de Rici *-al que Lao Huang admiraba-* entre letrados confucianos y filósofos occidentales de hoy, quizá se habrá iniciado un diálogo fecundo entre China y Occidente, pero estamos lejos de ello», *sentenció*.

Recojo estos datos de mis notas, porque, lamentablemente, no he podido constatar con él su opinión con datos actuales, porque Lao Huang nos dejó hace tres años. Quede su testimonio como aportación.

Nuestra civilización occidental defiende unos valores que se basan en la dignidad de la persona humana en sociedad, bajo la ética kantiana de la razón práctica: «no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti»; y de ahí los derechos humanos, ratificados por primera vez, en 1798, en la Asamblea Nacional francesa, y aceptados por todos los países en la Asamblea General de la ONU en 1948; frente a todas las tiranías que los han intentado suprimir a lo largo de los dos últimos siglos, y aun hoy.

Por su parte, la civilización china se fundamenta en la ética confuciana, con una formulación de Confucio, similar y casi literal, a la versión occidental kantiana: «compórtate con los demás, como quieres que lo hagan contigo», y de ahí la valoración china de la persona en sociedad y su continuidad histórica en la familia.

En esas dos visiones, occidental y china, hay una base sólida para el dialogo entre nuestras dos civilizaciones.

La civilización occidental aporta toda una historia de pensamiento, legislación y práctica política democrática y el principio: la legitimidad del poder dimana de la elección democrática.

La civilización china aporta la ética confuciana inmanente, que no dimana de autoridad ni moral religiosa alguna, basada en la continuidad histórica de los seres humanos en sociedad, y en la autonomía de la sociedad frente a la religión, aunque sin tradición democrática: la legitimidad del poder emana de su ejercicio en beneficio del conjunto de la sociedad y en la meritocracia.

La civilización occidental y la china se diferencian, incluso se contraponen en su concepción política, pero expresan un ideal ético, que puede ser la base ética convergente para el diálogo, lejos de fundamentalismos religioso-políticos.

El diálogo profundo entre ellas es muy posible y podría facilitar el entendimiento con las otras civilizaciones, más supeditadas a las creencias individuales. Un diálogo imprescindible y urgente en este mundo en el que los valores éticos sucumben ante la inmediatez de los programas políticos o el atractivo del mero desarrollo económico o tecnológico.

Y, como hemos apuntado al hablar de la cooperación China-Unión Europea, son precisamente China y Europa los dos poderes que mejor pueden desarrollar este diálogo, por su fuerza en este mundo globalizado y la responsabilidad que tienen en ello.

Como nos decían, en mayo de 2018, en un coloquio en Madrid los directores de Departamentos de Derechos Humanos de la Asamblea Nacional China y de la Sociedad de Estudios sobre Derechos Humanos de Pekín: nos podemos y debemos entender, pero necesitamos hablar, estudiar y debatir mucho para encontrar los puntos de encuentro entre nuestros dos mundos.

La Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea General de la ONU en 1948, y posteriormente, ratificada, interpretada y completada, es una buena hoja de ruta para ese diálogo, como dice su preámbulo:

Un «ideal común por el que todos los pueblos y naciones [...] promuevan, mediante la enseñanza y la educación, el respeto a estos derechos y libertades, y aseguren, por medidas progresivas de carácter nacional e internacional, su reconocimiento y aplicación universales y efectivos [...]».

Este diálogo entre la civilización occidental y la civilización china, ha comenzado en múltiples foros, en *think tanks*, en revistas especializadas, en debates públicos, etc. Y también en múltiples encuentros internacionales, en China y fuera de China, entre expertos de Occidente y China. Pero es todavía escaso e insuficiente.

El pasado mayo 2018, por ejemplo, el Instituto Berggruen, *think tank* especializado en el debate de ideas de gobernanza global, anunció la inversión de 25 millones en un nuevo centro de investigación en la Universidad de Pekín, en cooperación con las de Tsinghua, también en Pekín, y Fudan en Shanghai y con el Instituto para Estrategia de Innovación y Desarrollo de China (CIIDS); un lugar de diálogo entre Occidente y China, «desde una perspectiva china», como aseguró su director.

Es un objetivo ambicioso para este siglo XXI, una hoja de ruta hacia el encuentro y diálogo entre civilizaciones, nada fácil, y a largo plazo, para todo el siglo XXI.

Y, dada la deriva aislacionista y supremacista de Estados Unidos, deberán trabajar juntas la Unión Europea, por su tradición de defensa y desarrollo de los derechos humanos, y China, por la especificidad de su filosofía confuciana, atenta al hombre en sociedad.

Un objetivo, siguiendo la mentalidad confuciana, no para las próximas elecciones, sino para las próximas generaciones, si nos queda un atisbo de utopía. Todo el siglo XXI para acercar esa utopía a la realidad.

5 Referencias bibliográficas

Allison, G. *The Thucydides Trap*, Global, Sep 24, 2015.

AA.VV. *China 3.0* European Council on Foreign relations, 13, 14, 15, 2012.

Informes anuales de Banco Asiático de Desarrollo (2015-2016).

Julien, F. *La China da que pensar*. Anthropos, Barcelona, 2005.

Kissinger, H. *China*.

Leonard, M. *Qué piensa China*, capítulo III: Un poder nacional total. Icaria, 2008.

LO, A. *Hegel's interpretation of chinese history*, Master University Hamilton. Ontario.

Maddison, A. *Contours of the World Economy, 1-2000, Essays in Macroeconomic History*, Oxford Univ. Press, 2007.

Montobbio, M. *Ideas chinas*, 2017.

Sunzi. *El arte de la guerra*, La Esfera de los libros, edición bilingüe, 2006.

«World Economic Outlook Database: GDP, GDP per capita, GDP PPP, GDP PPP per capita, for G20 countries». International Monetary Fund. April 2017.

Parte 4.ª

Ante los desafíos del siglo XXI

1 China frente al cambio climático

«Advertencia de los científicos del mundo a la Humanidad»,

por segunda vez en 25 años, en la revista *BioScience*:

«vamos por un camino insostenible»;

el bienestar humano sigue

«seriamente amenazado por el cambio climático» [...]

y

«pronto será demasiado tarde [...]».

«No tomar medidas contra el cambio climático sería un suicidio colectivo [...] y supondría acabar con el milagro económico chino».

(Pan Yue, viceministro de Medio Ambiente, en 2002)

— Estamos ante el gran reto global del siglo. Salvar al planeta

El consenso científico es cada día más contundente: el desarrollismo incontrolado está llevando al deterioro del medio ambiente del planeta, hasta un punto de suicidio colectivo o de riesgo de supervivencia para las próximas generaciones.

La «Advertencia de los científicos del mundo a la Humanidad», *que hemos citado*, ha sido la segunda en pocos años. La primera fue en 1992, firmada por más de 1.700 premios Nobel.

En 2015, con el consenso de casi 200 líderes políticos mundiales, se firmaron los Acuerdos de la Cumbre del Clima en París, para que la temperatura media mundial no aumente más de dos grados en 2100; compromiso roto por la Administración Trump, pero ratificado por el resto de países en la Cumbre de Bonn, en noviembre de 2017.

El informe anual de la ONU, publicado un año después, denuncia que los recortes de emisiones solo llega a un tercio de lo necesario y, a ese ritmo, las proyecciones para 2100 indican un aumento de la temperatura global en tres grados.

La lucha contra el cambio climático sigue siendo, evidentemente, uno de los principales desafíos del siglo XXI, que condiciona, en gran medida, al resto de Objetivos del Milenio propuestos por la ONU.

— ¿Quiénes son los responsables de este deterioro?

Los países industrializados han emitido más del 70 % del CO₂ en los dos últimos siglos.

Hoy, China, Estados Unidos y la Unión Europea emiten el 55 % del total de CO₂ contaminante; son, hoy, los tres mayores responsables.

Y China, con casi un 30 % del CO₂ total, es el primer responsable de ello y de su solución, mucho más desde que Estados Unidos incumple su compromiso.

El coste del cambio climático mundial, según el Panel de expertos de la ONU, equivale al 20 % del PIB mundial. Mientras las medidas para frenarlo supondrían solo un coste equivalente al 1 % del PIB mundial.

— Seguramente entenderá que China ha tardado en valorar adecuadamente la cuestión pero sin duda ahora lidera esta demanda de cambio. ¿Cuál debe ser la respuesta de China?

El presidente Xi Jinping afirmó en la Cumbre de París: «Esta Cumbre es el punto de partida para una gobernanza global», y en octubre de 2017, afirmó: «China está al timón en la cooperación internacional para responder al cambio climático».

Así lo esperamos, porque la respuesta de China es imprescindible: lo exige su sociedad, para evitar el «suicidio colectivo», y se lo exigimos también todos los ciudadanos de este mundo globalizado.

Pan Yue, siendo viceministro entonces de Medio Ambiente, afirmó en 2002: «no tomar medidas contra el cambio climático sería un suicidio colectivo [...] y supondría acabar con el milagro económico chino».

Pero el suicidio colectivo continúa. El desarrollo económico acelerado desde 1978, como prioridad absoluta, con la construcción de grandes infraestructuras, complejos urbanos y centros industriales, y el aumento exponencial de vehículos de todo tipo y la insuficiente atención a las energías limpias, han llevado al país a una situación al borde de lo irreversible.

La emisión del 30 % del CO₂ global, por parte de China, si no se corrige la tendencia, seguirá creciendo, empeorando la situación actual:

- Según el Banco Mundial, la contaminación provoca al año unas setecientas cincuenta mil muertes prematuras en China.

- «La degradación ecológica cuesta al país un 7 % de su PIB», según el Ministerio de Medio Ambiente, que coincide con los datos del Banco Mundial.
- Solo un 1 % de los seiscientos millones de habitantes de las ciudades respira un aire con menos de 40 microgramos de partículas, máximo aceptado en la Unión Europea.
- De las 20 macro ciudades más contaminadas del mundo, 16 son chinas. Y de las 180 ciudades chinas de más de un millón de habitantes, la mayoría, (con más de la mitad de población total de China) sufre problemas agudos de contaminación.

— La urgencia es evidente, pero ¿qué puede hacer y qué hace China para frenar esta escalada?

Urgente limpiar el aire

El desarrollo chino ha ido exigiendo más energía, más vehículos... sin tener en cuenta las consecuencias medioambientales. Para los que hemos vivido de cerca este desarrollismo, ha sido una constatación continua en estos 40 años. Para los que visitan China hoy es una evidencia que «salta a la vista». Así no se puede vivir, porque no se puede respirar.

Con los avances tecnológicos actuales es posible limpiar el aire, pero es imprescindible que el gobierno ponga, con urgencia, los medios para ello: eliminar progresivamente las energías fósiles y multiplicar las limpias.

Recuerdo cómo me impactó, en mi primera visita a Datong a principio de los ochenta, encontrarme con una ciudad, cercana a una enorme zona minera, en la que se respiraba carbonilla, casi se masticaba; era, y es, una de las ciudades más contaminadas del mundo.

China produce al año unos tres mil millones de toneladas de carbón, su principal fuente de energía, causa del 70 % de la contaminación. Su uso bajará, según las previsiones, muy lentamente, al 58 % en 2020.

Las reservas chinas de petróleo y gas son limitadas, pero la importación seguirá aumentando, si no se cambia de política: es ya el primer importador mundial y casi el primer consumidor.

La demanda de energía crecerá a un 15-20 % anual, los medios de transporte a un ritmo mayor y, en consecuencia, la contaminación crecerá.

Todas las soluciones que no supongan una «disrupción», como dicen algunos expertos, es decir, un cambio radical en el uso de fuentes de energía, tanto para la electricidad como para el transporte, serán soluciones muy a medio-largo plazo, ineficaces para limpiar radicalmente el aire y frenar el cambio climático.

— El crecimiento de China parece que hace difícil conseguir estos fines pero ¿qué objetivos se plantean de forma más concreta?

Primer objetivo, disminuir el CO₂

Mientras llega esa disrupción, que, en el mejor de los casos, requerirá uno o dos decenios se están experimentando en China desarrollos tecnológicos que podrán ser efectivos en un plazo entre 5 y 15 años.

Por ejemplo, la captación del CO₂ emitido por las centrales térmicas y su almacenamiento en silos subterráneos, la reconversión del CO₂ en energía, el ciclo integrado y combinado (IGCC), que gasifica el carbón, elimina contaminantes y multiplica la eficiencia energética, nuevos diseños de calderas y turbinas, sistemas más eficaces de filtrado de humos con nano materiales, reciclado integral de materiales de los vertederos urbanos o agrícolas, recuperación del gas metano, etc. En conjunto, según el Observatorio de Cambio Climático de la ONU (IPCC) reducirían en un 20-40 % la emisión de CO₂.

Pero son paliativos, no soluciones mientras no se vaya a la descarbonización, la eliminación del carbón y del petróleo como combustibles.

Desarrollo de las energías limpias

Según la agencia Bloomberg, China es el mayor mercado de energías limpias en el mundo, el 20 % del total de energía consumida en 2020, todavía es insuficiente.

La inversión china en energías limpias de 2016 a 2020 sumará 367.000 millones, dos veces y medio más que Estados Unidos: es el plan más ambicioso entre todos los países, pero con ello solo se eliminan 150 millones de toneladas de combustibles fósiles.

China es líder mundial, en 2016, en energía eólica, solar e hidroeléctrica, y la 4.^a potencia en energía nuclear. Pero la capacidad solar instalada en China en 2016 fue solo un 1 % de la energía producida, aunque produce el 70 % de las plazas solares del mundo. Ha desarrollado muy poco la biomasa, y la energía geotérmica, aunque en el Plan Quinquenal 2016-2020 hay previstos 336.00 millones de dólares para ambas.

La inversión en renovables debería conseguir que toda la energía provenga de energías limpias: sería la «disrupción», necesaria y urgente, para no llegar tarde. Y, entretanto, otras medidas son necesarias como abaratar los paneles solares, hasta que la energía solar sea más barata que la nuclear, el carbón, el gas natural, o el petróleo. Y, por supuesto, incrementar el número y tamaño de plantas fotovoltaicas.

Otras muchas iniciativas, a medio plazo, como: plantas solares de concentración con colectores parabólicos, con la combinación de energía solar térmica y fotovoltaica; paneles solares, unidos a satélites en órbita, para transformar la energía solar en microondas o en láser; energía solar fotovoltaica, con almacenamiento por nano materiales... Y, más a medio-largo plazo: la nanotecnología aplicada a la producción de hidrógeno como fuente de energía; el salto nuclear de la «fisión» actual a la «fusión»...

Y, más al alcance de la mano: la eficiencia energética aumentará y, en un 30 %: cada 10 % que se gana en eficiencia, se reduce hasta un 25 % el CO₂ emitido.

Todo depende del presupuesto que se ponga al servicio de los desarrollos tecnológicos.

El transporte gran fuente de contaminación

China es potencia mundial en casi todas las modalidades de transporte, con un parque de vehículos de más de 300 millones en 2016 y, al ritmo actual, más de quinientos millones en 2020; el transporte aéreo se ha multiplicado por 500, y la red ferroviaria por dos, en los últimos 15 años; el transporte fluvial con 130.000 kilómetros navegables, y 150.000 vehículos, de todo tamaño y calado, 6 de los 10 mayores puertos del mundo que mueven 750 millones de toneladas de mercancías, etc. Y buena parte de todo ese gigantesco tráfico se mueve con carbón, fuel y gasolinas altamente contaminantes.

Todo este tráfico, según diversos estudios, es responsable de un tercio de las emisiones de CO₂ en China.

Urgente el salto al vehículo eléctrico

El coche eléctrico consume un 85 % menos de carburantes fósiles y emite un 75 % menos de CO₂. El vehículo eléctrico, desde el punto de vista medioambiental, es incuestionable: la tecnología está avanzando, el ahorro para el gasto familiar y público es evidente. Es una auténtica disrupción ¿qué fuerzas se oponen a ello?

Casi un tercio de los más de dos millones de coches eléctricos del mundo circulan por China, según el informe de la Agencia Internacional de la Energía en 2016; son 648.770 automóviles, poco más de 200 millones de motocicletas y 300.000 autobuses: ¡menos del 0,4 % del total!

Los objetivos actuales son llegar en 2030 a los 60 millones de vehículos eléctricos. Pero, para cumplir con los compromisos contra el cambio climático, debería llegarse, en 2040, al 90 % de vehículos eléctricos. En China, quizá más que en ningún otro país, la decisión depende del Gobierno y debería proceder, por tanto, con urgencia.

El Gobierno, por ejemplo, en el Plan Quinquenal actual, invertirá 3.200 millones de euros, para nuevas estaciones de carga -las 171.000 existentes son una cifra pequeña para el volumen de China-. También los fabricantes chinos están invirtiendo centenares de millones en I+D, y en adquisiciones de empresas mineras en Australia, Sudamérica y África que aseguren el suministro de litio y el cobalto, el abaratamiento y eficiencia de las baterías y la sustitución del silicio por materiales más limpios.

— Algunos proyectos concretos miran al futuro y nos acercan a la ciencia ficción

Como alegoría del futuro del coche autónomo, dos experimentos:

- Un tranvía autónomo, eléctrico, circula ya sobre raíles virtuales, con neumáticos y sensores, en experimentación, para su utilización masiva en 2020, en la ciudad de Zhuzhou.
- La autopista entre Hangzhou y Ningbo, dos grandes ciudades al sur de Shanghai, cubrirá sus seis carriles, en una distancia de 161 kilómetros, con paneles solares y sensores, que permiten recargar las baterías y el pago automático del peaje.

Esta alegoría tiene algún fundamento: según el pronóstico del profesor Teba, en un cálculo optimista, para 2035 el 95 % de los vehículos pueden ser eléctricos y autónomos.

En cuanto a los vehículos autónomos, China es el mayor mercado mundial con una venta potencial de 500.000 millones de dólares para 2030, dependiendo del presupuesto y del desarrollo de la inteligencia artificial según McKinsey, que pronostica, además, que para 2030 será habitual el vehículo compartido en más de 200 grandes ciudades chinas, a golpe de click de móvil, beneficiando a 800 millones, disminuyendo la contaminación y mejorando la sostenibilidad urbana.

— China afronta todos estos retos y algunos más ¿cuáles consideras desde el punto de vista medioambiental que complican o aumentan los retos de China?

La escasez de agua y la desertización

En frase de Wen Jiabao, primer ministro de China de 2003 a 2013, la escasez de agua amenaza «la supervivencia misma de la nación».

China con el 20 % de la población mundial, cuenta solo con el 7 % de la tierra cultivable, y el 25 % de la media mundial de agua dulce por habitante. Por otra parte, la demanda de agua ha aumentado entre trescientas y cuatrocientas veces en los últimos 30 años y el agua está muy desigualmente distribuida en China entre el Norte y el Sur.

A ello hay que añadir, resumiendo datos del Ministerio chino de Medio Ambiente: los desiertos cubren hasta un 25 % del territorio, la tierra cultivable se ha reducido a la mitad en 50 años, el 30 % del territorio sufre la lluvia ácida, el uso de agroquímicos por hectárea es el triple de la media mundial, etc.

Y, como consecuencia dramática: el 50 % de los ríos, y el 70 % de los lagos están contaminados, el 90 % de las aguas subterráneas no cumplen la normativa sanitaria del Ministerio de Medio Ambiente, dos tercios de las aguas residuales son insuficientemente tratadas.

China viene tomando medidas para abordar el problema del agua, a través de su canalización, reserva y distribución: más de 15.000 pantanos de diversa capacidad, y una red de canales de distribución, riego y transporte de decenas de miles de kilómetros. Entre esa ingente cantidad de presas, destaca la de las Tres Gargantas, que embalsa 48.000 hm³ (50 veces todo el Plan Hidrológico español), riega 4 millones de hectáreas y produce 18.200 MW.

En la red de canales destaca el trasvase de agua del sur al norte, de la cuenca del río Yangtzé hasta el norte árido, con una inversión de 62.000 millones de dólares, dos canales ya inaugurados, con 48.000 millones de m³/año, y 2.600 kilómetros, ya inaugurados. Y un tercero, desde el Himalaya a la cuenca del Río Amarillo, salvando un desnivel de 60 metros, con otros 1.200 kilómetros, ¡qué se inaugura en 2050!

La ingeniería hidráulica china, como país agrícola, tiene una larga tradición de avances tecnológicos y grandes obras, como el histórico Gran Canal, concluido en el siglo VII, trasvase también de agua de sur a norte, que sigue siendo el mayor del mundo, navegable en gran parte de sus 1.800 kilómetros, destruido durante las invasiones extranjeras en el siglo XIX, en reconstrucción ahora.

O los 50.000 kilómetros de canales navegables, para el tráfico humano y de mercancías, para la distribución de agua y el riego, que funcionaban ya en el siglo IX. Y otras muchas obras hidráulicas que llenarían un libro con sus avances, algunos ya recogidos en mis libros.

Todos los avances citados no solucionarán, a medio plazo, el problema del agua. China necesitará dar un paso más, que ya ha iniciado: las granjas marinas de produc-

ción alimentaria en las costas del sur: medio millón de hectáreas. En experimentación para producir algas para el consumo humano y otros aprovechamientos. Con la enorme ventaja de que no necesitan agua dulce, que hoy se destina casi en el 80 % a la agricultura. Y que no necesitan tierra cultivable, tan escasa también en China. Buenas perspectivas para el siglo XXI. Y buena introducción a lo que vamos a decir a continuación.

Tecnologías agrarias avanzadas

Desde principios de los ochenta he tenido, por mi actividad profesional, que estudiar los problemas del agua y la tierra en China. Un país que consume el 80 % de agua en la agricultura, y que contamina la tierra con agroquímicos el triple por hectárea que el resto del mundo, necesita con urgencia implementar las tecnologías más avanzadas de producción agraria, por razones medioambientales, pero también por razones económicas y de subsistencia.

En los ochenta el avance en la mecanización del campo fue notable; desde los noventa el avance en las tecnologías de agricultura intensiva y productividad agraria fue muy rápido; por ejemplo, hasta dos millones de hectáreas de cultivo cubiertas por invernaderos, y con fertirrigación, en poco más de 10 años.

El nuevo salto, iniciado en los 2000, es el paso masivo a los cultivos inteligentes, digitalizados, a las tecnologías más avanzadas del uso, distribución, saneamiento del agua, de semillas y nutrientes de alto rendimiento (no transgénicos), con el apoyo de la inteligencia artificial, la generalización de maquinaria agrícola eléctrica y autónoma, la disminución de agroquímicos, etc., que multipliquen la productividad agrícola, con el máximo aprovechamiento de la poca tierra y agua disponible. Queda un gran trecho para llevar todos esos desarrollos a los más de 100 millones de hectáreas de cultivo y ampliarlos.

— Imagino que todos estos ambiciosos proyectos necesitarán una dotación de recursos muy grande por parte del Gobierno

En el 12.º Plan Quinquenal (2011-2015) la inversión en medidas contra el cambio climático superó los seiscientos mil millones de euros, muy por encima de la inversión equivalente de Estados Unidos más de toda la Unión Europea. Un salto gigantesco: 4,5 veces el presupuesto del anterior plan quinquenal.

En el Plan Quinquenal 2016-2020 esta financiación superará los dos billones de dólares sumando todos los capítulos enumerados: casi cuadruplica de nuevo el presupuesto del anterior Plan Quinquenal. En estos años, 2016-2020, podremos juzgar si ha sido suficiente el esfuerzo de China en este terreno para limpiar el aire y multiplicar el agua limpia.

Pero el objetivo central para el siglo XXI será impulsar la investigación y los desarrollos tecnológicos, la digitalización y la memoria artificial, para que se haga posible frenar el cambio climático, en consonancia con el plan «Made in China 2025».

2 China potencia espacial

— Sin duda, uno de los grandes proyectos nacionales que es apenas conocido es la apertura china al espacio. ¿Qué importancia tiene la carrera espacial en el desarrollo de China?

La carrera espacial

China inició su «carrera espacial» con mucho retraso y con cierta lentitud. El atraso económico y tecnológico que se fue arrastrando a lo largo del siglo XX no le permitió entrar con fuerza en esta carrera hasta final del siglo. Superar ese retraso ha exigido un esfuerzo ingente en inversión e investigación, acrecentado por su exclusión del club espacial desde sus inicios, como explicamos a continuación.

Sus objetivos en este campo para el siglo XXI se han centrado en el desarrollo tecnológico que exige la investigación espacial, por el peso de China en el mundo, y por las enormes ventajas que ofrece la utilización del espacio para:

- Crear una plataforma espacial para las comunicaciones y la seguridad, incluida la ciber seguridad.

- Construir una estación o laboratorio espacial, que potencie esa plataforma y posibilite el conocimiento y la investigación del espacio exterior.

Sobre la plataforma espacial para las comunicaciones hemos hablado en los capítulos anteriores, incluido el satélite cuántico; abordamos ahora el tema de la estación espacial.

— A China se le ha excluido de los proyectos espaciales conjuntos como la estación espacial internacional. ¿Por qué?

Se denominó «estación espacial internacional», al proyecto lanzado por Estados Unidos, en 1998, secundado por Rusia, Unión Europea, Japón, Canadá, y, secundariamente, por varios otros países: un centro de investigación en órbita terrestre, permanente, tripulado, con cooperación internacional.

China fue excluida de este proyecto por Estados Unidos, para evitar la transferencia de tecnología, a pesar de que se denominó «estación espacial internacional» y así se le sigue llamando. La voluntad de China fue sumarse a él, por considerar más eficaz el esfuerzo conjunto. Pero su exclusión la decidió a impulsar un proyecto propio y así lo viene haciendo, siguiendo el consejo de Confucio: «si no te dejan hueco en el lugar que crees debes ocupar, hazte tu propio hueco».

A pesar de su retraso, China no había prescindido de la investigación espacial.

— Es decir, la poca receptividad internacional a la presencia de China no ha significado el abandono de China sino todo lo contrario. ¿Qué pasos se han dado y qué proyectos se están desarrollando?

En 1970 lanzó su primer satélite. Y, desde entonces, más de 200 satélites de investigación científica, predicción meteorológica, análisis de fenómenos naturales, etc.

En 1995 batió el récord mundial de lanzamientos/año con 19 misiones espaciales. Contaba ya con tecnología espacial suficiente para abordar, como principales retos en el sector:

- La utilización del espacio para el desarrollo de las tecnologías de la comunicación, la digitalización más avanzada, internet, etc., como ya hemos analizado.
- La construcción, por etapas, de su estación o laboratorio espacial, como centro de investigación y como plataforma para la exploración espacial.

Los pasos preparatorios para este laboratorio espacial, como centro de investigación en órbita terrestre, permanente y tripulado, se iniciaron en 2003 con la primera misión espacial tripulada con la nave espacial Shenzhou V.

La estación espacial estará completa en su totalidad en 2022.

Desde 2013 han sido realizadas más de 50 misiones espaciales relacionadas con la estación, tripuladas y no tripuladas; las más importantes con las naves Shenzhou, para probar técnicas de construcción del laboratorio, de acoplamiento de sus módulos, visitas de astronautas, paseos espaciales, experimentos científicos en los módulos y fuera de ellos, etc.

El Tiangong-2 fue lanzado en septiembre de 2016, como paso importante para la construcción del laboratorio, con capacidad para permanecer en servicio dos años, en octubre recibió la visita de la nave tripulada Shenzhou-11 a la que se acopló un carguero para recarga de combustible, dirigido desde la Tierra; otra misión, tripulada por dos astronautas, desarrolló, durante un mes, experimentos médico-biológicos, climatológicos, de tecnología espacial y astronomía, algunos en colaboración con científicos de varios países.

El Tiangong 3 reemplazará al Tiangong-2 en 2018, con el acoplamiento de otros tres módulos, con un total de 80 toneladas, y un telescopio 300 veces superior al Hubble.

El módulo principal de la estación espacial será lanzado en 2019, seguido por otros dos módulos experimentales.

La estación espacial estará completa en 2022, el mismo año que la estación espacial «internacional» será retirada del servicio. Permitirá a los astronautas que-

darse en el espacio hasta un máximo de seis meses y contará con tres puntos de atraque, para facilitar el acoplamiento y la seguridad de otras varias naves tripuladas Shenzhou, el lanzamiento del vehículo espacial de carga Tianzhou, y otras.

Esta estación espacial «china» será «internacional», porque China la abrirá a científicos de todos los países, una vez esté operativa, en un marco estratégico elaborado con la Oficina de la ONU para los Asuntos del Espacio Exterior, que permitirá a los miembros de la ONU hacer uso de la estación espacial china.

Su construcción, en el primer cuarto del siglo XXI va a permitir a China desarrollar la tecnología espacial al nivel más alto, como potencia espacial de primer orden, y hará posible la exploración espacial que resumimos a continuación.

— ¿No está la Luna entre sus objetivos espaciales?

El objetivo de este proyecto se centra en las posibilidades de desarrollos tecnológicos desde la Luna, que están, en gran medida, por explorar. China ha decidido apostar por esa exploración, aunque muy a medio plazo.

La Luna es objetivo por dos razones: por una parte, como lanzadera para la exploración del sistema solar y, por otra, como posible fuente de recursos naturales, entre los que cabe destacar el helio-3 (para los futuros reactores nucleares de fusión) y el agua (para consumo humano y como combustible), objetivos muy a largo plazo, por el largo trecho de desarrollo tecnológico necesario para ello.

Quizá la posibilidad más fascinante, aunque no la más cercana en el tiempo, sea el aprovechamiento del helio-3, abundante en la superficie lunar y su posible transformación en energía, objetivo no viable hoy ni quizá por largo tiempo, y menos viable aún su hipotético transporte a la tierra. Pero si se consiguieran esos saltos tecnológicos, muy lejanos, habría, según cálculos de algunos científicos, energía suficiente para todo el planeta, para 7.000 años. Algunos amigos míos chinos me decían (*China 2050*): China apostó en la historia por muchos imposibles; no va a renunciar en el siglo XXI, con la tecnología actual y su potencial desarrollo, a ninguna posibilidad de avance por remota que sea. Esa es su estrategia espacial: en el presente, y también a medio y largo plazo. Valga este comentario como brindis a la utopía de mis amigos.

— ¿Qué pasos concretos se están dando en relación a la Luna como objetivo?

El programa lunar chino se está desarrollando por pasos escalonados:

- En 2010 se produjo el lanzamiento de la segunda sonda a la Luna.
- En 2013 el robot Yutu alunizó y recorrió parte de la superficie lunar y se mantuvo operativo durante 31 meses, analizando sus componentes.
- Para 2018 lanzamiento de una sonda que recoja muestras lunares y explore su cara oculta, en un viaje de ida y vuelta.
- En 2020-2021 se repetirán otras operaciones similares.
- Para 2022 China proyecta una base lunar permanente.
- En 2030 aspira a enviar un hombre a la Luna en una misión tripulada. El montar una base lunar es también objetivo de la NASA, planteando la Luna como plataforma para viajes a Marte.

Según representantes de las agencias espaciales de China y Estados Unidos, ambas vienen reuniéndose para hablar de un posible proyecto conjunto de establecimiento de una base lunar.

— Estamos descubriendo una apasionante tarea y muchos proyectos donde la implicación de China es altísima. ¿Qué otros proyectos se están desarrollando?

China programa lanzar una nave a Marte a partir de 2020, con una sonda y un robot, que amartice y explore tanto la superficie como la corteza de Marte.

La misión china compartirá ruta con la segunda parte de la misión ExoMars europea, que despegará en las mismas fechas con su propio «rover» camino de Marte. También se unirá la misión Mars 2020 de la NASA, que despegará de Cabo Cañaveral con un tercer rover basado en el diseño del Curiosity.

En 2030 el programa chino incluye sondas a Júpiter y en 2050 la utilización de la base lunar para llegar a Júpiter.

Exploración del espacio

En diciembre de 2016 China lanzó un satélite para investigar la materia oscura y, en abril de 2017, otro, en una misión de 12 días para llevar a cabo experimentos relacionados con la ingravidez. Se espera que en 2018 se envíe uno más para el estudio de los agujeros negros.

La apuesta china de buscar vida extraterrestre es clara. El instrumento será el radiotelescopio segundo más grande del mundo, de quinientos metros de apertura, capaz de iniciar la búsqueda de vida inteligente en el universo. Este proyecto «FAST» empezó en 2011 y el radiotelescopio se inauguró en septiembre de 2016. Tiene 4.450 paneles triangulares con un diámetro de 500 metros, y un robot paralelo que posibilita movimientos de alta precisión. Entre sus objetivos: buscar púlsares, identificar hidrogeno neutro, moléculas interestelares y posibles señales de vida extraterrestre, con capacidad de recibir señales a 10.000 millones de años luz.

China ha apostado por su presencia firme en el espacio para el siglo XXI. Y parece claro que forma parte ya del club más avanzado de potencias espaciales.

3 China potencia digital

«Se puede decir que la riqueza digital es el petróleo del siglo XXI».

(Nicolás Berggruen)

— China camina a un liderazgo en este tema tras una incorporación quizá tardía a esta dinámica tecnológica. ¿Cuál es el peso de China?

El peso de China en el siglo XXI pasa, necesariamente, no solo por incorporarse, sino por estar al frente de la gran ola tecnológica.

Las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) son ya un motor clave del crecimiento de la economía, un 6 % del PIB mundial, en 2016, similar al sector de servicios financieros, y casi el doble del sector aeroespacial, y lo serán más con el avance de la inteligencia artificial, nuevo estadio de la digitalización.

La nueva generación de TIC incluye la cobertura telefónica global, las aplicaciones para móviles y 5G, la computación en la nube, los *big data*, la inteligencia artificial, el internet de las cosas, las tecnologías de la automatización y robótica, etc. Y añaden, casi cada día, nuevos retos a China y a su papel en el siglo XXI.

— Pero China llegó tarde por su situación... ¿por qué ha acelerado tanto el paso?

China se incorporó con retraso a este tren, ya en marcha, a final del siglo XX, cuando su situación económica se lo permitió y las nuevas tecnologías estaban casi monopolizadas por Estados Unidos. Aún recuerdo las imágenes, a principio de los noventa, de administrativos de hoteles y restaurantes empezando a utilizar el ordenador, y comprobando con su ábaco si la cuenta era correcta; o ciudadanos de Pekín y otras grandes ciudades, utilizando ya su teléfono móvil desde cualquier punto urbano, cuando no disponían de teléfono fijo en sus casas, -y muchos ya no necesitaron instalarlo nunca-.

Su incorporación ha sido muy rápida a partir del 2000, gracias al avance conseguido anteriormente en I+D+i y a la potencia de sus empresas, convirtiéndose pronto en el principal fabricante y exportador de ordenadores, teléfonos móviles e inteligentes, y promoviendo una gran expansión de internet en China.

La economía digital china suma, en 2017, 3,4 billones de dólares, el 30 % del PIB chino, con el mayor número de internautas del mundo, 800 millones, a septiembre de 2017, según McKinsey, -más del doble que la Unión Europea y Estados Unidos juntos-, y con 1.390 millones de líneas telefónicas, el 85 % por móvil, y es el mayor fabricante mundial de smartphones. Según algunos analistas, China está configurando el futuro de internet móvil para consumidores de todo el mundo.

El informe presentado en la Conferencia Mundial sobre internet, diciembre, 2017, en Pekín, subraya que los usuarios de internet para pagos por móvil son el

68 % del total mundial en China, –solo el 15 % en Estados Unidos– y el valor de los pagos individuales por móvil llegó a los 790.000 millones de dólares en 2016, –11 veces el de Estados Unidos–.

China pretende que la ventaja de la digitalización llegue hasta las zonas de más difícil cobertura; para ello, lanzará 156 pequeños satélites en órbita baja, antes de 2025, que faciliten el acceso a internet. El primero de ellos se lanzará en 2018. Y serán también de gran utilidad para países en vía de desarrollo.

En las páginas siguientes acumulamos una enorme cantidad de datos: no hemos encontrado otro medio de resaltar, de forma rigurosa y clara, que la incorporación de China a las nuevas tecnologías ha sido rápida y potente.

— ¿Cómo consigue China incorporarse y cuáles serían sus objetivos?

Al incorporarse China a la tecnología digital, desde los 2000, la encontró casi monopolizada por la primacía estadounidense: la red, los servidores, los buscadores, las redes sociales más extendidas, los nuevos desarrollos, las grandes empresas o consorcios tecnológicos, el comercio electrónico, ... casi todo procedía o dependía de Estados Unidos y sus grandes empresas.

China necesitaba crear sus propios instrumentos, salvaguardar su autonomía, su cultura y su lengua, y desarrollar aceleradamente la digitalización, tan esencial para todos los avances alcanzados y por alcanzar en el siglo XXI.

Como venimos señalando, China es otro mundo; lo ha sido en la historia y lo sigue siendo en múltiples aspectos de la actualidad. Una prueba más: en lo digital está creando sus propias redes, su propio sistema de comunicaciones, sus propios gigantes digitales. En los últimos 15 años ha dado pasos firmes hacia ese objetivo, aunque aquí, en Occidente y su área de influencia, sigamos creyendo que todo acaba en Google, Facebook, o GPS. China ha creado su propia estructura digital, con la ventaja añadida de que un gran porcentaje de ciudadanos chinos tiene acceso, además, a los GPS, Google, Facebook, etc., occidentales, al menos los 360 millones que manejan un inglés suficiente para acceder también a las redes occidentales.

Según McKinsey Global Institute, todavía «la potencialidad digital china puede incrementar entre un 10 y un 35 % sus ingresos industriales para 2020, y el 45 % para 2030». Como, por ejemplo, siguiendo el informe McKinsey, en sectores como:

- El impacto de la digitalización en el sector de la salud puede llegar al 45 % de los servicios de salud con el apoyo del internet de las cosas, la inteligencia artificial y los *big data*, optimizando los recursos sanitarios.
- En la logística y el transporte, las plataformas digitales pueden beneficiar a ocho millones de compañías de transporte, multiplicando su eficiencia, rapidez y rentabilidad.
- 72 satélites se han desplegado, la primera red comercial de órbita baja de China, para facilitar el internet de las cosas para maquinaria pesada, plataformas offshore, líneas de navegación, etc.

— Sin embargo, todavía no conocemos demasiado del mundo digital chino y los grandes grupos tecnológicos americanos dominan el escenario mundial. ¿Qué lógica tiene todo esto?

El *ranking* de empresas de mayor valor bursátil del mundo está dominado por las compañías estadounidenses, con sus cinco empresas tecnológicas más cotizadas: Apple, Google, Facebook, Microsoft y Amazon. Su capitalización oscila entre los 500.000 millones de dólares de Facebook y los 850.000 millones de Apple; Google acapara el 88 % de la publicidad *online*; Facebook (incluido Instagram, Messenger y WhatsApp) controla más del 70 % de las redes sociales en teléfonos móviles; Amazon tiene el 70 % del mercado de los libros electrónicos.

Pero todos estos datos se refieren al mercado occidental y su área de influencia. Falta el cómputo, o *ranking* global, que incluya el mercado chino y su área de influencia, que, por sí solo, acumula cifras similares, o superiores, a las del mercado occidental.

Por ejemplo, tres de las mayores redes sociales del mundo son chinas, con el 38 % de los usuarios a nivel mundial; y veremos otros datos del mundo digital chino.

— Entonces, la realidad china es muy fuerte.
¿Cuáles serían algunas muestras de todo esto?

A pesar de su retraso, China, se ha situado con fuerza en la digitalización, en el mercado chino y el asiático: entre los gigantes digitales mundiales, con valor superior a los mil millones de dólares, uno de cada tres es chino. Los gigantes chinos son: Baidu, Alibaba y Tencent:

- **Tencent.** Compañía de redes sociales, es la quinta empresa más valiosa del mundo, por encima de Facebook, con capitalización bursátil de 522.000 millones de dólares. Es propietaria de WeChat, (el WhatsApp chino) con 980 millones de usuarios, en 20 idiomas. *The New York Times* la ha definido como la «súper aplicación» que todas las aplicaciones occidentales quieren copiar.
- **Alibaba.** la empresa de comercio electrónico, con valor bursátil, en 2017, de 469.000 millones de dólares, algo por encima de Amazon, y uno de los 20 sitios web más visitados a nivel mundial. El comercio electrónico chino es el mayor del mundo, con un 40 % del valor mundial del sector, y la perspectiva, para 2019, de multiplicarse por cuatro.
- **Baidu** (equivalente a Google). Principal buscador chino; a nivel mundial es el cuarto sitio más visitado de internet.

— Uno de los fenómenos más recientes es todo lo referente a *big data*. ¿Cómo se ha incorporado China y qué importancia tiene este fenómeno?

Según el Ministerio de Industria y Tecnología, (informe 2017), China contará, en 2020, con 10 de las empresas líderes del sector a nivel mundial, con un volumen de negocio de 145.000 millones de dólares.

Los datos generados en China, por el volumen de población y de usuarios, son el mayor almacenamiento de datos del mundo: este ingente número de datos que

generan los dispositivos informáticos en China es «el combustible de la inteligencia artificial», según el expresidente de Google.

China es muy celosa de «sus» «datos», que deben almacenarse por ley en servidores chinos, para optimizar esa mega base, su uso y aplicaciones, y rentabilizar las inversiones en inteligencia artificial, y no facilitar a empresas y gobiernos extranjeros ese potencial.

— Se habla mucho de las redes chinas, la censura o la ciberseguridad. Es una cuestión mundial y aquí sin duda China tiene mucho que decir y que aportar

Garry King, Jennifer Pan y Margaret E. Roberts de la Universidad de Harvard, realizaron en 2013 un estudio sobre la censura en las redes chinas, analizando 1.400 servicios de redes sociales y varios millones de posts. Decenas de miles de censores, según este estudio, trabajan en las empresas de medios sociales y en el Gobierno para ello.

Esta censura, calificada en Occidente «Great Firewall of China», o cortafuegos informático, es denunciada y criticada desde Occidente como contraria a la libertad de expresión. Y lo es, desde nuestro punto de vista.

Pero es para China, al mismo tiempo, un instrumento de política industrial: al bloquear el acceso a buscadores y redes sociales occidentales, el Gobierno chino propicia el desarrollo de las empresas tecnológicas chinas y de sus redes, y dificulta a grandes empresas y gobiernos extranjeros su acceso y su explotación comercial.

Es evidente que la ciber seguridad, y el acceso a la información, es ya uno de los principales problemas globales, y, por ello, el uso/abuso de las redes exige al Gobierno chino, a los gobiernos responsables y a las instituciones multilaterales la regulación y control de estos instrumentos de comunicación, una legislación que garantice la accesibilidad de los datos y su privacidad, la eliminación de noticias falsas, y que proteja la libertad de expresión, objetivos no fáciles de conciliar. Un instrumento eficaz para ello será la informática cuántica, que China tiene ya en desarrollo inicial.

Es urgente que estos problemas se aborden desde la perspectiva de gobernanza global, como ha empezado a reclamar el G-20.

— Lo que parece evidente es que el desarrollo digital de China apenas tiene límites y que se ha convertido en una potencia «informática»

El desarrollo acelerado de la digitalización en China ha sido posible gracias a los avances de su tecnología informática, con pasos como estos:

Hasta 2009 el ordenador de mayor capacidad del mundo estaba en Tennessee, superado por el de Shenzhen con una capacidad de 1,27 billones de operaciones por segundo, con buena parte de sus componentes importados. Este, a su vez, fue superado, en 2013, por el de Tianjin, el Tianhe-2, 200 veces más potente, con componentes totalmente chinos. En 2016, el superordenador, «Computing Project, Sunway TaihuLight», en Wuxi, Jiangsu, alcanza una velocidad de computación de 93 petaflops, o 93 mil billones (93.000.000.000.000.000) de operaciones aritméticas básicas por segundo.

Es mucho más que una carrera competitiva: la eficacia de los superordenadores facilita la resolución de muchos problemas en medicina, química, genómica, predicción de desastres naturales.... o en la investigación de enfermedades raras, etc.

China está en primer lugar, seguida por Estados Unidos, Japón, Reino Unido, Francia y Alemania. De los 500 mayores superordenadores del mundo, 167 son chinos, 165 de Estados Unidos, hasta hace poco el líder indiscutible. En esta carrera hacia el siglo XXI China sale en posición destacada.

— Se habla, incluso, de la informática cuántica

La informática cuántica podrá resolver en una milésima de segundo cualquier problema que el ordenador Tianhe-2 tardaría 100 años en resolver; podrá, además,

decodificar cualquier encriptación, y usar códigos imposibles de interceptar por espías o piratas informáticos.

La comunicación cuántica en superficie ha sido experimentada por China, Estados Unidos, Europa y Japón. China es el primer país que la lleva al espacio, con un incremento exponencial en almacenamiento y tratamiento de datos. Según el Pentágono, el satélite cuántico chino, lanzado en agosto de 2016, es «un notable avance en la criptografía». Según la *Physical Review Letters*, de la American Physical Society, «Es un hito hacia la futura red cuántica global» [...] «la joya de la corona de la cibernética».

Será necesaria una red de satélites similares para hacer accesible esta tecnología desde cualquier punto de la Tierra. El programa chino incluye otro satélite similar en 2018 y varias docenas más que permitirán, hacia 2020, la cobertura global.

China también ha probado la comunicación cuántica bajo el mar, a cientos de metros de profundidad, para satélites y aviones, como nuevo hito, aún en experimentación.

— Nuevamente nos encontramos con una cuestión que necesita recursos económicos de manera urgente. ¿Se conseguirá la inversión suficiente?

La importancia de la inversión en el sector es clave por su crecimiento a corto y medio-largo plazo: de los 5.000 millones de dispositivos conectados a internet en 2015, a nivel mundial, podemos llegar a 25.000 en 2020.

En esta carrera, de momento, China seguirá en primera posición: Estados Unidos invierte 200 millones de dólares en computación cuántica, mientras que China, en 2015 invirtió 101.000 millones.

China cuenta con ventaja, según el informe McKinsey, «porque el Gobierno es, al mismo tiempo, gran consumidor y gran inversor en tecnologías digitales»: 15.000 millones es la inversión pública para el sector de inteligencia artificial para 2018. Y

los necesita por una razón añadida; superar la dependencia del exterior, especialmente en semiconductores, hoy en su mayor parte importados. El plan «Made in China 2025», propone que el 70 % sean producidos en el país.

En el capítulo siguiente pasamos a analizar la posición de China en inteligencia artificial hacia el siglo XXI.

4 China potencia robótica y en inteligencia artificial

«La robótica, junto a todas las otras formas de inteligencia artificial serán cada día más claro exponente del desarrollo tecnológico» [...] «La inteligencia artificial es un nuevo motor del desarrollo económico [...] Debemos tomar la iniciativa en la nueva etapa de desarrollo de la inteligencia artificial y crear una nueva ventaja competitiva».

(Informe del Consejo de Estado de China, julio 2007)

«La inteligencia artificial será la cuarta Revolución Industrial en la historia y China ha saltado a ella a tiempo».

(Massachusetts Institute of Technology)

— Ya hemos hablado de lo que ha significado la revolución digital para China. La robótica y la inteligencia artificial son un paso más. ¿Qué significa esto para China?

Abordamos en este capítulo la robótica y la inteligencia artificial en China, íntimamente relacionadas entre sí, por la importancia creciente que adquieren como formas avanzadas de digitalización.

De acuerdo con las estadísticas de la Federación Internacional de Robótica (FIR), la venta de robots industriales en el mundo alcanzó las 290.000 unidades en 2016. Y la demanda de robots se ha incrementado, desde 2010, en un 15 % anual, por los grandes avances tecnológicos y la necesidad de automatizar las plantas de producción.

Para 2019, a este ritmo, la cantidad de robots llegará a 2,6 millones a nivel mundial, un mercado que superará los US\$ 150.000 millones, según estimaciones de Bank of America Merrill Lynch.

Esta demanda de robots procede de todos los sectores de la industria, la logística y los servicios y de otras actividades como la lucha contra el terrorismo, la investigación criminal, el manejo de explosivos, entre muchos otros, según la FIR.

— En un país donde el empleo tiene tanto peso, ¿no es la robótica el posible origen de un problema social?

Hablar de robots y de inteligencia artificial suscita no pocos recelos, por el miedo a los puestos de trabajo que «destruye». Algo similar sucedió ya con la primera Revolución Industrial en los siglos XVII-XVIII: sectores del movimiento obrero promovieron quema de máquinas. A otro nivel, fui testigo en China, a principio de los noventa, del problema creado por la privatización acelerada y reducción de empresas públicas, que provocó más de 50 millones de despidos, con proliferación de huelgas masivas, como no se había visto nunca en China; recuerdo una de ellas, en 1998, encabezada por el alcalde, con más de cien mil manifestantes, en Huludao, entonces una importante base industrial, con cerca de dos millones de habitantes, que sufrió los efectos de la privatización y reconversión industrial.

La Revolución Industrial en Europa en el siglo XVII, la privatización en China en los noventa, crearon un grave problema, pero abocaron a una potente creación de empleo.

La digitalización ya está provocando pérdida de empleos, a escala mayor, y que se acentuará con la extensión de la robótica y la inteligencia artificial. Es nece-

saría una respuesta nueva a este problema nuevo y ya se está estudiando en Occidente, por ejemplo, con la renta básica universal, desde el marco del Estado de bienestar o desde el marco neoliberal. En China se aprecia un principio de debate, que por su volumen de población y de empleo, y la pirámide edad, va a requerir soluciones urgentes.

Según el Foro Económico Mundial, para 2020 desaparecerán 5 millones de puestos de trabajo en las 15 economías más desarrolladas del mundo, como consecuencia de la robótica y la inteligencia artificial; según otras estimaciones, el número de empleos a desaparecer puede ser notablemente mayor.

Aunque los robots actualmente operativos han creado unos 8 millones de empleos y la inteligencia artificial puede crear muchos más, el equilibrio entre destrucción y creación de empleo tendrá que venir por la inversión en la educación, pues los nuevos empleos requerirán mucha mayor cualificación profesional.

— ¿Quién lidera este entorno?

Según la FIR, el número de robots industriales por cada 10.000 empleados activos, está, en 2017, en: Corea del Sur con 631 unidades cada 10.000 trabajadores, Singapur 488; Japón 303, etc.

China está rezagada: tiene menos de 80 robots por cada 10.000 trabajadores en 2017, muy lejos de Corea del Sur y Japón. El plan «Made in China 2025» marca el objetivo de 150 por 10.000 trabajadores para 2020.

En número total de robots operativos, sin embargo, China está en el primer lugar con 428.000 robots industriales en 2017.

En cuanto a la venta de robots, China es el número uno, por encima de Japón, Estados Unidos, Corea y Alemania en 2016, con 87.000 unidades vendidas (20.000 de fabricación china), más que toda Europa, y el 25 % de las ventas mundiales según la FIR.

«Este rápido desarrollo en China es único en la historia de la robótica», gracias al impulso del Gobierno en innovación para la industria, según IDC Manufacturing Insights. Un gran desarrollo en producción y ventas, pero no todavía en robotización de la producción.

— Pero no es solo la robótica, porque todo está acompañado de la inteligencia artificial. ¿Es posible vivir de espaldas a este fenómeno clave para el desarrollo?

«China se está convirtiendo rápidamente en líder global en inteligencia artificial con un programa ambicioso de inversiones hasta 2030».

(McKinsey)

«Para 2020, las tecnologías de investigación de inteligencia artificial de China igualarán a las de otros países líderes».

(Según el programa «Made in China 2025»,
Ministerio de Industria y Tecnología)

La inteligencia artificial, clave para el desarrollo

La inteligencia artificial es la teoría y el desarrollo de sistemas informáticos capaces de realizar tareas que normalmente requieren inteligencia humana. El avance de esta tecnología se debe al crecimiento exponencial de los datos disponibles y a la creciente capacidad de computación, o de procesar grandes cantidades de información, extraer conclusiones y realizar acciones hasta hace poco inviables.

— ¿Está China posicionada en esta carrera?

China está en primer lugar mundial, tanto por el volumen de datos que puede manejar, como por su capacidad de computación y aplicación de algoritmos, que se multiplicará exponencialmente con la informática cuántica. Los algoritmos, como la secuencia de pasos lógicos para resolver un problema, multiplican su eficacia por la capacidad de los ordenadores y del resto de dispositivos informáticos; son una buena base para desarrollar la inteligencia artificial y sus aplicaciones en los próximos decenios. Estados Unidos, en 2017, está a la cabeza del desarrollo de la inteligencia artificial, China va detrás.

Pero, según datos del mismo Ministerio de Industria y Tecnología, la inteligencia artificial está ya impulsando en China un crecimiento medio del 30 % en productividad empresarial.

— Una inteligencia artificial que está presente en todos los ámbitos

Para liderar la inteligencia artificial, China necesita introducirla en casi todos los ámbitos, desde la agricultura y la medicina hasta el desarrollo de vehículos sin conductor, el cambio climático, las grandes multinacionales tecnológicas, las impresoras 3D, la robótica, los drones, los misiles guiados, el rastreo de personas en cámaras de circuito cerrado, la investigación criminal, la planificación urbana, los *big data*, la domótica, los servicios financieros, las plataformas del «internet de las cosas», la biomedicina, la genómica y el estudio de enfermedades raras, el cambio climático, la planificación urbana, etc. La inteligencia artificial posibilita desarrollos tecnológicos en todos los ámbitos.

Los instrumentos para ello son la innovación tecnológica, con el sustento de las *start-up* de alta tecnología, que en China aumentan un 57 % por año.

Las empresas chinas de computación en la «nube», como ejemplo paradigmático, han construido una estructura que cubre todo el globo, para desarrollar las aplicaciones de algoritmos, con la ventaja de que su gigantesca economía y población ofrecen más abundancia de datos que ningún competidor internacional. El resultado es que la masa de información digital *-big data-* de que dispone China es 50 veces mayor que la norteamericana; una gigantesca base para desplegar su liderazgo en la inteligencia artificial, si desarrolla la inversión y financiación necesarias para ello.

— ¿Qué nivel de investigación se está generando y cómo está China posicionada a nivel global?

«En 2016 el número de informes académicos publicados en China en este campo ha superado al de Estados Unidos. A junio de 2017 China ha

solicitado 16.000 patentes en inteligencia artificial, ocupando el segundo puesto en el mundo».

(Cognitive China, Creating a blueprint for an AI-enabled China IBM Institute for Business Value, Jan 2018)

China cuenta, en 2017, con 460.000 profesionales trabajando en todo lo relacionado con *big data*; pero su demanda de talento para el sector supera los 1,5 millones para los próximos tres años, según el informe de «Hire Big Data». Más de 1.000 equipos universitarios de investigadores están trabajando hacia ese objetivo.

— ¿Ha convertido China esto en un objetivo nacional?

El objetivo del Consejo de Estado es que China sea el «centro de innovación mundial para la inteligencia artificial, el líder mundial, a la vanguardia en el sector de la inteligencia artificial», según el informe de Li Meng, viceministro de Ciencia y Tecnología.

«La inteligencia artificial se ha convertido en un nuevo motor del desarrollo económico [...] Debemos tomar la iniciativa de empuñar firmemente esta nueva etapa de desarrollo de la inteligencia artificial y crear una nueva ventaja competitiva», resalta el informe.

Este objetivo se enmarca en el plan «Made in China 2025», que hemos citado en capítulos anteriores, y fue puesto en marcha por el Ministerio de Industria y Tecnología, con la vista puesta en el siglo XXI, a desarrollar en tres fases:

- Reducir las diferencias con otros países, en 2025.
- Fortalecer su posición en 2035.
- Liderar la innovación a nivel mundial en 2045, prioritariamente en inteligencia artificial.

El objetivo cuantitativo, según el informe, es que la producción de tecnología relacionada con la inteligencia artificial alcance los 22.000 millones de dólares en

2020, los 60.000 millones en 2025 y los 147.000 millones en 2030. Para ello, China necesita crear su propia base tecnológica, y aumentar el número de expertos altamente cualificados.

Según PricewaterhouseCoopers, el plan «Made in China 2025» podría contribuir a un aumento del 26 % en el PIB de China y se calcula que el potencial de mercado en inteligencia artificial será 10 veces superior al de internet móvil en los próximos 10 años.

— Pero ese reto es muy exigente y necesitará muchos recursos. ¿Cómo lo van a hacer?

Son hitos muy ambiciosos y nada fáciles. Por ello, China ha establecido un fondo de 320.000 millones de dólares, hasta 2020, para incentivar la inteligencia artificial, con la creación de 320 espacios de innovación (*hubs*) desplegados en todo el territorio nacional. Por otra parte, China lidera ya la inversión mundial en el sector, con el 48 % del total mundial (Estados Unidos el 38 %), según los analistas de CB Insights.

El plan «Made in China 2025», con la vista puesta en el 2050, si se mantiene el ritmo actual de desarrollo tecnológico, de investigación e inversión, puede permitir que China esté en el primer nivel mundial como potencia tecnológica y de inteligencia artificial. Ya lo apuntábamos, con mucha menor base de datos, en *El enigma chino*, con el respaldo de varios expertos.

5 El proyecto global chino, la Nueva Ruta de la Seda

El presidente Xi Jinping lo ha llamado «el proyecto del siglo», la alternativa china al modelo de Occidente que hasta ahora domina el mundo.

Los líderes mundiales participantes en el Belt and Road Forum, en mayo 2016 -20 jefes de Estado/gobierno, -incluido el de España- 50 organizaciones

mundiales, y 4.400 participantes- lo definieron como el instrumento para «promover la paz, la justicia, la cohesión social, la inclusión, la democracia, la buena gobernanza».

— ¿China se sitúa en un nuevo orden mundial?

Si seguimos la metodología pragmática confuciana de guiarnos por los hechos, tenemos una respuesta en el proyecto del Gobierno llamado «una ruta, una franja», o «Nueva Ruta de la Seda»: este proyecto expresa, en cierto modo, un nuevo orden global centrado en China.

— ¿Pero es un proyecto nostálgico?

El proyecto intenta reeditar, en el siglo XXI, lo que fue aquella Ruta histórica de la Seda durante casi dos mil años: vía de comunicación comercial, económica y cultural entre los mundos entonces conocidos, Asia, Europa y África; intenta repetir aquella proeza en las circunstancias del mundo globalizado.

La Ruta histórica de la Seda, viva durante 1.800 años, cubrió 12.500 kilómetros de «autovía» terrestre y unos 20.000 kilómetros de vías marítimas, la mayor ruta de comunicación, durante todo ese periodo, tan rentable que llegó a asegurar hasta el 25 % de los ingresos imperiales y posibilitó que el comercio de la Ruta hiciera llegar a China un 50 % de la plata transferida de América a Europa.

La Nueva Ruta de la Seda pretende ser, en el siglo XXI, una metáfora del nuevo orden mundial, en el que China se sitúa; una contribución a la conectividad global y pluridimensional; el nuevo mapamundi del siglo XXI, con China cada día más en el centro, como lo estuvo en la época histórica del Imperio del Centro o «Zhung Kuo».

Es un proyecto a largo plazo, con una primera etapa en 2049, cuando se cumplen los 100 años de la Fundación de la República Popular China, plazo suficientemente largo como para configurar las estructuras globales del siglo XXI.

Es un proyecto de conectividad global, articulada por corredores logísticos y económicos entre China, Eurasia, Oriente Medio, Europa, África y América; una red de infraestructuras, de comercio, finanzas, ciencia y tecnología, intercambio cultural y académico, comunicaciones, seguridad, y diálogo entre instituciones multilaterales. Un proyecto muy ambicioso.

— ¿Pero tiene un desarrollo paulatino? ¿Tiene etapas o hitos?

En una primera etapa, su objetivo es la conectividad entre China, toda Asia y Europa, por vía terrestre; y, a través del Sudeste Asiático, por vía marítima, hacia África y América.

En una segunda etapa se irá haciendo plenamente global a lo largo de todo el siglo XXI.

Es, entre todos los macroproyectos que China ha realizado a lo largo de los siglos, el de mayor alcance en el espacio y el tiempo. Y se apoya en la red de relaciones internacionales que China viene tejiendo desde finales del siglo XX, como hemos visto ya, hacia el «nuevo orden mundial emergente», reclamado por Kissinger.

— Un proyecto como este no puede dejar a nadie indiferente ¿qué celos o escepticismos pueden surgir?

Los sectores más críticos con este macroproyecto lo han calificado de utópico, irrealizable, megalómano, o simplemente una expresión de la pretendida hegemonía de China; o subrayan la dificultad de conseguir financiación suficiente, para un plazo tan largo, en un mundo tan cambiante, y atravesando tantas zonas tan conflictivas.

También hay analistas chinos escépticos frente al entusiasmo oficial, o dudan de la financiación adecuada y continuada por parte de los actores principales.

Un proyecto tan gigantesco en el espacio, el tiempo y la variedad tan amplia de objetivos, tiene, sin duda, problemas de credibilidad, que se resuelven, en gran medida, porque cuenta ya con una base muy amplia de infraestructuras, porque implica a muchos países interesados, porque en 7 años ha puesto en marcha ya muchos proyectos, y porque son muchas y muy potentes las entidades financieras que lo avalan.

Por la dificultad de describirlo con todas sus ramificaciones, intentamos un resumen no exhaustivo.

— ¿Cuáles serían las dimensiones globales de este proyecto?

El proyecto afecta, en su **primera etapa** (2013-2049) a:

- 75 países de Asia y Europa, con el 66 % del territorio mundial.
- 5.600 millones de habitantes (75 % de la población mundial).
- El 60 % del PIB mundial.
- Una Región que produce el 60 % del crecimiento económico mundial en los últimos 10 años y un 40 % del comercio mundial.
- Con más del 75 % de las reservas de combustibles fósiles del mundo.

Afecta, en una **segunda etapa** (2050-2100) al resto del mundo, incluida América.

El proyecto se apoya en infraestructuras existentes

- *Para la conectividad terrestre*, China cuenta, en 2016, con 124.000 kilómetros de vías férreas, que superarán los 150.000 kilómetros en 2020; de ellos, 24.000 de alta velocidad, que serán 45.000 en 2030; red conectada con la red ferroviaria euroasiática que mueve cerca de 4.000 trenes y 57 líneas, que llegan a 35 grandes ciudades chinas y 34 europeas, en proceso de ampliación y modernización.

La red de carreteras chinas se extiende por más de 5 millones de kilómetros, de los que 80.000 son autopistas troncales, y conecta, a su vez, con las principales vías terrestres y marítimas de toda Eurasia.

Para entender el salto conseguido en pocas décadas, recuerdo a mi amigo Jaime, periodista brasileño, que había llegado a China en 1957, y me contaba, con cierto aire de historiador: «hasta 1960 todos los días pasaban por la puerta de mi casa los camellos que transportaban las mercancías de exportación al puerto de Tianjin, a 150 kilómetros».

En 2017 el valor del transporte internacional terrestre de mercancías entre Asia y Europa superó el billón de dólares por año, con potencialidad para multiplicarse.

- *Para la conectividad por mar* el proyecto cuenta con 50 grandes puertos chinos –seis están entre los mayores del mundo–, y la cadena de grandes puertos internacionales desde el Pacífico, al Índico y al Mediterráneo, todos en ampliación, como explicaremos.

— Es un proyecto pero ¿se ha puesto en marcha? ¿hay pasos iniciados ya?

Desde que se presenta el proyecto en 2013, el Gobierno chino, o empresas chinas, han firmado ya más de 278 acuerdos de infraestructuras con 37 países y 77 zonas de cooperación involucrados en la Ruta.

Aunque sea muy condensadamente, intentaremos una breve enumeración: desde 2013 la Nueva Ruta de la Seda ha abierto una red de nuevas líneas, como grandes corredores de conexión entre las que destacamos:

- **Corredores de conexión terrestre China-Europa.** Desde Xiamen, en la costa sureste de China a Budapest; desde Chongqing, en el centro-sur de China, hasta Duisburgo, gigantesco centro logístico de distribución de mercancías chinas a toda Europa; desde Yiwu, en el sureste de China, hasta Madrid, la línea ferroviaria más larga del mundo (13.000 km); desde Xi'an en el centro de China a Moscú, y Rotterdam.

- **Corredores marítimos China-Europa.** Desde los puertos chinos del Pacífico, por el Índico al Mediterráneo, con centros logísticos en los puertos de Colombo –Srilanka–; el Puerto de El Pireo, en el Mediterráneo, que ha multiplicado su volumen de mercancías por 25 en los últimos 5 años, y conecta con el tráfico terrestre hacia toda Europa, con autopistas y líneas de alta velocidad. Su mayor accionista es la naviera china Cosco, la mayor del mundo, con una inversión de 350 millones de dólares hasta 2025.
- **Corredores China-Rusia y Europa del Este.** El comercio bilateral de China con Rusia ha crecido, de 1994 a 2017 desde 7.700 a 114.000 millones de dólares, y se facilitará con los corredores China-Rusia-Kazakhstan-Bielorrusia-Moscú; con el corredor transiberiano y la alta velocidad Kazastan-Moscú; con la Ruta polar por el Ártico, que China se propone desarrollar en los próximos 5 años.

A ello hay que añadir, además, la conexión logística de oleoductos y gasoductos entre Rusia, los países del Turquestán asiático y China, ya operativos o en construcción.

- **Nuevas Rutas de conectividad asiáticas:**
 - El corredor China-Pakistán, con la línea Karachi-Peshawar, cruce de comunicaciones con 1.700 kilómetros, y un presupuesto inicial de 8.000 millones de dólares, a completar en 2020, y otros 57.000 millones de dólares sin fecha aún; con el puerto pakistaní de Gwada, como centro logístico en la ruta desde China al Índico-Mediterráneo sin pasar por el Estrecho de Malaca, con acceso también por la carretera del Karakorum, una de las más altas del mundo, que unirá China y Pakistán, financiada por 27 países.
 - El corredor China-Nepal alcanzará la frontera nepalí en 2020, con otro ramal hasta Katmandu, junto a otros 10 proyectos firmados ya para la línea Qinghai-Tibet-Nepal.
 - Corredores con el sudeste asiático: más que un corredor es una red de conexiones, que incluye:
 - Desde Kunming, en el sur de China, por tren, a Vientiane, capital de Laos (a concluir en 2020), para conectar con las redes ferroviarias de Birmania, Tailandia, Camboya y Vietnam.

- El corredor China-Bangladesh-India-Myanmar, y el corredor China-Cambodia, Laos, Bangladesh, Myanmar.
 - El ferrocarril Yakarta-Bandung, que será el primer tren de alta velocidad de Indonesia, adjudicado a compañías chinas.
 - El ferrocarril de alta velocidad China-Thailandia, que enlaza con el resto de países ASEAN, hasta Bangkok, 872 kilómetros, con presupuesto de 5.400 millones de dólares, comenzado a final de 2017, para concluir la primera fase en 2020; la segunda, en negociación, conectará Tailandia con Laos, con una arteria a Kunming, China, y a Bangkok, como parte de la red ferroviaria Transasiática.
- **Conectividad con África.** China comenzó ya la construcción del ferrocarril entre las dos principales ciudades de Kenia, Nairobi y Mombasa, como parte de una futura red de transportes en África Oriental. En ella también se encuadrarían la carretera, ya iniciada, entre la capital de Etiopía, Adís Abeba, y Adama, o el tren entre ese país y Yibuti, inaugurado en 2016, donde firmas chinas desarrollan un centro logístico marítimo.
 - **Conectividad con Latinoamérica.** A largo plazo, un túnel ferroviario y de carretera, bajo el estrecho de Behring, para conectar la red china con la red panamericana, con el Transiberiano y con la red europea. Como proyecto a largo plazo, aún no está definido.

China es el mayor socio comercial de Latinoamérica –250.000 millones de dólares en 2016–, y el segundo mayor inversor.

A medio-largo plazo, el proyecto de ferrocarril de Santos, Brasil, a Llo, Perú, reducirá este trayecto en 4 semanas, con una inversión estimada en 14.000 millones de dólares, y una capacidad de transporte de 10.000 millones de toneladas/año. Con probable financiación, aún sin confirmar, de Perú, Paraguay, Bolivia, Argentina, Brasil, el Asian Infrastructure Investment Bank (AIIB) y el New Development Bank (BRICS Bank).

Otros bancos chinos proyectan planes, aún por detallar, de infraestructuras en Argentina, Brasil, Colombia y Perú.

China y México han creado un fondo conjunto para la financiación de infraestructuras.

Si trasladamos todos estos corredores y redes a un mapa, nos sorprenderá cómo se ha podido avanzar tanto en 8 años y quizá nos dé la perspectiva de lo que va a ser la Nueva Ruta de la Seda a lo largo del siglo XXI.

— Es muy amplio el camino recorrido y muy global además, pero ¿cómo se financia todo este complejo mundo de acciones y desarrollo del proyecto de la Nueva Ruta de la Seda?

Es el nudo gordiano del proyecto, como ya hemos indicado: la necesidad de una fuerte financiación, a largo plazo y para una serie de proyectos tan diversos.

De momento, diversos bancos privados como el Standard Chartered Bank y otros han iniciado su participación en más de 50 proyectos de la Nueva Ruta de la Seda. Otros bancos de primer orden están ya implicados, por ejemplo:

- **El Banco Asiático de Inversiones e Infraestructuras (AIIB).** Creado para la financiación de la Nueva Ruta de la Seda, con 50.000 millones de dólares suscritos y 100.000 autorizados, equivalente a la mitad del Banco Mundial. China aporta la mitad del capital.

Es la primera institución financiera multilateral cuyos principales accionistas no son países desarrollados. Con 60 socios: muchos asiáticos y europeos, incluida España. Se autoexcluyen, de momento, Japón y Estados Unidos.

- **El fondo chino de inversión estatal, «Silk Road Fund»,** con un capital de 40.000 millones de dólares a los que se suman el Banco de Desarrollo de China y el Eximbank China, con activos de 1,4 billones de dólares, casi el doble que el Banco Mundial + Banco Asiático de Desarrollo.
- **Otros Bancos** abiertos a financiar proyectos concretos son: China Investment Corporation, Fondo Soberano de la República Popular China, China-euroasian Economic Cooperation Bank, China Agricultural Bank, 8.º del mundo, China Development Bank, China Construction Bank, el segundo mayor de China. Suman más de 10 billones de dólares de reservas.

— Tenemos un gran camino iniciado y la financiación, ¿cuál es su alcance temporal?

Recordemos que el proyecto se inició en 2013. Faltan más de 30 años para cumplir su primera etapa, y más de 80 años para el final del proyecto, que, de tener éxito, continuará más allá de 2100, ya en un mundo interconectado de forma muy diferente a la actual.

Reiteramos nuestro convencimiento de que este proyecto es una metáfora del mundo del siglo XXI, con China como Centro.

6 Hacia un nuevo orden global

«El orden global significa reglas, valores universales, mecanismos para la gobernanza global [...], un orden propuesto por las potencias mayores, tan atractivo que sea aceptado también por las menores [...]».

«El actual orden internacional fue establecido por USA después de la Segunda Guerra Mundial, y, para muchos está hoy amenazado por China [...] China, por su parte, no está satisfecha con ese orden, cuyas reglas representan los valores occidentales, que no comparte en su totalidad, por divergencias políticas y culturales».

(Suisheng Zhao, director del Center for China-US Cooperation, Josef Korbel School of International Studies, University of Denver)

«La magnitud de la transformación del mundo, que China está produciendo es tal que el mundo necesitará encontrar un nuevo equilibrio [...] No es [...] simplemente otro gran actor, es el mayor actor de la historia del hombre [...]».

(Lee Kwan Yew ex primer ministro de Singapur en el «Foro Asiático sobre Desarrollo», en 1995)

«No importa la etapa de desarrollo que alcance, China nunca buscará la hegemonía ni perseguirá la expansión».

(Presidente Xi Jinping en el «Foro de Partidos Políticos del Mundo», Pekín, dic. 2017)

«El papel de China en la gobernación global ha aumentado considerablemente y es muy positivo, y es uno de los aspectos más destacable de la política exterior de Xi Jinping».

(David Shambaugh, miembro de la Institución Brookings)

— El siglo XXI está modificando muchos aspectos del orden establecido, pero ¿estamos realmente ante un nuevo orden mundial? ¿qué traemos desde el siglo XX?

Kissinger definió al siglo XXI como:

« [...] la empresa conjunta de un orden mundial emergente [...] la cooperación para el equilibrio y el funcionamiento del sistema internacional [...] porque vivimos en una era de cambio y un cambio de era, determinado por la conformación de China como potencia global y por su centralidad en el sistema internacional [...]».

(H. Kissinger, *China* Ed. Debate, 2012)

«El Sueño chino y Renacimiento de la Nación China representa una China imbuida de confianza, que espera el reconocimiento internacional por el que lucharon sus líderes desde los noventa del siglo pasado, y plantea un nuevo modelo de convivencia internacional, de cuño chino, y de eventual alcance universal».

(Mariola Moncada, «Actor clave del nuevo orden global: el Partido Comunista Chino» www.esglobal.es)

El orden mundial actual y sus instituciones financieras (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional,...) se crearon en 1944, en Bretton Woods, cuando Estados

Unidos equivalía a la mitad del PIB global y era la potencia hegemónica. Era un orden mundial occidental, con las puertas abiertas a otros países solo si cumplían ciertos estándares de conducta.

Las potencias occidentales vencedoras de la Segunda Guerra Mundial establecieron el actual orden internacional y sus principales instituciones internacionales. Y, hoy, Estados Unidos sigue siendo el único superpoder, en un sistema internacional unipolar, que se contempla a sí mismo como fundador del orden internacional, cuando ya Occidente no tiene el monopolio ni la prevalencia, ni el papel preponderante que ha gozado desde la Segunda Guerra Mundial.

Desde 1989 este orden se ha denominado, bajo el predominio de las grandes potencias occidentales, el «Consenso de Washington»: un conjunto de reformas para los países en desarrollo, bajo la dirección del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que tienen la última palabra en la elaboración y revisión de las normas económicas internacionales.

En 2017 el PIB nominal de Estados Unidos fue de 17,22 billones de dólares, el 24,3 % del PIB global, cuando en 1944 era el 50 % del PIB mundial.

El PIB de China en 2017 es de 12,21 billones (otros 11,96), el 14,84 % del PIB del mundo. Y, en PIB/paridad de poder adquisitivo, el de China es algo superior al de Estados Unidos.

— El mundo ha cambiado mucho desde no
hace tanto tiempo

Evidentemente, con solo este dato, sumado a los anteriormente enumerados, queda claro que el mundo de hace medio siglo era muy distinto al actual, y no puede estar bajo el mismo «orden».

Sin embargo, la distribución de poder en las instituciones multilaterales, responde al orden «anterior», y es desproporcional al peso actual de los países:

Según un estudio comparativo del mismo Fondo Monetario Internacional –datos de 2014– la capacidad de voto de China en el Fondo Monetario Internacional es de 6,09 %, y en el Banco Mundial del 4,42 %, cuando el PIB nominal de China es del 14,4 % sobre el PIB mundial.

Francia, por ejemplo, tiene una capacidad de voto en el Banco Mundial de un 4,32 %, con el 2,46 % del PIB mundial; y similar desproporción se da también con otros países occidentales como Alemania, Reino Unido, que tienen, además, derecho a nombrar un director ejecutivo cada uno.

En el Banco Asiático de Desarrollo, Estados Unidos y Japón tienen derecho de voto del 13 % frente al 6 % de China. Y algo parecido ocurre en todos los organismos multilaterales, tribunales «internacionales», etc.

La excepción a esta regla es la ONU, en la que China es miembro del Consejo de Seguridad, como vencedora en la Segunda Guerra Mundial, aunque ese dato histórico es poco recordado.

Semejante «marginación» de China se da también en las agencias internacionales de calificación o en la mayor parte de los *ranking* internacionales de cualquier tipo: las calificaciones se fijan desde Occidente, con sus criterios.

Es evidente, pues, que la adaptación de las instituciones y organismos «globales» a la realidad global no se ha producido, y hay fuertes resistencias a ello: no han respondido a la globalización, ni a una nueva gobernanza global, con una nueva distribución del poder; los cambios que se apuntan desde comienzos del siglo XXI exigen esta adaptación urgente. Y la deriva aislacionista de Trump, la división y vacilaciones de la Unión Europea lo hacen más urgente.

— ¿Cuáles son los retos globales y qué respuesta se debe dar?

La ausencia de gobernanza global choca con la realidad de un mundo en el que los retos y las esperanzas de la sociedad global apuntan nuevas exigencias y nuevos objetivos, como:

- El cambio climático.
- La regulación de los poderes financieros por el poder político.
- La supresión de los paraísos fiscales y la armonización fiscal.
- El libre comercio y la libre circulación de personas.

- La erradicación progresiva de la pobreza y la disminución de la desigualdad.
- La igualdad de género.
- El desarrollo armonizado de los valores éticos y democráticos, los derechos humanos y la democracia participativa.
- Los grandes retos científicos y tecnológicos.
- El diálogo de civilizaciones.
- La seguridad y la regulación cibernética.
- La prohibición de armas nucleares y la regulación del comercio de armas.

Son, entre otros muchos, los nuevos retos globales para el siglo XXI, que reclaman un nuevo orden global, unas nuevas instituciones expresión, instrumento y fundamento de la empresa conjunta del «nuevo orden mundial emergente». Tareas muy a medio-largo plazo, muy complejas, que solo se pueden abordar si hay alguien en el puesto de mando.

— Aunque hay muchos retos ¿qué pasos se han dado hacia esa nueva gobernanza?

Afortunadamente, se han dado algunos pasos hacia ella con nuevas instituciones no controladas ya exclusivamente por Occidente, como hemos analizado y valorado en la Parte 3.^a, en el punto 3, y resumimos:

- **A nivel económico-financiero.** El Banco Asiático de Desarrollo, el AIIB, el Nuevo Banco de Desarrollo (NDB) o Banco de los BRICS, el Fondo de la Ruta de la Seda, el Banco de Desarrollo de China, el China Exim-bank, el Banco Asiático de Desarrollo, el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD), China-euroasian Economic Cooperation Bank, etc.
- **A nivel político y económico.** El G-20, el grupo ASEAN-China y países asociados, la OCS, las alianzas latinoamericanas, y, por supuesto, la Unión Europea, como potencia global de primer orden, y como impulsora de instrumentos y acuerdos para la gobernanza global.

La enumeración exhaustiva de nuevas instituciones multilaterales con características «nuevas», afortunadamente, sería mucho más larga: casi todas surgidas en el siglo XXI, en respuesta a los problemas que afloran en este siglo; muchas de ellas son instituciones embrionarias, que necesitan crecer y madurar a lo largo del siglo XXI, lo que las hace, en principio, muy adaptables a las nuevas circunstancias. Y, además, se suman a las instituciones nacidas en el siglo XX, especialmente la ONU y todas sus agencias.

— En todo el orden mundial que nos precede parece que China no tenía demasiada relevancia. ¿Cuáles son las aspiraciones de China en el nuevo orden mundial?

China fue excluida del orden global nacido en el siglo XX y de su diseño, como hemos visto, y lo ha aceptado, aunque reclamando siempre el principio de igualdad de soberanía, junto a los principios de coexistencia pacífica establecidos en la Conferencia de Bandung en 1956. Pero hoy aspira a un papel más activo en el orden global, a proponer otras normas, y a contribuir a reescribir las actuales, sin pretender reemplazar a nadie, partiendo del derecho y el orden internacional establecidos. Al tiempo que intenta organizar en torno a su centralidad un orden internacional propio y paralelo, y apoya la tendencia a un orden global común institucionalizado y consensuado.

La China emergida y consolidada como nuevo actor internacional, es ya imprescindible para ese –todavía hipotético– nuevo orden mundial, como potencia proactiva, decidida a cumplir el papel que le corresponde como actor de primer orden. Desde la emergencia silenciosa y pacífica de China en los decenios anteriores, mientras completaba su transformación económica, social y política, ha empezado a ejercer esa responsabilidad global, casi imperceptiblemente, pero con decisión y firmeza.

Es claro, sin embargo, que, por el momento, Occidente no celebra esta emergencia de China, sino más bien recela de ella: que China sea potencia mundial no se asume aún del todo en ámbitos internacionales, al nivel que le correspondería.

— China busca su sitio, o quizá recuperar el sitio en el que debe estar pero ¿cuál es la estrategia global de China para el siglo XXI

Deng Xiaoping defendió la estrategia, que se mantuvo hasta el 2000, de «Observar con calma [...] esconder nuestras capacidades y ganar tiempo [...], mantener un perfil bajo y nunca reclamar liderazgo».

Hu Jin Tao apostó por una mayor influencia política, mayor competitividad económica, mayor impacto moral, mayor colaboración en el poder internacional.

Xi Jinping, desde 2012, ha expresado en «el Sueño Chino», la disposición a recuperar el papel preeminente que tuvo durante siglos, el papel que le corresponde hoy en la esfera internacional sin aspirar a superpotencia: «El Sueño Chino» significa restaurar y legitimar el resurgimiento de China como potencia mundial y superar, de una vez por todas, la pesadilla vivida tras las guerras del opio del siglo XIX y las «humillaciones» por parte de las potencias coloniales europeas.

En una palabra, desde la reforma de 1978 China se ha ido integrando en el mundo, asimilando, en una primera etapa, los conocimientos y *know-how* de Occidente sobre política y economía, y pasando, progresivamente, a una segunda etapa de participación activa. Para los próximos 30 años, una China más confiada en sí misma quiere participar en el poder global, desde unos gobiernos nacionales dueños de su destino, no súbditos de una política marcada solo por Occidente.

«Abrirnos más, dijo el presidente Xi en la Cumbre del G-20 en Hangzhou, en 2016 [...] involucrarnos en la globalización para un desarrollo compartido, con mejores mecanismos de redistribución [...] agrandar la tarta y repartirla mejor».

Y, en el Forto de Davos, 2017, China se presentó como adalid de la globalización y la multilateralidad, frente a las tendencias aislacionistas de Estados Unidos y otros para «buscar soluciones globales y coordinadas a los problemas mundiales».

El titular del *Times Magazine*, de 10 de mayo de 2003, en grandes letras, fue:

«China, the next Superpower» «China la próxima Superpotencia». He oído a muchos políticos chinos relevantes, como el presidente actual lo reitera, que China no aspira a ser superpotencia.

— Pero es un proyecto común. ¿Quiénes son los interlocutores y cuáles son las claves de esta globalización conjunta y compartida?

En la situación actual es urgente esa gobernanza global compartida, con instituciones multilaterales reforzadas y una saneada política económica. Para ello, será imprescindible impulsar un diálogo inteligente, plural y continuado entre los principales actores globales, principalmente Estados Unidos, Unión Europea y China, como ya hemos señalado, sin marginar a actores de diverso nivel, en pie de igualdad. Un diálogo basado en la libertad, y el respeto a la ley, la dignidad humana, y la cooperación para la defensa de esos valores.

Occidente tendrá que bajarse de su pedestal de predominio en las instituciones multilaterales, y no pretender gobernar un mundo, sobre el que no tiene ya el control; China tendrá que establecerse en la arena internacional para aportar sus peculiaridades y aceptar el debate sobre sus carencias, con un papel más proactivo; y la Unión Europea levantarse con los valores que la crearon. Reconociendo todos que el viejo orden mundial está debilitado, mientras un nuevo orden aún no se ha consolidado.

Así lo expresan ya muchos politólogos occidentales:

« [...] para estar en el mundo e influir en el sistema global, necesitamos contar y dialogar con China como potencia multipolar opuesta a la hegemonía [...] Una visión contraria al consenso de Washington, o hacia un nuevo orden que él denomina el "consenso de Pekín"».

(Sambaugh, *China Goes Global: The Partial Power*)

«una cosa parece incontestable: el papel de China en el siglo XXI será absolutamente primordial».

(Jean-Pierre Lehmann, fundador del grupo Evian y profesor visitante de la Universidad de Hong Kong: «Por qué el mundo tiene que aprender historia china, y cómo China entiende la historia»)

«China está ya lista para convertirse en la primera superpotencia del mundo, a mitad del siglo XXI. Tiene la voluntad y cuenta con las condi-

ciones para hacerlo, especialmente aportadas por las debilidades de las superpotencias que podían competir con ella, Estados Unidos y la Unión Ejeuropea [...]».

(Lluís Bassets, *El País*, 29-10-2017)

«¿Estamos ante el fin de Occidente? ¿O, al menos, del Occidente anglosajón? [...] El neoliberalismo que dominó ideológicamente el mundo entre la caída de la URSS en 1991 y la crisis financiera de 2008 era un producto típicamente anglosajón. Quizá -muchos- imaginan un siglo XXI postanglosajón, pero hay más probabilidades de que quien se quede con los despojos sea un Xi Jinping [...]».

(Timothy Garton Ash, catedrático de Estudios Europeos en la Universidad de Oxford, *El País*, 08-08-2017)

— Se habla mucho del poder blando en relación a China, ¿qué opinión te merece esta expresión? ¿refleja el espíritu de presencia de China en este entorno global del que hemos hablado?

Pensar y participar en la conformación de las ideas para la construcción de la gobernanza global es una tarea que China realiza aún deficientemente, a pesar de que, últimamente, hace esfuerzos para ello.

Según el Fairbank Center de Harvard, China tiene que tener en cuenta la falta de empatía, incluso rechazo, en Occidente, respecto a su sistema político, y la insuficiente y deficiente información sobre China de los medios occidentales. Su esfuerzo por construir el poder blando, de informar y explicar, deberá ser mucho mayor.

El «ascenso pacífico» de China, según el término que acuñó Zheng Bijian, vicepresidente de la Escuela del Partido, en el Foro de Boao, en 2005,

«es un fenómeno enteramente nuevo sin precedentes en la historia del mundo»[...] por lograr un «destino común para la humanidad y una

paz y estabilidad duraderas, según afirmó el presidente Xi Jinping durante el XIX Congreso del Partido Comunista Chino».

(Xulio Rios *El País*, 25-10-2017)

Este «ascenso» necesita ser bien explicado por parte china.

— Los últimos acontecimientos nos ponen
delante de una China que defiende la
globalización. ¿No crees?

A lo largo de 2017, frente a fuertes tendencias aislacionistas y trabas al comercio internacional, China ha reiterado, como venimos afirmando, su defensa de la globalización y del multilateralismo en múltiples reuniones internacionales como el Foro Davos, el Foro Boao, el Foro APEC de los países del Pacífico, las Cumbres China-Unión Europea, la Cumbre de los BRICS, del G-20, de Partidos Políticos de 120 países, el Foro África-China, la Cumbre de la Ruta de la Seda con participación de 20 jefes de Estado/gobierno y 50 organizaciones mundiales; y otras muchas convenciones internacionales, siempre apoyando una globalización positiva para el siglo XXI. Quizá es esta insistencia la expresión clara de la estrategia global de China para este siglo.

7 Referencias bibliográficas

«Cognitive China, Creating a blueprint for an AI-enabled China», IBM Institute for Business Value, Jan 2018.

Dollar, D. *China's rise as a regional and global power: The AIIB and the 'one belt, one road'*. Brookings, July 15, 2015.

Elvin, M. *The retreat of the elephants. An environmental history of China*. Ed. Yale University Press.

EU-China Strategic Agenda 2020. *One Belt, One Road y el comienzo del nuevo orden internacional*.

«How China became a digital leader», Jonathan Woetzel, director of the McKinsey Global Institute, Dec 2017.

Hu, Weining. «How China is Becoming a World Leader in Artificial Intelligence». China Briefing. March 14, 2017.

IBM Institute for Business Value, enero 2018.

IHS Automotive, Oxford Analytica, 2016 (Global Trend).

Informes del Banco Mundial, FMI y OCDE, 2016-2017.

«Infrastructure Investment Bank Fared its First Year». Forbes, Forbes Magazine, 2 Apr. 2017.

Institute for Energy Economics and financial Analysis, «World's Second-Biggest Economy», 2018.

McKinsey Global Institute (MGI). «China's digital economy: A leading global force», 2017.

—«Digital China: powering the economy to global competitiveness».

Seba, T. *Disrupción limpia de la energía y el transporte*. Library of Congress, 2014.

Wijeratne, D. *Repaving the ancient Silk Roads*. PricewaterhouseCoopers, May 2017.

Parte 5.ª

España y China

— La sociedad civil española, especialmente sus núcleos dirigentes, no parece que hayan tomado conciencia de la China del siglo XXI tal como la venimos describiendo. ¿Por qué nuestros políticos no se dan cuenta?

La percepción que se tiene de China en la sociedad española no se corresponde ni con el peso de China en el mundo actual, ni con el peso de España, ni con el gran provecho que podríamos sacar de una mayor implicación en la potencialidad de China.

Y, sin embargo, estamos en una coyuntura muy favorable para ello, quizá es el momento más adecuado en los últimos decenios para que España aproveche todos los «privilegios» y potencialidades que su relación con China le ofrece, un momento muy favorable para ampliar y fortalecer su relación con China.

— ¿Ves que haya un cierto cambio, una cierta dinámica nueva?

En buena medida, sí. Estamos ya en esa dinámica positiva: en el último año las relaciones políticas y comerciales se han consolidado, han crecido notablemente

nuestra exportación a China, la inversión china en España, el número de turistas chinos que nos visitan, el número de estudiantes chinos matriculados en nuestras Universidades, la actividad académica de análisis y estudio sobre China, la implantación de empresas españolas en China y de empresas chinas en España; se han multiplicado los foros, conferencias, mesas redondas, etc., en que se informa y se analiza el peso internacional de China; nuestros medios informan con más frecuencia y más rigor sobre China. Y no es una tónica solo del último año, sino una tendencia desde hace, quizá, un decenio. Y, aunque sea parte interesada, no quiero dejar de destacar la reciente creación de Cátedra China, *think tank* de expertos en China, o foro de debate, información y análisis sobre China, puente de diálogo y entendimiento entre nuestros dos países.

— Y ¿cómo mira China hacia España?

No podemos dejar de destacar la voluntad política, por parte de China, de contar con España como uno de sus mejores aliados en Europa. Así lo certifican las declaraciones del presidente Xi Jinping, en julio, en la Cumbre del G-20, en el Foro Internacional de la Ruta de la Seda en Beijing, en septiembre de 2017, en los encuentros de alto nivel, como luego enumeraremos.

Las relaciones políticas de España con China son positivas. Y contamos con un dato histórico a nuestro favor, que ignoramos mucho en España, pero que China tiene muy claro: en la crisis de Tiananmen, en 1989, que, como he explicado me tocó vivir muy de cerca, la posición política y diplomática de España fue muy clara: frente al boicot internacional que sufrió China, España decidió mantener abiertos todos los cauces de relación; y así lo defendió nuestro Embajador Bregolat –que nos honramos en tener de presidente de honor de Cátedra China– en las reuniones de los embajadores de Europa en Pekín, y que influyó en las autoridades comunitarias; nuestro ministro de Asuntos Exteriores, Ordóñez, fue el primer ministro europeo que visitó Pekín, antes de concluir la crisis.

A otro nivel, recuerdo que, en plena crisis de Tiananmen, convocamos una reunión de grandes empresas españolas interesadas en el comercio con China, con el Embajador Yuan Tao, como expresión de nuestra voluntad de mantener e incrementar las relaciones con China. Fue un éxito de convocatoria y de aproximación: en España, en el ámbito empresarial, el bloqueo al que se quería someter a China estaba roto y concluimos la reunión brindando por Den Xiaoping.

—¿Ha habido avances, digamos, en los últimos 12 meses, en las relaciones sinoespañolas?

Claro que sí. Por ejemplo, ha habido reuniones de alto nivel:

- El presidente de China se ha reunido en el último año con el rey de España, en Astaná, Kazajistán, en la Exposición Mundial sobre las energías renovables, en junio 2017.
- Con el presidente del Gobierno, invitado por carta personal del presidente Xi Jinping, en el I Foro Internacional de la Nueva Ruta de la Seda, en septiembre de 2017, en el que participaron 28 jefes de Estado y de gobierno, y otras 270 personalidades de rango internacional, de 130 países: el presidente chino afirmó que espera que España desempeñe un papel positivo en las relaciones entre China y la Unión Europea.
- En la III Cumbre del G-20 en Hangzhou, julio de 2017, el presidente Xi Jinping afirmó en la reunión con el presidente español: «A China le gustaría trabajar con España para elevar su asociación estratégica integral a un nuevo nivel, explorar el potencial en comercio e inversión, y extender los intercambios culturales y educativos».
- En la visita del presidente Xi Jinping a España, en escala técnica en Canarias hacia Iberoamérica, afirmó: es necesario «retomar la "posibilidad" de "actuaciones conjuntas" en Iberoamérica, en frentes como "el político, el económico, comercial y el cultural"».

Las relaciones al más alto nivel han sido muy significativas por los objetivos señalados, aunque su repercusión mediática en España ha sido escasa: para hacer este resumen informativo hemos recogido más datos de la prensa china que de la española.

Y estos encuentros culminarán, esperamos, con la visita oficial del presidente Xi Jinping a España a finales de 2018, que estamos seguros va a tener gran repercusión mediática, empresarial y académica y va a ser un gran impulso a nuestras relaciones.

— ¿Se refleja esta buena dinámica diplomática en la economía de algún modo, en el comercio?

Claro que sí. El comercio con China ha crecido constantemente. La exportación española ha crecido a buen ritmo en los últimos años.

En 2005 fue de 1.600 millones de dólares; en 2016 se superaron los 5.000 millones de euros, un 13,4 % más que el año anterior; en 2017 llegó a 6.200 millones de euros, un 24 % más que el año anterior. ¡Un buen ritmo de crecimiento!

Son más de 15.000 las empresas que exportan a China y algo más de 600 las implantadas en territorio chino.

— ¿Y la inversión china en España?

Según el informe ESADE China Europe Club, la inversión china en España subió de 610 millones de euros en 2014 a 1.700 en 2016: se ha triplicado en tres años. Son más de 200 las empresas chinas establecidas en España, de las que varias figuran entre las mayores multinacionales del mundo.

España es un destino importante para las inversiones chinas, como enclave estratégico de la iniciativa del Cinturón y Ruta de la Seda del Gobierno de Pekín, y ofrece una gran oportunidad para España en infraestructuras, servicios financieros, turismo, etc.

— A decir verdad, en el ámbito universitario, al que sabes que pertenezco, ha habido un gran incremento en la llegada de alumnos chinos que cursan grados o partes de grados en España...

Exacto. De los 1.200 universitarios chinos en España en 2007 hemos pasado a 10.000 en 2016, más de la tercera parte en másteres y doctorados. Según el estudio

realizado por la Embajada de España en China, el 73 % de los estudiantes chinos en España vienen por la importancia del español; el 71 % también por el interés por la cultura y un 40 % por mejorar expectativas laborales. Es la Comunidad de Madrid la que alberga el mayor número, con el 50 % de los universitarios chinos en España.

— Y también se ven más y más grupos de turistas chinos por nuestras tierras, cuando antes los «orientales» que venían de turismo solían ser japoneses...

Los 580.000 turistas chinos que nos visitaron en 2017 son cuatro veces más que los que nos visitaron en 2012. Un buen ritmo de incremento.

Por otra parte, el turista chino es el que más gasta en España, una media de 2.500 euros por viaje, frente a la media de los turistas extranjeros que es de 890 euros de gasto/viaje. Es, además, mayoritariamente, un turismo cultural, más que de sol y playa, con la ventaja adicional de ser poco estacional. En conjunto, un turismo muy apetecible para nuestra principal industria.

— Entonces, ¿qué balance haces, aunque sea provisional?

Evidentemente, el balance de las relaciones España China es positivo: se han fortalecido a nivel político, económico, comercial, y a nivel cultural. A ello hay que añadir el valor acumulado de las positivas relaciones de España con China, como hemos apuntado al principio de este capítulo, hecho que las autoridades chinas tienen muy presente y nos recuerdan con frecuencia.

Tenemos razones sobradas para estar satisfechos, pero no podemos quedarnos en la satisfacción de lo conseguido; debemos analizar, y muy detalladamente, la potencialidad de lo que podemos conseguir, de lo que podemos avanzar en nuestras relaciones con China, que es muchísimo todavía; y así me atrevo a reclamarlo a nuestras autoridades políticas y empresariales.

— ¿Cómo sería ese análisis del que hablas?

Tendría que tener en cuenta los hechos que hemos ido recogiendo a lo largo de este relato:

- China es hoy la segunda potencia económica mundial, y también en tecnología, comercio exterior, educación, investigación, etc. Y va a más, y a un ritmo muy rápido.
- España equivale, aproximadamente, a una provincia de China.

Por tanto, tenemos que «leer» ese balance provisional «satisfactorio» de nuestras actuales relaciones con China, introduciendo grandes dosis de realismo.

Por ejemplo:

- En no pocas ocasiones me he resistido a organizar un foro sobre internacionalización de nuestras empresas, con una mesa de diálogo sobre el mercado chino, otra sobre el de Hungría... ¡Qué desproporción más desorientada y desorientadora!
- Nos satisface la fuerte presencia de las empresas españolas, pero solo son seiscientas entre ochocientas mil empresas extranjeras establecidas en China.
- Dada la disparidad de tamaño entre España y China, deberíamos hablar sobre China con datos comparativos, con porcentajes.

Sobre estas bases realistas, a pie de datos, me atreveré a señalar modestamente, con el aval de 40 años, algunos objetivos indicativos, que deberían estudiarse y completarse por parte de las Administraciones y organizaciones empresariales.

— ¿En qué ámbitos intentarías tú una mayor y más fluida cooperación?

Pues el propio presidente de China ya ha contestado a tu pregunta, fíjate, cuando nos señaló dos objetivos en sus reuniones con el Gobierno español en el último año, diciendo:

- «España puede desempeñar un papel positivo en las relaciones entre China y la Unión Europea».
- «A China le gustaría trabajar con España para elevar su asociación estratégica integral a un nuevo nivel, explorar el potencial en comercio e inversión, y extender los intercambios culturales y educativos»; es necesario «retomar la "posibilidad" de "actuaciones conjuntas" en Iberoamérica, en frentes como "el político, el económico, comercial y el cultural"».

Frente a estos «retos» que nos marca el presidente de China, no me resisto a transcribir, aunque obviamente no puedo citar su nombre, lo que me dijo un alto dirigente político español, cuando le mencioné mi larga relación con China: «¿China? No tengo ni idea». Y se dio media vuelta, sin preguntar. Por el contrario, en debates sobre el tema con parlamentarios españoles y en conversaciones con diversos dirigentes políticos, he encontrado reacciones muy positivas: muchos, reconociendo su escasa información, recabando datos; algunos, bien informados, con deseo de profundizar ese conocimiento.

Mi opinión y mi deseo: si la política española debe estar «abierta al mundo y anclada en Europa», como se está subrayando últimamente, será muy conveniente que los políticos españoles, los partidos políticos, establezcan canales de comunicación permanente con el Gobierno chino y el Partido Comunista Chino, para conocer las realidades de nuestros dos países, sus intereses comunes, e intercambiar puntos de vista hacia una mejor y mayor cooperación, también en el ámbito europeo e internacional.

— Imagino que también queda mucho por recorrer en el ámbito de las relaciones comerciales...

Sí. Hemos avanzado mucho, pero estamos muy lejos de haber agotado nuestras posibilidades, por ejemplo:

- 600 empresas españolas establecidas en China frente a las 800.000 extranjeras: menos del 1 %.
- Nuestra exportación a China se ha multiplicado casi por 50 en 40 años; pero las importaciones chinas se han multiplicado por 2.000.
- China nos compraba a mitad de los noventa el 0,5 % de sus importaciones; hoy nos compra el 0,25 % de sus importaciones.

No hemos acertado en mantener lo conseguido hace 20 años, y, mucho menos, a multiplicarlo.

Tenemos un enorme mercado potencial abierto.

— ¿En qué sector estás pensando?

Siendo España líder mundial en turismo, y el turismo nuestra principal industria, solo atraemos al 0,37 % de los turistas chinos que en 2017 han viajado por el mundo, de los 135 millones de chinos que han viajado al exterior y la cifra crece un 15 % al año: es decir, del 2018 al 2020 van a salir de China más de 500 millones de turistas.

Le repasaba estas cifras, hace unos meses, a una alta responsable del turismo en España y me contestó, impávida: «¡y qué le vamos a hacer!». Mi respuesta, de no estar en ámbito diplomático, hubiera sido: «algo podremos hacer»; más bien: «es mucho lo que podemos hacer».

Es evidente que podemos hacer mucho. ¡¡¡Es evidente que nos debemos exigir una actitud proactiva!!!

Por otro lado, es deseable y posible atraer muchos más estudiantes chinos a la Universidad española. Y mucha más inversión china en España; ten en cuenta que los 1.700 millones invertidos por China en España suponen 0,85 % del total de inversiones chinas en el mundo. Aspiremos a mucho más.

— Pero ¿no crees que los datos y las cifras, leídas en porcentajes, reflejan una realidad de nuestras relaciones con China, que, evidentemente, no corresponden ni al peso real de China en el mundo, ni al peso real de España en el mundo?

Tienes razón. Hay que hacer una autocrítica: somos responsables de esta situación que no beneficia nada a nuestros intereses como país; no hemos conseguido, ni

mucho menos, situarnos ni beneficiarnos de la potencialidad que nos ofrece China. Tras 40 años de actividad profesional y política intentando mejorar esta relación, solo he conseguido un poquito, lo que no me satisface. Me siento responsable, por tanto, de este escuálido resultado. E invito a todos los responsables políticos y empresariales a realizar también esta autocrítica positiva: ¿qué nos ha impedido aprovechar y aprovecharnos mejor de esta realidad china?; ¿qué podríamos hacer para revertir esta escasa relación e intercambio con China!

Desde luego, y lo he dicho infinidad de veces, pero con poco éxito, el primer paso sería conocer y valorar bien la transformación que ha llevado a China a convertirse, en solo 40 años, en la segunda potencia mundial, y estudiar cómo aprovechar las oportunidades que nos ofrece. Parece que es hora ya de que dejemos de lado los prejuicios, prevenciones, imágenes negativas o distorsionadas que nos alejan de su realidad actual y hacia el siglo XXI, y analicemos lo que puede tener de acierto.

Y eso no se puede conseguir solo con impulsos esporádicos: hemos realizado muchos y variados esfuerzos con el resultado descrito. Deberíamos haber hecho un balance metódico de cada actividad, foro, feria, viaje: cuánto hemos invertido en cada evento en tiempo, dinero, esfuerzo y con qué resultados. Quizá sería útil que empezáramos a hacer esos balances con criterios exigentes para no quedarnos solo en impulsos esporádicos.

Es necesario un esfuerzo, un trabajo, una información, un debate, unos objetivos repetidos y ampliados en un trabajo continuado durante los próximos años.

He querido contribuir modestamente a ello con este relato, a punto de concluirlo. ¡Sigamos!

Parte 6.^ª

Cuando China era primera potencia mundial

El general Liu Zexu, capitán de las tropas derrotadas por los británicos en 1840, le dice al emperador: «es urgente aprender de nuestro enemigos, abrir los ojos a las novedades de fuera [...]». Y fue destituido.

— ¿Es ya China, a tu entender, la primera potencia económica mundial? ¿Dirías, si no, que lo ha sido?

Por supuesto que lo ha sido. *The World Economy. Historical statistics* es un estudio dirigido por Angus Maddison, economista, especialista en macroeconomía, alto directivo de la OCDE, apoyado durante años por un grupo de expertos en la elaboración de este informe. Es un estudio sobre el valor del PIB de cada país, calculado en dólares constantes de 1900, con ratios actuales. Maddison enumera, casi año por año, país por país o área por área, y de forma muy pormenorizada los índices de crecimiento económico, desde el año 0 hasta 1998.

Hemos seleccionado solo algunos datos en relación con China, que se pueden completar en el mencionado estudio:

- En la época del emperador Augusto de Roma, por ejemplo, China producía el 26,2 % del PIB mundial, frente al 8 % del Imperio Romano.
- En el año 1000, China producía el 22,7 % del PIB mundial.
- En 1600 China producía el 29,2 % del PIB mundial, frente al 19,9 % de la suma de todos los países europeos, incluida Rusia.
- En 1820 China alcanzó el 32,9 % del PIB mundial, –casi la tercera parte del PIB mundial– frente al 23,6 % de la suma de todos los países europeos, incluido el Imperio Austrohúngaro y el español.

El Imperio del Centro, hasta poco antes de iniciarse la invasión extranjera, mediados del siglo XIX, estaba en un momento culminante de su historia:

- Con un territorio que se extendía a todo el Sudeste Asiático: Indochina, Birmania...; al Himalaya: Nepal, Tibet ...; a buena parte de Siberia, a Mongolia, al Turquestán. En total más de 14 millones de kilómetros cuadrados.
- Con una población que superaba los 400 millones, –casi la mitad de la población mundial en ese momento–.
- Con un PIB, en 1820, equivalente a la tercera parte del PIB mundial.
- Con recursos que, a finales del siglo XVIII, hubieran bastado para modernizar el país en todos los aspectos.

Era, según A. Maddison, indiscutiblemente, la primera potencia económica mundial, y fundamenta y demuestra, con su estudio pormenorizado, que China se mantuvo esos dos mil años como tal, con un PIB entre el 22 y el 32,9 % del PIB mundial. Un hecho histórico prácticamente desconocido en Occidente.

— Como tantos otros relacionados con China...

¡Claro! Fíjate que en 1870, después de más de 30 años de agresión de las potencias occidentales, China aún mantenía el 17,2 % del PIB mundial y en 1950 se quedó solo con el 4,5 % del PIB mundial.

Cuando, desde 1990 en Occidente se empezó a hablar de la «emergencia de China», no utilizábamos un término correcto: China ya estuvo «emergida», como primera potencia económica mundial durante dos mil años, como afirma A. Maddison y muchos otros historiadores certifican.

El término correcto, pues, para expresar la emergencia de China a partir del último tercio del siglo XX, debería ser el de «reemergencia de China»: China vuelve a ser primera potencia mundial, como ya lo fue en la historia y durante dos milenios.

— O sea, que China está recuperando el puesto que ha ocupado durante siglos y siglos... Pregunto, ¿también en lo tecnológico?

También en eso. Los datos y los informes internacionales son igual de contundentes: China fue también primera potencia mundial tecnológica y científica hasta muy entrado el siglo XVIII.

Joseph Needham (1900-1995) miembro de la Royal Society y de la British Academy, es, quizá, el primer académico occidental en reconocer el pasado científico de China, la riqueza de la antigua China en materia de ciencia, su peso tecnológico y científico a lo largo de la historia. Sus estudios han ido cambiando la idea de la ciencia como producto único de Occidente, según su documentado estudio *Ciencia y Civilización en China*, de 15 tomos, que resume en estas frases:

«China fue la mayor potencia científica y tecnológica del mundo, hasta muy entrado el siglo XVIII».

«En términos tecnológicos y científicos, China se encontraba en una posición dominante [...] respecto a Europa».

Valoración sorprendente para la mayoría de los occidentales, pero no para los chinos cultos, que estudian su historia desde la escuela y disponen de miles de libros y publicaciones en los que se recogen, estudian y analizan muchos más datos que los de Needham.

— La obra de Needham, hecha con decenas de colaboradores de altísimo nivel, consta de más de cien mil páginas...

Claro. No es necesario reconocer que no me he leído los 15 tomos y los muchos subtomos de Needham. Solo he podido acceder a algunos de los resúmenes que él mismo hace y que sintetizo en estas premisas:

Hasta el momento en que emergió la ciencia moderna, el pensamiento occidental se venía nutriendo de ideas y técnicas, que miles de sabios e investigadores chinos realizaron en los dos milenios anteriores.

Aún hoy día se cree que incontables inventos chinos tuvieron su origen en la antigua Europa, cuando, en realidad, son inventos chinos, como el papel (siglo I), el libro (siglo VIII), la imprenta (siglo IX), etc.

Es imprescindible ubicar el quehacer científico de los chinos en su real perspectiva, por encima de la visión centrista de los europeos, y destacar el papel que el conocimiento venido de Oriente tuvo en la llamada Revolución Científica.

— ¿Y en cuanto a la transmisión de todos esos conocimientos?

Libros. China ha sido siempre un país de libros. La imprenta, por ejemplo, pasó a los uigures del Asia Central a principios del siglo XIII y luego a Egipto, mucho antes de la «inventada» por Gutenberg en 1436.

A principios del siglo XIX, en un cómputo general, se habían publicado más libros en China que en el resto del mundo.

La seda se creía en Europa fruto de un árbol, hasta que un monje nestoriano, como primer espía industrial, trajo a Europa unos huevos de larva.

— O sea, que China no solo inventó la pólvora, la rueda, el papel y la brújula...

¡Por supuesto que no! No es ciencia ficción: Needham en *Ciencia y civilización en China* recoge artículos y monografías sobre tecnología del acero, reloj astronómico, armas de fuego, perforación de pozos profundos, relojes mecánicos (seis siglos antes que los europeos), taxímetros para medir distancias y cientos más de adelantos registrados en la historia científica y tecnológica de China, desde miles de años antes de nuestra era hasta el siglo XIX.

Un ramillete de ejemplos:

- Inventaron las embarcaciones impulsadas por ruedas con paletas, la rueda hidráulica de molino, los compartimentos estanco en las naves.
- Fueron autores de numerosas teorías astronómicas, como la presencia de las manchas solares; en el año 2137 a.n.e se consignaron el primer eclipse solar; entre los años 720 a.n.e hasta 1872 registraron todos los eclipses de Sol y Luna, con solo ocho errores; desde 240 a.n.e. consignaron todas las apariciones del cometa Halley; en 1034 observaron la explosión de la supernova que dio origen a la nebulosa del Cangrejo; en 1300 registraron la aparición de una nueva estrella; en 1400 cartografiaron más de mil quinientas estrellas y empezaron a predecir los eclipses de Sol y Luna con precisión, etc.
- En cuanto a la cosmogonía, los científicos chinos daban a la Tierra millones de años de antigüedad ya en el siglo IX, cuando en Europa se seguía manteniendo una antigüedad para la Tierra de menos de 6.000 años, según la Biblia.
- Definieron el número Pi, hasta la séptima cifra decimal, en el siglo V.
- El ábaco, auténtica calculadora artesanal, es utilizado ya en el siglo VIII y su uso se generaliza, facilitando la formación matemática desde las escuelas.
- Kuan Tzu (330 a.n.e.) planteó, en *El libro de los ritos*, una doctrina de la evolución: las especies de animales no son inmutables, sino que cambian con el transcurso del tiempo.
- La inmunización, origen de la vacunación contra la viruela, tiene origen chino aunque se considera europeo; los alquimistas taoístas conocían el

procedimiento de vacunación desde antes de nuestra era, aunque la técnica se generalizó desde el siglo X.

Y Needham resume: «Los avances científicos realizados por los chinos, durante más de 2.000 años, no tuvieron comparación con los que paralelamente se hicieron en Europa, ni cuantitativa ni cualitativamente.

¿Por qué entonces los sabios de este pueblo no surgieron ante el mundo como los creadores de la ciencia?».

Y enumera varias hipótesis, que no nos caben en este relato.

— Pero nosotros, en Europa, ni nos enterábamos...

La difusión de las teorías científicas chinas hacia Occidente fue casi inexistente hasta el siglo XX. No ocurrió así con las técnicas: muchas de ellas se conocieron lenta y anónimamente a lo largo de los siglos, y se copiaron o utilizaron.

Durante mucho tiempo, hasta el siglo XIV, explica Needham, Europa estuvo semiaislada del mundo, y el único contacto que mantenía con el Lejano Oriente era a través de los árabes, que, por el trasiego de la Ruta de la Seda, conocieron, y luego tradujeron, libros científicos chinos. De ahí que los europeos los conocieron como árabes, no como chinos.

— O sea, que China siempre ha sido una primera potencia mundial... Y cuando digo *siempre* me refiero al menos en los últimos veinticinco siglos...

Así es.

Aquí hemos recogido solo unos brochazos. Maddison y Needham lo demuestran fehacientemente en sus largos estudios. Los vuelvo a citar porque muchas veces

he expuesto en público y en privado, suscitando siempre la misma sorpresa (por ignorancia) y el mismo escepticismo: nos cuesta asimilar que hay una civilización, muy anterior a la nuestra, incluso superior en diversos aspectos, que no somos los únicos ni los primeros «civilizados».

Por otra parte, no tengamos miedo a la reemergencia de China: ya fue primera potencia mucho tiempo y no utilizó esa ventaja contra nadie.

Estudiar la historia siempre será un estímulo para la humildad –nadie, ni ninguna civilización es superior– y un aliciente para no tener miedo al intercambio de ideas y conocimientos, que son todos patrimonio de la humanidad.

Referencias bibliográficas

Gernet, J. *El mundo chino*. Crítica, Barcelona, 2005.

Maddison, A. *The World Economy*. Historical statistics.

Needham, J. *Ciencia y Civilización en China*, Cambridge University, 1965.

Parte 7.ª

Carta abierta al Partido Comunista Chino

No quiero que parezca pretencioso. Ni soy quien para redactar este mensaje. Me anima a ello mi condición de ciudadano del mundo, y me considero un poco del mundo del futuro, en el que China va a jugar, ese es mi convencimiento, un papel relevante, y el Partido Comunista Chino, por tanto, va a tener una gran influencia.

Me considero amigo de China, país al que he dedicado el 75 % de mi vida adulta, como tema central de mi actividad profesional, intelectual, política,... país en el que más tiempo he residido, trabajado, en el que más amigos tengo, en el que más he debatido sobre los temas y retos del mundo del siglo XXI, después de España.

Esas son mis motivaciones para escribir esta carta y, desde ellas, dirigirme al Partido Comunista Chino amistosa y respetuosamente, y repetir lo que he expuesto a algunos de sus miembros, y buenos amigos, que me he ido encontrando a lo largo de 40 años. Incluso me siento obligado a ello, aunque solo sea por gratitud, por lo mucho que he aprendido en China, de China y de los chinos, y del Partido Comunista Chino.

Comienzo con la certeza que tengo de que en esta coyuntura de la historia, China ha adquirido una especial responsabilidad como potencia global, para cola-

borar eficazmente en el mejor cumplimiento de los derechos humanos, firmados por China en la Declaración de Naciones Unidas.

Y, como pasos para conseguir que esos derechos se cumplan progresivamente más y mejor, pido al Partido Comunista Chino, que en su acción política diaria, camine sin descanso, en el plazo más corto posible y a lo largo del siglo XXI, para:

- Eliminar la pena de muerte de toda su legislación y promover su eliminación en todos los países que aún la mantienen.
- Defender la igualdad de género en todos los ámbitos, y la paridad en todos los órganos de dirección de China: político, jurídicos, empresariales, salariales, etc., e implementar los medios y leyes para ello.
- Colaborar con la comunidad internacional para la eliminación de toda discriminación de género, sexual, racial o étnica, y defender la libre circulación de las personas.
- Promover la supresión global del armamento nuclear, incluida China.
- Promover la eliminación global de los paraísos fiscales, empezando por impedir su utilización a sus propias empresas.
- Implementar los medios financieros, de investigación e innovación para alcanzar la contaminación «cero» en 2050, el abastecimiento de agua y alimentación a toda la población mundial.
- Impulsar el diálogo entre las primeras potencias y en todos los foros multilaterales, sobre las exigencias políticas y éticas de la democracia y los derechos humanos, desde la diversidad en sus formulaciones, en la búsqueda de elementos comunes, como base de unos principios éticos globalmente aceptados.
- Promover, en el mismo sentido, el diálogo de civilizaciones, basado en la autonomía de la política, y el respeto a toda creencia y moral individual, como esferas distintas e independientes, sometidas a las leyes civiles.
- Defender los principios de convivencia internacional, la no injerencia en los asuntos de otros países y el respeto a su soberanía e integridad territorial.

- Promover, a nivel global, las medidas políticas y económicas hacia una globalización más justa, y hacia un comercio internacional abierto, y regulado por normas pactadas y respetadas por todos los países.
- Promover la paz y la solución de todos los conflictos por vía pacífica, especialmente donde se han recrudecido las tensiones por más largo tiempo, como en el conflicto palestino israelí.
- Contribuir a que la ONU y sus agencias sea un instrumento con autoridad para hacer que sus decisiones sean cumplidas por todos.

Con estos y otros logros similares, China podrá ser el Centro de una humanidad, fortalecida sobre los derechos de la persona en sociedad, fundamentados en la filosofía confuciana, de la Ilustración y universal.

Bibliografía general

Bregolat, E. *La Segunda Revolución China*. Destino, Barcelona, 2007.

«China 2030», Informe publicado conjuntamente por el Banco Mundial y el Centro para la Investigación del Desarrollo, del Consejo de Estado Chino.

Gernet, J. *El mundo chino*. Crítica, Barcelona, 2005.

Godement, F. «How Culture Shapes. A Comparison in the Philosophy of Education Between East and West», Ying Lu, 2016.

Lucian W. Pye. *The Mandarin and the Cadre. China's Political Cultures*. The University of Michigan Press, Michigan, 1988.

Muñoz, M. *China 2050*. Kailas, Madrid, 2011.

Mahbubani, K. *The Great convergence. Asia, the West and the Logic on One Word*. Public Affairs, Nueva York, 2013.

Ríos, X. *Mercado y control político en China*. Catarata, Madrid, 2007.

Shenkar, O. *El siglo de China*. Granica, Barcelona, 2005.

Schmertzing, L. «Global Trends to 2035. Geo-politics and international power», European Parliamentary Reserch Services, Oxford Analytica, (DG EPRS) of the General Secretariat of the European Parliament.

Wang Hui. *Una China muchos caminos*. Londres, Verso, 2005.

Yan Xuetong. "El ascenso chino visto por los chinos", *Journal of Contemporary China*, 10, 826.

Yu Keping. *Democracy is a good thing*. Brookings Institution Press, Washington, D.C., 2009.

Desde el conocimiento, la experiencia y el estudio de la transformación de China, de país subdesarrollado a potencia mundial, surge la necesidad de dar a conocer la génesis, evolución y posibles claves de esa transformación, única en la historia. Marcelo Muñoz es fundador y presidente de Cátedra China desde su constitución en 2012, junto a un grupo multidisciplinar de expertos en China, compañeros de esa aventura como *think tank*, con el objetivo de informar, analizar y debatir el papel de China en esta nueva era globalizada, en esta era de cambio y cambio de era a través de artículos, entrevistas, conferencias, mesas redondas... en colaboración con diversas administraciones e instituciones empresariales y académicas.

**知** 知华讲堂
cátedra | china

LA CHINA DEL SIGLO XXI

En *La China del siglo XXI* Marcelo Muñoz pretende transmitir su visión de China, ya emergida y potencia mundial, y de algunas de las sorpresas que nos depara su galopante desarrollo. Y también investigar algunos de sus fundamentos: el peso de la población china, la transformación del comunismo, el «socialismo de características chinas», la educación, la investigación, la economía digital...

Y afrontar algunos de sus retos: el cambio climático, la comunicación cuántica, la inteligencia artificial, el poder global, el multilateralismo. Y las cuestiones de fondo: ¿existe un modelo chino económico?, ¿o político?, ¿o China es un contra modelo?, ¿o una amenaza? ¿Anuncia China el fin del poder occidental o una nueva forma de globalización?

Y el reto para España y Europa frente a este nuevo poder global. Y un pequeño apunte sobre China como potencia mundial, que ya lo fue durante 20 siglos.

Para terminar con una carta abierta al Partido Comunista Chino y sus retos.

